



Yo, Camille
News Faicó

Para David, Mari, Albert y Sandra con todo mi cariño.

Cualquier similitud con la ficción o realidad es pura coincidencia. Hay personajes y sucesos reales combinados con la simulación, cuyos hechos son meramente invención personal de la autora.

Asimismo, ella se ha permitido una licencia respecto al atentado sucedido en 1964 en Argentina, donde la acción con armas desplegada por un Comando Operativo en un Acto político veraz, desencadena en la muerte por disparos de un personaje ficticio de esta historia.

Neus Falcó

YO, CAMILLE

1

-Demasiado tarde, <dijo el médico, cerrando los ojos del finado>.

Lo había intentado con masajes en el corazón a través del tórax, con la esperanza de reanimar aquel cuerpo inerte, pero no respondió.

Se limitó a certificar su defunción: (·)... en la ciudad de Barcelona, a las 23 horas del día dieciséis de marzo de 1938, en la habitación 233 del Hotel Oriental. Causa: “*Infarto de Miocardio*”.

Para el director del hotel, el difunto era un completo desconocido. Se había inscrito dos días antes, con el nombre que su documento de identificación acreditaba de origen inglés, parecía. Apenas le había vuelto a ver, hasta que

el Conserje después de recibir el aviso de auxilio del cliente desde el teléfono de la habitación y ser atendido por el médico del hotel, le había sido notificado el deceso.

Los trámites normales eran un inmediato comunicado a la Policía Nacional, quienes se ocuparían de averiguar quién era, investigando el verdadero origen del personaje. Eran tiempos convulsos, se hallaban en guerra y costaría localizar, si es que en algún lugar del mundo existía, familia alguna a quien avisar o lo que fuere preciso.

En aquellos momentos había problemas más importantes de que ocuparse. La tristeza en los rostros de los habitantes de aquella urbe era significativa. Vivían en plena guerra civil y después de un día de horror con las sirenas de aviso constantemente en alerta, hacía poco más de una hora que la ciudad había sido horrorosamente bombardeada por la Aviación Legionaria italiana.

Casi mil muertos fueron identificados más tarde, más de mil quinientos heridos y decenas de edificios destruidos, fue el balance final de los bombardeos más devastadores que sufrió Barcelona en aquella contienda.

La muerte por *Infarto de Miocardio* de un desconocido en la habitación de un hotel, no era importante, ni alteraba la vida en aquella ciudad, máxime si la indagación de la policía exigía algún trámite de rigor en la que el propio hotel debería colaborar. Ya se vería.

Dos policías civiles de paisano pertenecientes al Cuerpo de Seguridad, se personaron en el Hotel Oriental después de recibir la llamada del director del mismo.

Clausuraron la habitación por disposición judicial y gubernamental y se dispusieron pacientemente, a buscar no sabían qué entre los cajones del mobiliario. En el interior del armario ropero también, levantaron la cama deshaciéndola, por si se hallaba algo sospechoso debajo del colchón. Todo ello, en cuanto se llevaron al finado para efectuarle la autopsia correspondiente y confirmar si lo era, el motivo por el cual había fallecido.

Unos días antes, habían recibido un aviso telefónico en el Departamento de

espionaje de un delator que no quiso identificarse, colgando el teléfono tras dar el soplo. <-Se ha introducido en el país un espía inglés, que se aloja en el hotel Oriental, dijo>.

De pronto y dadas las circunstancias del momento, no le dieron importancia pues tenían otros quehaceres de los que ocuparse, pero rápidamente cambiaron de opinión al recibir la llamada de dicho hotel.

-¿Casualidad?, <se dijeron en el Departamento policial>, dirigiéndose rápidamente los dos civiles hacia la dirección facilitada.

No hallaron ningún indicio que les llevara a suponer que aquel desconocido personaje estuviese implicado en el secreto mundo del espionaje. Deberían esperar a identificarlo, así como también el resultado de la autopsia, para ver si descubrían algún hilo por donde estirar, que les llevase a la resolución del caso.

Los dos policías civiles dejaron la habitación clausurada, dando orden explícita, de que nadie podía entrar en ella.

Era hermosa, e iba elegantemente vestida. Su sombrero tapaba en parte su rubia cabellera, que descansaba sobre sus hombros. Con gran soltura,

descendió del taxi acompañada de un amplio equipaje que se hizo introducir en el vestíbulo del hotel.

Su personalidad contrastaba enormemente con el ambiente de tristeza y de penuria de cuantos transeúntes se cruzaban con ella, en el intervalo de hacer su entrada por la puerta.

¿-Quién será?. <Se preguntó de inmediato el recepcionista, alargándole el libro de registro>.

“*Madame, Morandé Camille*” <escribió con clara y bonita letra>.

-Necesito una habitación, <dijo en un perfecto castellano aunque su pronunciación la delataba>. Estoy de paso. Sólo serán un par de días o alguno más, pero ahora necesito descansar, porque el viaje ha sido agotador después de tres cambios de tren a causa de esta penosa guerra.

Ascendió por la escalera, siguiendo al botones que cargaba con su equipaje y la llave de la habitación.

Se introdujo en ella, le dio una generosa propina al muchacho y se tendió sobre la cama después de deshacerse del elegante sombrero y de sus zapatos *Cosmopolitan*.

Cerró los ojos y se puso a pensar en la aventura en la que se hallaba inmersa.

Había abandonado a su esposo en Paris, aprovechando su ausencia por motivos de negocios. Le había dicho que hasta bien pasados quince días no regresaría. Tenía pues tiempo suficiente para desaparecer con tranquilidad. Era un hombre rico sí y generoso con ella también, que le permitía vivir una vida llena de caprichos, pero no le amaba y más desde que se había enamorado locamente de *Frédéric Pascal*. Con éste se habían conocido hacía de ello unos dos años, más o menos, y ya no podía soportar más la situación en que vivía de adulterio.

Se veían a escondidas, engañando al pobre *Louis* con mentiras, hasta que *Frédéric*, le propuso huir con él, aprovechando un largo desplazamiento que por razones de trabajo, tenía que realizar a la ciudad de Barcelona en España.

Se encontrarían en el Hotel Oriental de aquella ciudad, y desde allí se dirigirían a donde ambos decidiesen, <le había dicho>. No debes mencionar mi nombre a nadie para nada, <le insistió con interés>. Te instalas en él, que

yo ya te encontraré. No te preocupes.

Dejó pasar veinticuatro horas descansando del viaje agotador, y al cabo de ellas empezó a preocuparse.

Frédéric, no aparecía.

Al principio, *Camille* pensó que quizás, aquel terrible bombardeo que no cesaba, lo había inmovilizado en algún lugar. Que no tenía medios de transporte para venir a buscarla, pero no podía creer que con su sagacidad e inteligencia no hallase la forma de ponerse en contacto con ella.

Poco antes de salir de París la había llamado, instándola a venir con decisión.

-Mi amor, te espero ansioso, <le había dicho>. Todo irá bien, verás.

Ahora, tenía el alma en vilo con este silencio. Volvió a adormilarse sentada en la butaca del dormitorio. No quería pensar en tragedias. **Todo irá bien**, le había dicho y ella se lo repetía a sí misma, confiando en él.

Sobre las nueve de la noche, la despertó asustada, la sirena que de nuevo avisaba a la población de otro posible bombardeo. Al sonido de la misma, el director del hotel procedió a dar la orden a los pocos huéspedes que ya quedaban, prácticamente extranjeros todos ellos, para que acudieran al sótano del hotel donde debían refugiarse una vez más, para estar a salvo de cualquier otro ataque de las tropas enemigas.

Camille acudió a la llamada como todos los demás que en aquel momento se hallaban en el interior del hotel.

Había una pareja que hablaba francés, pero dedujo que serían más bien del sur por su acento distinto del parisino, y tres caballeros uno de edad madura que fumaba sin tregua, y otros dos más jóvenes, a los cuales ni les oyó la voz.

Naturalmente, todos asustados. *Camille* supuso que como ella estaban de paso en aquella ciudad, y encontrarse en una situación tan horrorosa y temible con aquellos bombardeos, no era del agrado de nadie.

Cuando sonó de nuevo el aviso de que se hallaban fuera de peligro, salieron del refugio dirigiéndose todos con semblante más sereno hacia el comedor, y sus rostros reflejaron alguna que otra sonrisa que apaciguaban sus temores.

Al ascender por la escalera del sótano y entrar en el comedor, coincidió con uno de los dos jóvenes huéspedes, quien con cordial y agradable conversación se presentó como *Gabriel Espinoza*, de nacionalidad Argentina y periodista de profesión. Había llegado hacía una semana a Barcelona, con el fin de cubrir las noticias de guerra en España, según el periódico *El Litoral* de Santa Fe en Argentina, para el cual trabajaba.

Aunque tenían mesas separadas asignadas, con llaneza y cordialidad le propuso compartir la misma para cenar acompañados. *Camille* accedió complacida, más bien por no encontrarse tan sola como en aquellos momentos se sentía.

Cenaron con cordialidad, y *Camille*, recordando los consejos de *Frédéric*, de mostrar la máxima prudencia con respecto a no comentar con nadie su relación, tan sólo mencionó su nombre y estadía en la ciudad, como de momentáneo paso.

El periodista más parlanchín, le comentó que en la primera planta, había una habitación clausurada desde hacía un par de días.

-Según parece, <dijo>, falleció un huésped, y estuvo la policía investigando la causa, así como la identificación del finado. Sólo he podido sonsacarle al botones, con una buena propina, que era inglés o americano. No sé nada más. Pero en la habitación no puede entrar nadie más que el cuerpo policial porque el caso no está cerrado.

<<¡Dios mío!, pensó *Camille*, sin mostrar asombro ni sospecha alguna. *Frédéric* habla inglés perfectamente y me aconsejó discreción absoluta con respecto a nosotros. ¿Le habrá ocurrido algo?.¿Será él el finado desconocido? >>.

Necesitaba serenarse. Aunque no lo mostraba, de repente sentía preocupación. Con decisión se despidió del periodista, agradeciéndole la grata compañía durante la cena, dirigiéndose acto seguido a su habitación.

Había calma en la ciudad, aunque para sus habitantes, los que no habían sido reclutados y sus familias, sufrían otros problemas, los de supervivencia.

Escaseaban los alimentos y a lo sumo, algunos de ellos podían encontrarse en el mercado negro pero a precios inalcanzables para muchos.

En el hotel apenas había huéspedes y sus propietarios, se estaban planteando cerrarlo mientras durase la guerra. Surgían demasiados problemas y complicaciones para mantenerlo abierto. Era una incertidumbre para ellos su decisión, porque la mayoría de los clientes se habían ido. Pero para los pocos que aún se mantenían en él, los ya relatados y todos extranjeros, la situación era crítica porque cada uno de ellos había venido al país por alguna causa específica desconocida, y de momento, no pensaban irse hasta ver cumplida su misión.

Gabriel Espinoza el periodista argentino, cubría diariamente las noticias que en España sucedían con la guerra civil. Las transfería a su periódico *El Litoral*, en Santa Fe, cuando las líneas telefónicas internacionales funcionaban, cosa que no era siempre.

El matrimonio, que aparentemente eran oriundos del sur de Francia, *Monsieur y Madame Valéry*, nadie sabía el motivo de su estancia en la devastada ciudad. No parecían asustados ni mucho menos preocupados por la situación. Entraban y salían del hotel como si la guerra no alterase su vida. A simple vista, sospechoso su proceder sí lo era.

El joven belga que hablaba poco, era un solitario. Se llamaba *Nathan Mertens*, y se le conocía como un dibujante de la Editorial TINTIN en Bruselas. Se hallaba en España, para tomar notas y obtener imágenes reales, que luego transformaría en historietas del personaje protagonista del *cómic*, dibujándolas con el equipo de la Editorial.

El caballero de edad madura y gran fumador, hablaba un perfecto francés parisino que *Camille* identificó de inmediato. Quizás por ello, y por verle solo a una edad madura en aquel espantoso entorno, simpatizó más que con el resto. Se hacía llamar *Michel Boissieu*, y verdaderamente era todo un personaje, que con su aspecto misterioso nadie supo a qué se dedicaba.

Cada uno de ellos, para el resto de los huéspedes aunque se sentían unidos por la triste realidad del entorno, eran unos perfectos desconocidos.

A los pocos días, alternados con bombardeos y cuantas horribles situaciones comportaba la guerra en la ciudad, se presentaron de nuevo los dos policías civiles del Cuerpo de Seguridad que habían clausurado la habitación del difunto, para autorizar ya su nueva apertura.

Se presentaron por sorpresa a las siete de la mañana, cuando los pocos huéspedes que pernoctaban allí aún dormían, si es que el sonido de las sirenas y el consecuente traslado al subterráneo, se lo permitía.

Los reunieron a todos junto con el director del hotel, para informarles de la situación del caso hasta el momento.

-Ha sido un asesinato, <dijo el que se suponía de mayor rango>. La autopsia demuestra que dos días antes de su muerte, el finado fue envenenado con una sustancia derivada de la “*amanita faloide*”, cuya causa provocó el *Infarto de Miocardio* diagnosticado por el Dr. Jiménez.

-¿Alguno de ustedes lo conocía?.

Nadie contestó a la pregunta. Allí todos eran aparentemente desconocidos. El único que habló fue el director del hotel, quien puntualizó que el recepcionista era la única persona que había tratado con el difunto cuando se inscribió a la entrada, y de eso tan sólo había sido dos días antes de lo ocurrido. Apenas le habían visto un par de veces más entrando y saliendo del hotel.

-Toda la documentación identificativa y enseres que había en la habitación los tienen ustedes, <puntualizó>. Son quienes pueden saber más del personaje. Mucho más que cualquiera de nosotros.

-Señor mío, <apuntó el policía con serio semblante>, es un caso de gravedad. Un asesinato. Por todo lo cual, ninguno de ustedes puede salir del hotel ni mucho menos del país, hasta que no se esclarezcan los hechos.

-Déjennos ver una vez más su documentación, la cual les será devuelta cuando se haya procedido de nuevo a su comprobación. Piensen que estamos en estado de guerra y los tiempos son aún más difíciles y complicados.

¿Cómo iban a salir a la calle sin ella?. <Preguntaron todos al unísono>. Constantemente nos la exigen, ya sea dentro o fuera de cualquier lugar en que nos encontremos.

-Les ruego un poco de paciencia. Esta misma tarde les será devuelta. No se preocupen, de momento permanezcan en el interior del hotel.

Camille estaba desayunando en el comedor, cuando entró raudo *Gabriel Espinoza* el periodista argentino. Mostraba emoción en su rostro y sin más se sentó en la misma mesa que ocupaba ella.

-He sobornado al botones con una buena propina y a mediodía, “**cuando el Sol está en el punto más alto de su elevación sobre el horizonte, es decir, cuando el director se vaya a su casa a comer**”... <expresó épica y misteriosamente con la mirada fija en *Camille*>, me dejará entrar en la habitación del difunto ahora que ya no está clausurada y antes de que entren a limpiarla.

-Mi nariz de periodista huele a algo oscuro, misterioso. Quizás pueda encontrar la noticia del año. Ya que no puedo salir a buscarla a la calle igual la descubro aquí dentro. -¡No hay derecho!. ¡Nos tienen confinados!. Dijeron que nos devolverían la documentación ayer tarde y son las nueve de la mañana y sin noticias del Cuerpo de Seguridad. ¡He preguntado en recepción y no ha venido nadie!. <Apuntó con enojo>.

-¿Querrá entrar conmigo?, <dijo acercándose a ella y bajando el tono de voz haciéndose el interesante>.

Camille era demasiado bella para no despertar el interés de cualquier hombre, y el joven periodista enamorado por naturaleza, se había prendado de ella. Pensó que con esta estrategia podría llamar la atención de aquella hermosa mujer.

-¿Para qué?, <preguntó *Camille* mostrando indiferencia>.

<<De pronto, reaccionó y pensó con rapidez que si entraba en la habitación, aquella duda que por unos instantes había pasado por su mente sin haber desaparecido aún, podía dispersarse. Cuando el parlanchín *Espinoza* le había hablado del finado desconocido diciéndole: “**parece ser que era inglés o americano**”... , quizás descubriese algo entre los enseres que no se había llevado la policía. ¿Y si en realidad se trataba de *Frédéric*?. No sabía nada de él y habían pasado demasiados días sin haberse originado el reencuentro prometido>>.

-De acuerdo, le acompañaré en sus pesquisas, <contestó *Camille* con decisión

aparentando un intrascendente interés>.

A las dos de la tarde, justo cuando *Espinoza* vio que el director se marchaba, y a una señal que el botones le hizo con un leve movimiento de cabeza, se dirigieron a la misteriosa habitación número 233.

-Procuren dejarlo todo como está, <puntualizó el botones>, no puedo permitirme que me despidan. Mi madre es viuda y necesita mi salario. Les doy quince minutos, nada más, <dijo desapareciendo por la puerta>.

Lo primero que hizo *Camille*, fue mirar el interior del armario. Conocía bien su elegante vestuario y se tranquilizó al no reconocer ninguna de las prendas que en él había. De pronto su corazón dio un vuelco. En un rincón del cajón había un *sweater* de color beige que sí le era familiar. Lo reconoció enseguida porque tenía un pequeño descosido que lo avistó con rapidez. ¡Cuántas veces le había dicho ella que lo tirase!, pero *Frédéric* nunca lo hacía. Le tenía un especial cariño y seguía poniéndoselo de vez en cuando.

No quiso mostrar sorpresa alguna, y disimulando su alteración se desplazó hacia otra parte del cuarto fingiendo mirar cualquier otra cosa.

Espinoza ni se dio cuenta, interesado como estaba en hallar indicios de algo que le llevase al descubrimiento de una interesante noticia que poder transmitir a la Editorial.

Esta vez fue él quien se dirigió al armario revisando las prendas colgadas, e incluso rebuscaba en el interior de sus bolsillos, como si de un experto investigador se tratase al alcance de un misterioso secreto.

En un bolsillo interior, el cual, precisamente por hallarse tan escondido llamó su atención, *Espinoza* encontró un minúsculo librito lleno de signos aparentemente ilegibles.

-¡Ajá!, <dijo con semblante satisfecho>. Esto puede ser interesante y a la policía se les ha pasado por alto.

A él no por supuesto, y rápidamente lo introdujo en su bolsillo.

-¿Qué es?, <contestó *Camille*>.

-He de averiguarlo, pero a simple vista parecen signos para descifrar claves secretas. Es una técnica que se denomina *Criptografía*, totalmente ininteligible para quien no la domina.

-¿Sería un espía y por eso lo han asesinado?, <dijo para sí>. Yo llevo aquí tres semanas y observándolo, como hago con todo ya sea por deformación profesional, nunca lo vi hablando con nadie. El propio director lo afirmó, ¿recuerda *Camille*?

Ella ni contestó a su pregunta. Temblaba por su descubrimiento, y temía que *Espinoza* con su notable sagacidad se diera cuenta y la importunase a preguntas.

Frédéric, le había recomendado discreción, ante todo que no comentase con nadie su relación. Había que ser prudentes en un país desconocido y que además, estaba en guerra. <Le había dicho insistentemente>.

Con su alma en vilo, *Camille* se limitó a aparentar curiosidad ante el supuesto descubrimiento del periodista.

De pronto el cielo se cerró oscureciendo la habitación. Un haz de luz cegadora atravesó los cristales de la ventana, siguiéndole un intenso trueno que no era una bomba. Nuevos relámpagos y otro y otro más, seguidos nuevamente de más truenos ensordecedores, que anunciaban una fuerte tormenta. Ante aquella inesperada oscuridad, ambos se miraron asustados sin poderlo evitar.

Entonces apareció el botones.

-Venga por favor márchese ya, que me la estoy jugando.

-Digamos que la propina que llena tu bolsillo, lo justifica, ¿no?, <apuntó *Espinoza* sonriente saliendo ambos por la puerta>.

-¿Han encontrado algo interesante?, <preguntó el mozo>.

-Nada en absoluto.

La policía no había vuelto a aparecer y las Cédulas de Identificación requisadas, seguían sin ser devueltas. Los huéspedes estaban quejosos de aquel trato.

Nadie podía salir a la calle según orden judicial y gubernativa, y no hacían más que protestar entre ellos.

Se reunían en el salón para entretenerse leyendo, fumando o comentando las pocas noticias que los periódicos o las emisoras radiofónicas aportaban, o simplemente hablando de cosas intrascendentes. No podían hacer otra cosa, porque tanto unos como otros desconfiaban de todos y poco se atrevían a decir.

La guerra seguía, aportando a los ciudadanos tristeza y desesperanza, ante la miseria que día a día iba aumentando entre ellos. Con los víveres cada vez más escasos, la hambruna se esparcía por todas partes, y sus rostros hacían patente tal situación de infortunio.

Sólo unos pocos privilegiados saciaban sus estómagos con latente normalidad. Entre ellos, los pocos clientes que aún se hallaban confinados en el hotel Oriental.

Transcurrido otro día, del cual el Sol se ponía ya en el horizonte y la tarde avanzaba hacia una nueva noche, quizás insegura una vez más, desde el salón lo vio entrar. Ante la sorpresa inesperada, el corazón de *Camille* latió desmesuradamente.

Lo vio cómo se dirigía a recepción con su porte seguro y *Camille* supuso que se estaba identificando.

-Buenas tardes, soy *Louis Morandé*, <dijo alargando el brazo y mostrando en su mano la documentación>.

-Mi esposa *Camille Morandé* se hospeda en este hotel, ¿puede avisarla por favor?.

Sin esperar, *Camille* se levantó dirigiéndose a él.

-¿Qué haces aquí?, <le espetó con desagrado>.

-Vengo a buscarte, como puedes imaginar. ¿Podemos hablar en otro lugar?, aquí hay demasiada gente observándonos.

Louis Morandé asió su pequeña valija y ascendieron ambos la escalera para dirigirse a la habitación de *Camille*.

-Te dejé una carta de despedida. ¿Es que no la leíste?.

-Evidentemente.

-Entonces debes suponer que no voy a volver contigo.

-Siéntate por favor, <le ordenó *Louis* con semblante serio>.

-¿Cómo me has encontrado?, <preguntó *Camille*>.

-Tengo mis medios y ahora escúchame bien, <afirmó él con rigor>.

-Tu amado y encantador *Frédéric Pascal* no aparecerá en tu busca. Precisamente era el huésped de este hotel que falleció a causa de un *Infarto de Miocardio* y por el que os tienen recluidos aquí dentro. Están investigando su muerte y más te vale que desaparezcas y pronto de este país, porque va a iniciarse un intenso análisis acerca de su persona y de cuanta información secreta haya podido obtener, teniendo en cuenta que trabajaba para el Servicio de Inteligencia Secreto británico, más conocido como M16.

-Te vas a ver involucrada en problemas si no sales y rápido de aquí. Ya sé que tú ignorabas a lo que en realidad se dedicaba tu amante.

-*Camille*, este individuo te engañó con falsas promesas. Ibas a ser su

“tapadera” para los futuros proyectos del Departamento para el cual ejercía sus servicios de espionaje.

-Hubo un soplo y se lo cargaron, por cierto de forma inteligente para que pareciese una muerte natural. Pero la policía lo ha descubierto todo y están investigando su vida para llegar hasta los confines de los servicios realizados para el Reino Unido.

-¡Pe..., pe..., pero tú cómo sabes todo esto?, <preguntó *Camille* asustada>.

-Querida, no nací ayer, tengo unos cuantos años más que tú y larga experiencia en la vida.

-Has estado compartiendo hotel con un investigador privado que contraté para buscarte. No has tenido demasiado trato con él porque tampoco le interesaba ser descubierto.

-Se hace pasar por *M. Michel Boissieu* aunque no es su verdadero nombre, y fuma como un carretero. ¿Sabes a quién me refiero?.

Camille seguía asombrada, anonadada ante las increíbles declaraciones de su marido y le costaba reaccionar, y más pensando en el extraño personaje del grupo, por el que casualmente, había sentido más empatía.

-Céntrate bien en lo que te digo <siguió él>. Vas a declarar ante la policía lo siguiente: “Eres mi esposa y estabas esperándome aquí en Barcelona para proseguir el viaje que teníamos proyectado con destino a Madrid donde tengo negocios que ultimar”. Lo de los negocios en esa capital, si intentan averiguarlo, fácilmente les será confirmado porque es cierto.

-Este es el motivo y no otro, por el que te encuentras aquí y por el que nos iremos, en cuanto te devuelvan tu documentación, ¿de acuerdo?.

-Pero yo no voy a volver contigo <contestó *Camille*>. Tomé la decisión de dejarte porque ya no te amo. Ni tú tampoco sientes aprecio por mí.

-Lo harás, ya lo creo que lo harás. Al menos hasta que no hayas salido del país. Sabes de sobra que estando en guerra como están sería muy difícil para ti hacerlo sola. Cuando llegemos a casa ya hablaremos del asunto que nos ocupa.

-De momento, vamos a mostrarnos públicamente como un feliz matrimonio.

Después, ya arreglaremos nuestros problemas.

-¿Por qué haces esto por mí, después de haberte abandonado?, <preguntó *Camille* con extrañeza>.

-Porque aunque tú no lo creas, a mi manera te amo. A pesar de que tú ya no me amas a mí.

-Me necesitas y por eso me utilizas, eso no es amor, es egoísmo <contestó *Camille*>.

6

Con apuros por retrasos de horarios y cambios de trenes, por fin, el “matrimonio feliz” hacía su entrada en Madrid, al cabo de un par de semanas después de la llegada a Barcelona de *Louis Morandé*.

Se instalaron en el hotel Ritz de la capital como potentados burgueses extranjeros, contrastando su opulencia con las miserias que la ciudad no podía ocultar a consecuencia de aquella guerra.

A *Louis Morandé*, apenas se le veía por el hotel. Salía a primeras horas de la mañana y no regresaba hasta bien avanzada la tarde.

Camille, prácticamente permanecía encerrada en el hotel, pendiente de las noticias radiofónicas o de los periódicos que se editaban con respecto a la contienda.

Sus planes de una dulce aventura con su amado, se habían ido al traste y no sabía qué le depararía el futuro. De lo que sí estaba segura, era que no lo deseaba al lado de su esposo.

Aunque la guerra ya proyectaba su fin, el mando republicano aún ordenó la ofensiva en el Sur-Ebro pero fue detenida a pocos kilómetros de Zaragoza. Muchos comentaristas, consideraron que esta operación no recomendaba militarmente por las grandes facilidades para la reagrupación y la maniobra que la zona ofrecía a las unidades nacionalistas, se debió a motivaciones políticas.

El matrimonio *Morandé*, finalizados los negocios que *Louis* tenía en la capital, como pudo y con grandes dificultades, regresó a París.

Mientras tanto, en España la CNT, hacía su renuncia. La guerra estaba perdida y las concesiones fueron insólitas. En el texto que el Estado firmó, quedaba convertido en dueño y señor de todo. Del ejército, de la industria, de los municipios y de la economía, añadiéndole a todo, la actividad estatal de usura a través de los bancos de crédito nacionalizados.

Tras la dolorosa agonía, la II República Española exhaló su último estertor abandonada por las democracias occidentales y por la Unión Soviética, y despedazada también, por las dictaduras fascista, nazi y franquista.

El 1 de abril de 1939, el ejército nacional dictó el último parte. La guerra civil había terminado.

Había terminado la guerra pero la paz no había llegado ni llegaría en mucho tiempo.

Las penurias de la larga posguerra fueron muchas para los contrarios al régimen instaurado.

Desde París, sus ciudadanos y entre ellos el ficticio matrimonio *Morandé*, seguían las noticias atentamente e intentaban también prepararse, para el inevitable enfrentamiento que los conduciría a la segunda Guerra Mundial y que bien poco tardaría en aparecer.

Louis le había dicho a *Camille* que aún la amaba, mintiéndole, lo que en realidad pretendía era desquitarse de su infidelidad. Afloraba su crueldad de nuevo, aprovechando el desamparo en el que ella se encontraba ante la desaparición de *Frédéric Pascal*.

Los *Morandé*, habían firmado un pacto entre ellos dos. A *Louis* le convenía conservar las apariencias de un matrimonio feliz, porque necesitaba poder presumir de una bella esposa ante sus oponentes en los turbios y lucrativos negocios, en los que desde varios años atrás, se hallaba inmerso.

Sólo ellos conocían su verdadera situación. Dormían en habitaciones separadas y casi puede decirse que se odiaban, pero aparentemente eran una pareja ideal.

La impresionante belleza de *Camille* junto a su gran clase, educación y maneras en el saber estar, causaban tal impacto entre los caballeros asistentes a sus reuniones de negocios, que embelesados por su presencia, tan solo por

ello, aceptaban con agrado participar en los mismos, reportándole así al manipulador *Morandé*, grandes beneficios.

Era listo y sabía sacar partido de cualquier oportunidad donde olía a dinero y que a la vez, le aportaba poder. Se aliaba con quien fuere, siempre que de él obtuviese favores.

Francia se hallaba inmersa en la Segunda Guerra Mundial, y los tiempos eran difíciles

Ocupada desde el 22 de junio de 1940 por el ejército alemán, sólo un tercio del país estaba gobernado por un gobierno francés con sede en Vichy.

Camille tenía entonces veintidós años y una vida por delante, pero acostumbrada como estaba a vivir entre lujos, no veía y menos en plena contienda como estaba el país, la forma de evadirse de aquella jaula de oro.

Lo había hecho una vez, pero entonces le esperaba *Frédéric Pascal* en Barcelona.

Ahora, no había esperanza en su vida porque nadie la esperaba. Tenía buena presencia lo sabía, buena formación también que completaban su personalidad, pero era cobarde, muy cobarde. Le asustaba la aventura en solitario. Se sentía incapaz de abandonar aquel lujo que la rodeaba, aún en las circunstancias en que lo vivía, sin amor alguno, pero también sabía, que no podía prescindir de él, se había acostumbrado demasiado.

En 1943, los negocios en París de *Louis Morandé* no eran ya tan lucrativos. Los enfrentamientos continuados con el Tercer Reich, la terrible persecución de los judíos y sus consecuencias, hicieron tomar una decisión definitiva e irrevocable a *Morandé*. Huir de aquel infierno improductivo para sus intereses. La guerra no le importaba.

Tenía ya cincuenta años y sólo tenía aprecio por el dinero, pero estaba demasiado comprometido políticamente en sus negocios y veía el inminente peligro personal, si no desaparecía rápidamente.

Se deshizo sabiamente y con rapidez, de todo cuanto pudiese comprometerle en un futuro próximo y amparado por su inmensa fortuna, emprendió nuevos caminos, acompañado por su bella y aún esposa. Era un hombre cínico y ambicioso carente de afecto por nadie, amoral y deshonesto, pero con su

gran astucia, intuía los problemas antes de presentarse, cosa que le permitía resolverlos anticipadamente.

Morandé, sacando provecho de las importantes influencias que a través de sus turbios negocios había conseguido con gran poder en el mundo empresarial, obtuvo, eso sí, pagando un alto precio y por lo bajo a un capitán mercante de un buque que pronto zarparía, dos pasajes para navegar hasta Nueva York.

Salvando cuantas dificultades aparecían en su primer trayecto a causa de la ocupación alemana, el matrimonio *Morandé*, consiguió salir indemne de París y entrar en Inglaterra sin obstáculos.

El veintitrés de junio de 1944, en la terminal de la Costa Sur del Reino Unido, embarcaron con destino a la ciudad de los rascacielos, en el transatlántico *SS Normandie*. Buque entonces, reconvertido para el uso del transporte de carga y correo, después de sufrir un pavoroso incendio.

Desde ahí, según sus proyectos elaborados con gran inteligencia, *Louis*, junto a su esposa, seguirían entre trenes y también automóviles alquilados, un gran periplo hasta su destino final, Sud América.

El doce de diciembre, y en pleno verano en aquel país, el matrimonio “feliz”, hacía su entrada en la ciudad de Buenos Aires.

En aquel tiempo, Juan Domingo Perón, miembro del reciente golpe de Estado fascista de 1943, era un activo en el país.

El hecho de no haber participado en la segunda Guerra Mundial, Argentina estaba en alza, acumulando créditos a cobrar por las exportaciones de alimentos a los países beligerantes, un saldo de balance comercial positivo con el resto del mundo. Situación que aún después de terminada la contienda mundial, siguió efervescente, incrementando las reservas de oro del país.

Ese stock de reservas de oro y el flujo positivo de comercio exterior, posibilitó a Perón, financiar su política populista cuando llegó al poder en

1946.

Las elecciones se habían llevado a cabo en febrero de ese año, pero un par de meses antes, en diciembre, Perón astuta y hábilmente, había impulsado el aguinaldo y las vacaciones pagadas. Esa estrategia política, le aseguró en febrero un importante caudal de votos y alzarse con la presidencia.

Contó, también, con la suerte de un contexto internacional favorable, que junto a la herencia de reservas de oro, le permitieron financiar su popularidad política.

Se creó una nueva clase social que se trasladó a trabajar a los centros urbanos, constituyéndose así el sostén político de Perón. El pueblo estaba con él y esta nueva clase social urbana más el apoyo del jefe de la policía, permitieron su poder absoluto, conquistando al pueblo con una legislación demagógica, que neutralizaba a los elementos de la izquierda.

8

Los *Morandé*, con la habilidad y astucia de *Louis*, y la presencia y belleza de *Camille*, pronto se introdujeron en esa sociedad.

Los proyectos de *Louis*, se hacían realidad una vez más.

En 1945, un año más tarde de su llegada a la gran urbe argentina, *Morandé*, ya se había ganado a gran parte de los habitantes de su entorno. Con su gallardía y unos modales extraordinarios, no solo despertaba simpatía y

admiración entre las nuevas amistades, sino también devoción. Todo el mundo estaba pendiente de lo que decía, siendo aprobadas sus gracias por todos, sin discusión.

Su presencia era bien venida en cualquier casa de los llamados “esa nueva sociedad”.

Pasados los primeros meses de su llegada, que transcurrieron habitando en el Gran Hotel Azul de máxima categoría en la ciudad, la pareja de moda, había alquilado una ostentosa casa en el centro de la misma, amueblada y decorada con toda clase de lujo, en la que no faltaba naturalmente, el servicio que la misma requería.

Se movían entre la gente más refinada de la ciudad. Acudían a conciertos, óperas o fiestas, de las que eran sus invitados más importantes y en poco tiempo consiguieron situarse en la *jet set* de la sociedad argentina.

Tanto, que *Morandé*, ya se iniciaba de nuevo en prósperos negocios, en los que con su habitual desenvoltura estaba acostumbrado a brillar.

Camille, en cambio, se aburría en demasía dentro de su vacía vida. Tenía cuanto quería y más. En eso *Louis* siempre había sido generoso con ella. Pero seguían durmiendo en habitaciones separadas, y entre ellos no había intimidad ni amor alguno.

Todo era aparente, fingido y estudiado. Como un castigo para ella, que le imponía la grave pena de la soledad en su corazón.

Tomaba el té con amigas, acudía a partidas de *bridge* con ellas, asistía a desfiles de moda de la alta costura codeándose con lo más exquisito de la alta sociedad.

También, en sus ratos de nostalgia, daba largos paseos por la *Manzana de las Luces*, se introducía en la *Biblioteca Pública* rebuscando algún libro que le pudiese interesar, o con un sentimiento de tristeza en su corazón, entraba en el templo de *San Ignacio*, para meditar en el silencio sobre su vida, hallando así la paz que necesitaba en aquellos momentos.

Así llenaba su vida en las largas horas de soledad, hasta que un día inesperadamente surgió la sorpresa.

Se hallaba sola admirando las pinturas de una exposición recién inaugurada

en una Galería de renombre, cuando se le acercó un caballero de edad madura, elegantemente vestido, que ofreciéndole su tarjeta, se presentó como *Dante Montenegro*, director general de “*A big school of model Argentinian*”.

-¿No ha pensado nunca dedicarse a ser modelo?, <dijo con énfasis>. Con su figura y elegancia lo podría conseguir en poco tiempo. La he estado observando y veo en usted grandes posibilidades porque tiene estilo.

A *Camille* tal observación la sorprendió y no pudo más que agradecerle la atención con una sonrisa, presentándose ella a continuación, alargándole su mano cubierta con un elegante guante de cabritilla:

-Me llamo *Camille Morandé*, encantada de conocerle.

-¿Es usted francesa?

-Sí, de París.

-Un acento inconfundible.

-¿Me permite invitarla al Salón de té, cercano a esta Galería?.

Así de sencillo fue como cambió el rumbo de la vida de *Camille*.

Evidentemente, nada de este encuentro le contó a *Louis*. Él, poco tiempo permanecía en casa por sus negocios, como ya había ocurrido en París años atrás, así que no fue difícil para ella, ocultarle la nueva aventura en la que se iniciaba su vida.

Empezó su formación como modelo en aquella prestigiosa escuela, donde aprendió rápidamente a desenvolverse con la naturalidad que una maniquí precisa.

Apenas le costó, por su innata elegancia. No obstante, tuvo que cumplir rigurosamente, todos y cada uno de los requisitos realmente difíciles, del curso que la escuela impartía.

Empezaron por hacerle un sinfín de fotografías, para cumplimentar un *book* de fotos, que más tarde llegado su momento, le serviría como tarjeta de presentación en cualquier gala de modas donde podría desfilas.

Camille, llevaba ventaja sobre otras alumnas del curso, porque muchas de las actividades que le enseñarían durante el mismo, las conocía por su propio e innato proceder:

Cuidar la imagen, vestirse con porte elegante, abrocharse-desabrocharse los botones de un abrigo, chaqueta o vestido, ponerse un foulard de mil maneras, saber llevar un paraguas en la mano o bajo el brazo, ponerse o quitarse los guantes con estilo, los zapatos, las medias, maquillarse, peinarse de manera diferente cada día sacando provecho de su abundante cabellera, sentarse con gracia, saber cruzar las piernas, las manos o los brazos, ponerse con facilidad unas pestañas o uñas postizas, saber escuchar, hablar con desenvoltura y prudencia a la vez, dar la mano, etc., todo con clase y elegancia.

Sólo tuvo que pulir algún que otro detalle que aumentaba así su natural don de gentes y porte distinguido.

Pasados unos meses, con todo este bagaje y un contrato en su bolsillo de la firma HENRIETTE de las hermanas Schwartz, una importante casa de modas de alta costura en la ciudad, y precisa y casualmente una de las que en su momento había visitado como clienta, *Camille* estaba preparada y dispuesta, para emprender el vuelo de un nuevo camino en su vida.

Ahora sí, ya podía decírselo a *Louis*, era el momento de liberarse.

-Quiero el divorcio, <dijo con serena convicción>.

Por unos instantes, la boca de su marido quedó entreabierta ante la sorpresiva e inesperada frase de *Camille*.

Las hermanas *Schwartz*, famosas en la ciudad por sus extraordinarios desfiles de alta costura, estaban preparando la nueva colección para la temporada de invierno 1948-1949, y las modelos que trabajaban para ellas, dedicaban su tiempo en pleno, en los talleres donde cosían las modistas para probarse las prendas que se iban a exhibir en el desfile.

Los nervios, como siempre, estaban a flor de piel. La asidua clientela de la Firma, esperaba ansiosa las novedades que iban a presentar, y por ello las hermanas *Schwartz* sus creadoras, sufrían una vez más, la angustiosa incertidumbre de si serían bien recibidas.

Cuando en 1940 la Alemania nazi comenzó el Holocausto, ambas hermanas

de origen judío, ya consagradas como buenas modistas en el país, tuvieron que huir, emigrando rápidamente hacia nuevos horizontes.

En La Argentina, fueron bien acogidas, por su fama en el mundo de la moda. Pronto pudieron establecerse y triunfar con la firma HENRIETTE.

Camille, como el resto de las modelos, se contagiaba de la inquietud que las hermanas *Schwartz* proyectaban en sus rostros. Para sus compañeras no representaba ninguna novedad tal situación, para ella en cambio, era su primer desfile y su debut como modelo profesional.

No quería fracasar en su intento para el cual había puesto todas sus energías y empeño en conseguirlo.

Durante su preparación en el curso impartido, *Louis* había intentado disuadirla, haciéndole creer que era una ilusa y que su pretensión sería un fracaso. Para influir en ello y darle inseguridad, no accedía al divorcio. Se empeñaba en su venganza personal.

Se decía a sí mismo, y así se lo transmitía a ella, que llegado el momento que precisara viajar como cualquier otra modelo para desfilas en distintos países del mundo, el hecho de no ser libre, de estar aún unida a él, podía ser un impedimento para ella.

-Eres un ser despreciable, <le decía>, ¿por qué no me das la libertad?. Al fin y al cabo no somos un matrimonio normal desde hace años.

-Porque quiero ver y vivir tu fracaso. No has trabajado en tu vida, todo lo que eres me lo debes. Te formé para que tuvieses buenos modales y te enseñé a comportarte en sociedad. Recuerda que tan solo tenías diecisiete años cuando te acogí y eras una triste provinciana. No sabías nada de la vida y ahora me lo pagas así, abandonándome.

-Claro que es lo que mejor sabes hacer, huir. Ya lo hiciste una vez y ahora pretendes hacerlo de nuevo. Me dejas en ridículo ante mi mundo empresarial y ante nuestras amistades, y eso no te lo voy a permitir.

-*Louis*, tú no me amas, no me has amado nunca, tan solo me has utilizado cuando te era preciso. Amenizaba con mi presencia tus reuniones de negocios, era sumamente amable con tus amistades aunque para mí fuese un suplicio. Creo que tus favores te los he pagado con creces.

-¡Dame la libertad, por favor!, y si aún te debo algo por ello, dime cómo quieres que te lo compense. Aunque sea por última vez, estoy dispuesta a hacerlo.

-Me lo pensaré <contestó escuetamente con su habitual superchería>.

Louis, le iba dando largas al asunto sin resolver el problema, que ahora sí ya angustiaba a *Camille*.

Aunque no desistía ni perdía la esperanza, sabía que necesitaba ser libre para volar en su nuevo mundo. Sin el divorcio, unida a él tan sólo como esposa o señora *Morandé*, no lo conseguiría jamás por mucho empeño que en ello pusiese.

Llegó el día deseado del desfile y su debut como modelo profesional de la firma *HENRIETTE*.

El salón estaba repleto de personalidades, se había invitado a altos ejecutivos con sus esposas, actores y actrices de renombre y la *jet set* de la alta sociedad. El grupo que económicamente fuerte del país, estaba dispuesto a vaciar sus carteras repletas de dinero, para después, las damas importantes de aquella sociedad, presumiesen con los modelos más distinguidos y elegantes que la prestigiosa Firma iba a presentar.

Naturalmente, no faltaba la prensa. Representantes de distintos periódicos o revistas del país, que difundirían con más o menos juicio sus críticas, reprimiendo o elogiando, según el criterio del censor, la nueva moda que *HENRIETTE*, lanzaba.

Comenzó el desfile y las modelos con riguroso orden, hicieron su aparición por la pasarela. Una detrás de otra, mostraban con destreza y habilidad, una impresionante moda para el invierno 1948-1949.

Constantemente se oían los murmullos y los ¡Oh!, de sorpresa y satisfacción, amén de lo que los rostros del público presente también mostraba, ante la presencia de las modelos que graciosa y elegantemente paseaban por la

alargada pasarela.

Gabriel Espinoza, que representaba al periódico *La Prensa* de aquella ciudad, se hallaba entre el grupo periodístico que más tarde publicaría la crítica conveniente, según se viera.

Había acudido al desfile a regañadientes de su director. La periodista que de ordinario se ocupaba del apartado de moda estaba enferma, y le había tocado sustituirla en la misión. No era su habitual ocupación y por ello se sentía incómodo.

De repente, su curiosidad se hizo presente ante la apariencia de un rostro conocido entre las modelos.

De momento no sabía de qué le era familiar aquella beldad. No recordaba quién era de entre sus amistades o simplemente conocidos, pero haciendo un esfuerzo de su prodigiosa memoria, su mente rápidamente se encontró en España.

-¡Sí!, <se dijo a sí mismo>, la preciosidad del hotel Oriental en la ciudad de Barcelona en España. La mujer que tanto me impresionó en aquellos momentos de la crucial Guerra Civil de aquel país, y que desapareció sin más, sin ni siquiera despedirse.

Aun habiendo pasado unos años, sigue tan bella como la recuerdo, <prosiguió en sus pensamientos>. ¡Sí!, es ella.

10

El desfile fue un éxito total. Tanto sus promotoras como las modelos que lo habían exhibido estaban ufanas, se sentían alegres y satisfechas.

La presencia de las hermanas *Schwartz*, con música triunfal de fondo, puso colofón a la gala, y los aplausos unánimes del público lo acompañaron

durante varios minutos.

Finalmente, todos los invitados al desfile junto a sus protagonistas, fueron invitados al salón, previamente preparado con sendos camareros, a disfrutar de un espléndido refrigerio.

Gabriel Espinoza, atento a todo, buscaba la presencia de *Camille* y en cuanto a lo lejos la divisó, fue acercándose a ella con una copa en su mano, despacio pero con un intenso deseo. Ansiaba saludarla y hablar de nuevo con ella.

-¿*Camille*?, <susurró Espinoza a su oído>.

Ella se giró lentamente, y por unos instantes no reconoció al periodista.

-¿Sí?, <contestó dudosa al desconocido>.

-¿No me recuerda?, soy *Gabriel Espinoza*.

-España. Barcelona. 1938. Guerra civil. Hotel Oriental, <insistió él con firmeza>.

-¡Sí!, ¡claro!, lo recuerdo. El periodista. A pesar de que han pasado muchos años. ¿Cuántos?, ¿Qué tal *Espinoza*, cómo está usted?.

-Ocho, casi nueve, y bien, estoy bien. <Contestó por orden a sus preguntas>.

-Sorprendido al verla y dichoso por haberla reencontrado de nuevo, <dijo>: - Desapareció sin despedirse y eso no se lo perdoné, pero no se preocupe, no le guardo rencor.

-Sigue tan hermosa como siempre o más. Debí suponerlo.

-¿Qué es lo que debió suponer?, <preguntó *Camille*>.

-Pues eso, que era modelo. No sé cómo no se me ocurrió entonces, la vi tan misteriosa que no podía ubicarla en ningún sitio en especial. Apenas habló de su persona. Enigmática y silenciosa, desapareció sin llegar a conocerla.

-La felicito por su gran profesionalidad. Ha estado espléndida.

Una de las hermanas *Schwartz* se acercó, instando a *Camille* a que la siguiese.

-Lo siento, <le dijo a *Espinoza*>, desapareciendo al instante entre el gentío.

Finalizada la fiesta-celebración después del desfile, la firma HENRIETTE, esperaba ansiosa las críticas que los periódicos y revistas cuyos representantes lo habían presenciado, publicarían en pocas horas.

El esfuerzo de todos para alcanzar el éxito había sido óptimo. Sus creadoras, los tejidos escogidos, su colorido, las modistas, las modelos, las horas invertidas en ello, la grandiosidad de lo producido. Todo era merecedor del mejor juicio. Pero como todo en la vida, aún con los mejores augurios, había que esperar. Esperar la sentencia final.

Frédéric Morandé, no había estado presente ni en el desfile ni en la fiesta. *Camille* se lo había prohibido y por ello, no había estado invitado, pero él, obsesionado en extorsionar o entorpecer la brillante carrera de su esposa, la esperaba en la puerta a la salida de la celebración.

-Sube al coche, <le espetó con dureza>, si no quieres que arme un escándalo aquí mismo.

Se negaba a firmar el divorcio, que desde hacía tiempo *Camille* le imploraba.

A lo lejos, unos ojos observadores que no perdían detalle, miraban con atención la escena. Se preguntaban ¿Quién demonios es ese personaje que atisba en la sombra?. Juro por Dios, que removeré cielo y tierra hasta averiguarlo. Aunque tenga que “comerme” todos los actos de la *jet set*.

Espinoza hizo entrega de la crítica de HENRIETTE a la Editorial del periódico, cumpliendo bien el cometido que excepcionalmente le había sido encomendado. No era su trabajo habitual, sus artículos brillaban siempre pero exclusivamente, estaban dedicados a la política. En ella, se desenvolvía con natural facilidad. Los ecos de sociedad no estaban a su alcance, ni eran de su interés.

Pero esta vez, quería averiguar quién era *Camille*. La mujer misteriosa que ocho años atrás allende los mares, le había roto el corazón sin ella saberlo. Le costó tiempo olvidarla, después de convencerse de que no volvería a verla.

Ahora estaba aquí de nuevo ante él. ¿Una premonición acaso?.

En sus ratos libres, que pocos eran, se dedicaba a repasar en las Hemerotecas, las noticias de sociedad o prensa rosa publicadas en aquel año, porque no desistía en descubrir al personaje que en la oscuridad de la noche, esperaba a *Camille*.

Suponía que se trataba de algún pez gordo, alguien que no podía exhibirse a la luz de cualquier mortal. ¿Sería su amante?. ¿Alguien importante en el mundo empresarial o de la política?. ¿Quizás su mentor?. ¿Probablemente casado?.

Estos pensamientos lo atormentaban pero quería descubrirlo y lo haría. Estaba convencido, porque ahora que había reencontrado a *Camille* no quería perderla de nuevo.

Al día siguiente del desfile, envió a *Camille*, felicitándola, un ramo de rosas con su tarjeta, a la firma HENRIETTE.

La instaba a verla de nuevo, por lo que le rogaba se pusiera en contacto con él en cualquiera de los teléfonos que constaban en la citada tarjeta que acompañaba las flores.

Ya no vivía en Santa Fe, cuna de la Constitución argentina, ni mucho menos trabajaba para el periódico *El Litoral*. Desde hacía cinco años, había ascendido en su profesión, a raíz de un sensacional artículo de contraespionaje que había publicado durante la Guerra civil española.

Le habían ofrecido un importante puesto en *La Prensa*, uno de los más prestigiosos rotativos de Buenos Aires. Un periódico de categoría en el país, y sus artículos exclusivamente dedicados a la política tanto nacional como internacional, eran siempre reconocidos.

Los años transcurridos desde 1938 cuando ambos se conocieron, le habían convertido en un periodista de gran reputación.

Camille no apareció por la Casa hasta pasados cuatro días. Se había retirado a descansar, para recuperar fuerzas después del frenético trabajo realizado. Las flores abandonadas en un rincón, habían perdido su frescor, quien las recogió no tuvo la precaución de ponerlas en un jarrón con agua y estaban marchitas. Por supuesto, las tiró. Pero al ver la tarjeta, ésta sí se la guardó en el bolso, gesto que acompañó con una leve sonrisa en su rostro.

Tenía un lejano pero grato recuerdo de aquel astuto periodista. Sentía curiosidad, por saber si logró en su día averiguar algo, a través de aquella pequeña libretita que sagazmente se había guardado, después de encontrarla en un recóndito escondite, de una prenda colgada en el armario de la **habitación 233**.

Recordaba bien ese número, porque su esposo, el malvado *Louis Morandé*, le había dicho quien era el difunto hallado en ella: su amado *Frédéric Pascal*.

Fueron años duros para ella. Encarcelada en su jaula de oro, viviendo una mentira y presionada a hacerlo nuevamente, como señora de *Morandé*.

Pero ahora su vida hacía un giro de noventa grados. Tenía ilusión, proyectos y nuevas perspectivas. En cuanto consiguiese el divorcio, la ansiada libertad, volaría.

Pasados dos días, *Camille* llamó a uno de los teléfonos que se indicaban en la tarjeta del periodista.

-¿Podría ponerme con *Gabriel Espinoza*?, <preguntó a la persona que contestó a su llamada>.

-Lo siento, está de viaje. ¿Quién le llama?.

-Soy *Camille Morandé*. ¿Cuándo regresa?.

-No lo sé. ¿Desea dejarle algún mensaje?.

-No, gracias. Dígale que he llamado.

Espinoza, como buen periodista, se hallaba inmerso en lo que se denominaba en aquel momento primer gobierno de Perón, después de ser elegido Presidente como resultado de las Elecciones Generales del 24 de febrero de

aquel mismo año.

Seguía a Perón en todos sus desplazamientos. Desde la Casa Rosada, sede oficial del Poder Ejecutivo de la Nación, hasta donde quiera que él acudiese. Estaba siempre presente, para informar a través de sus artículos, de todo cuanto acontecía en el país en aquellos momentos verdaderamente históricos.

El veintidós de octubre de 1945, Perón se había casado en Junín, con Eva Duarte, convirtiéndose con los años, en la pareja más reverenciada y odiada al mismo tiempo, del país.

El primer período presidencial de Juan Domingo Perón 1946-1952, se extendería desde las elecciones del 24 de febrero de 1946, hasta el 11 de noviembre de 1951. El segundo, 1952-1958, no alcanzó a completarlo debido al golpe militar que lo derrocó el 16 de septiembre de 1955, y tras dieciocho años de exilio, finalmente regresaría al país, siendo elegido de nuevo aunque por poco tiempo y por tercera vez, el 23 de septiembre de 1973. En ejercicio de la presidencia, fallecería el uno de julio de 1974.

Desde su cargo, Perón impulsó políticas que promovieron la industrialización del país, la expansión del mercado interno, la sindicalización de los trabajadores –instado ello por la influencia de Evita su esposa- y la ampliación de derechos políticos, laborales, culturales y sociales, con lo cual, el crecimiento de la economía argentina fue notablemente reconocido por todo el mundo.

Con todo ese movimiento, *Espinoza* no tenía un respiro. Andaba de un lugar a otro del país siguiendo al Presidente, para poder transmitir cualquier nueva noticia, en cualquier momento que se anunciaba.

Cuando en uno de los muchos contactos que mantenía con la redacción del periódico le informaron de la llamada de *Camille*, intentó contactar con ella en HENRIETTE por teléfono desde donde él se hallaba, pero no hubo suerte ni ocasión, de coincidir ambos en ninguna de las llamadas.

Pasados dos meses, cuando el nuevo Gobierno más o menos funcionaba con normalidad, después de establecer las nuevas medidas tomadas por Perón, el periodista pudo volver más o menos, a su vida más estable en Buenos Aires.

El primer día de su llegada, ansioso, lo primero que hizo fue contactar con

Camille. Pero esta vez, era ella la que no estaba.

Tenía un desfile en Nueva York con una Firma de la alta costura que la había contratado, <dijo la persona que lo atendió>.

Parecía que estaban destinados a no encontrarse.

Camille, tras una larga batalla y a través de un insigne abogado francés a quien conoció en París en su primer desplazamiento como modelo, consiguió el divorcio de *Louis Morandé*. Liberándose por fin, de las cadenas que la mantenían unida a él, pudo entonces, ser **ella misma**.

Se había convertido en una gran profesional de las pasarelas más importantes del mundo, viajando constantemente de un país a otro, donde las Firmas con más prestigio de la moda como Balenciaga o Dior entre otros muchos, se la disputaban para exhibir sus modelos.

Era la protagonista de las portadas de cualquiera de las más famosas Revistas del momento, y aún pasando los años, su belleza, porte y distinción aumentaban.

La pretendían muchos hombres. Recibía regalos de todas partes con la intención de conquistarla, pero ella no quería saber nada de ellos. A quienes se acercaban, los atendía con amabilidad, sí, pero en cuanto apreciaba sus intenciones de alguna relación más que una simple amistad, huía siempre.

Veneraba su propia independencia que, además, la había conseguido por sí misma, no se lo debía a nadie. Quizás un poco a *Dante Montenegro*, aquel caballero que casualmente la había descubierto en aquella galería de arte de Buenos Aires. El director de la Escuela donde se había formado después, como maniquí profesional.

No le había vuelto a ver ni sabía nada de él, en cambio, lo recordaba con cariño por su honestidad y porque algo del éxito en su vida, sí se lo debía.

Tenía ya treinta y cinco años y se mantenía hermosa como siempre o más, pero a su vez una marcada humildad que la honraba, y aquella madurez que ya empezaba a aflorar, le hacía resaltar más su belleza.

Se había instalado definitivamente en Nueva York. Vivía en un ático precioso con vistas a Central Park, aunque dados sus constantes desplazamientos, poco lo disfrutaba. Pero en cuanto disponía de unos días de descanso, se encerraba en él y vivía feliz su soledad.

Llegó a conocer a muchísima gente. Personas importantes en el mundo de la moda. Hizo grandes amigos en todos los países por donde anduvo.

Compañeros de pasarela, empresarios, políticos y demás, pero se había propuesto a sí misma, no casarse con ninguno de los muchos que llegaron a proponérselo.

El amargo recuerdo de su unión con *Louis Morandé* no se lo permitía, prefería sentirse sola pero libre.

14

Camille, paseaba por Unión Square, y de pronto recordó que tan sólo a dos minutos se encontraba la calle 12 y en ella la famosa librería “*Strand bookstore*”, donde es un placer rebuscar entre sus estantes, libros y más libros a cual mejor.

Resuelta, se dirigió a ella, en busca de algún título interesante.

Iba a entrar, cuando en el escaparate vio gratamente sorprendida, un libro que se publicitaba su reciente edición.

La cara del escritor enmarcada en una fotografía que acompañaba el libro, le era familiar y su nombre aún más: *Gabriel Espinoza*.

-¡El argentino!, <se dijo a sí misma>.

Su aspecto había cambiado considerablemente. Su rostro mostraba unas

incipientes arrugas y su cabello algo canoso patentizaba que los años no pasan en balde, pero su mirada era la misma, viva, inquisidora, que lo abarca todo en un instante pero a la vez honesta.

Leyó el título del libro y le gustó: **“Habitación 233”**. Pero una suspicaz sospecha surgió en ella de repente, este título le recordaba su pasado. ¿Por qué?. Entró sin dudarle y le sorprendió una cola de gente que con un libro en la mano parecía esperar algo. Sí, esperaban ser atendidos por el escritor del mismo, para que les fuera firmado, y precisamente el libro era el recomendado en el escaparate.

-¡Así que estás aquí!, <pensó>. Rauda, alcanzó un volumen del estante y se añadió a la cola que le precedía.

Cuando llegó su turno, el escritor firmante asió el libro que le ofrecían sin alzar la cabeza y preguntó: *Your name, please?*

-*Camille*.

Espinoza, al sonido de la voz que mentaba aquel nombre, su corazón latió inesperadamente, y alzando la cabeza sonrió sorprendido, ante su presencia.

-¡*Camille!*, tú.

Se levantó de la silla y la besó efusivamente en la mejilla. -No vuelvas a desaparecer otra vez. <le dijo por lo bajo en el oído>. -¿Puedes esperarme a que termine por favor?.

Era divertido ver lo nervioso que se había puesto al mirarla, había perdido la calma que caracterizaba su personalidad.

Camille, se desplazó a un lado de la cola y en la distancia lo observaba. No podía evitar sentir regocijo ante la presencia de aquel viejo amigo, que en otros tiempos y circunstancias, sin llegar a intimar nunca, habían congeniado bien porque entre ambos siempre surgía una curiosa empatía.

-¡Qué extraña es la vida!, <se dijo>. Nos conocimos en España y de repente dejamos de vernos. Nos volvimos a encontrar en Argentina y desaparecimos de nuevo, y ahora después de tantos años, nos reencontramos nuevamente aquí en Nueva York. Siento curiosidad por saber qué nos deparará ahora el destino.

Media hora más tarde, cuando *Espinoza* finalizó su tarea de la firma de libros, se dirigieron a una cafetería cercana con la ilusión del reencuentro.

-¿Qué es de tu vida como modelo?. Te veo en portadas de revistas, por cierto estupenda y te sigo aunque en la distancia, en las pasarelas del mundo.

-Me satisface oír estas palabras, <contestó ella>.

-¿Y tú, qué me dices?, ¿desde cuándo te dedicas a escribir?. Te conocía como periodista no en esta faceta de escritor, y según parece consagrado.

-Por cierto, no me lo has firmado, <le dijo ella alargando el volumen que tenía en sus manos>.

Lo cogió y plasmando con rapidez una dedicatoria muy personal, *Espinoza* le devolvió el libro con una sonrisa y más preguntas.

-Y bien, ¿qué es de tu vida?, ¿estás de paso en Nueva York?, <dijo él>.

-¡Qué va!, vivo aquí ¿y tú?, ¿has venido a presentar tu obra?, que por cierto estoy ansiosa por leerla.

-Pues te equivocas. Yo también vivo aquí. En cuanto al libro, de alguna manera te vas a ver reflejada en él, porque aunque es una novela, pura ficción, su argumento es real como la vida misma y tu presencia no podía faltar. A lo largo de estos años, has estado siempre en mi pensamiento. Aunque en la distancia, has vivido en mí.

Camille, cogiendo el libro leyó las palabras que le había dedicado y con una sonrisa se las agradeció.

-**Habitación 233** <releyó el título en voz alta>, y pensativa fijó su mirada en él diciéndole: Siempre me he preguntado qué se habría hecho de aquella libretita de la que tan misteriosamente te apropiaste, en la habitación 233 del hotel Oriental.

-¡Ahí va!. Me reportó largos beneficios. Estirando el hilo, al fin descubrí quien era el finado y pude escribir un reportaje de gran interés en su época. A partir de ahí fui escalando posiciones hasta convertirme en un periodista de renombre. No me puedo quejar.

-Pero por lo que veo el periodismo lo has dejado o como mínimo aparcado.

-Sí, escribir un libro requiere tiempo y la profesión de periodista te lo absorbe totalmente si quieres ser de los mejores.

-Finalizada la trepidante época del presidente Perón a quien seguía por todas partes adonde se desplazaba para informar al mundo, me cogí unas merecidas vacaciones y me vine a Nueva York. Como no sé estar sin hacer nada, me puse a escribir un día que la inspiración me iluminó. Paseando por Central Park, pensaba en el reportaje que me había llevado a la cumbre como periodista y de ahí salió la idea.

-Se trataba de un espía inglés, un doble agente, que fue descubierto y por ello lo asesinaron. Precisamente la novela refleja su historia y está siendo un éxito mundial. Me la han traducido en tres idiomas y me está proporcionando buenos royalties.

-¿Y dices que yo salgo en ella?, <preguntó *Camille*>.

-De alguna manera sí, aunque no se te puede identificar en absoluto, no te preocupes.

-Gabriel, dime: ¿Cómo acabó la historia de aquella misteriosa libretita?

-No me equivocaba, <respondió él>. Eran signos criptográficos. A través de ellos, los profesionales en ese arte, pueden descifrar los documentos que transcriben los espías en clave secreta, sus investigaciones en favor de los gobiernos para los que trabajan. Es muy complejo, pero todos los países disponen de un departamento exclusivamente para ese fin.

-Hice indagaciones y con el tiempo me llevaron a la conclusión definitiva, el finado de aquella habitación no tan sólo era un espía, sino que además, era un agente doble. Pertenecía al Servicio de Inteligencia Secreto británico M16, y al mismo tiempo trabajaba para los rusos.

-Pero fue descubierto y se lo cargaron *Camille*. Muy inteligentemente por cierto para que pareciese una muerte natural, pero en realidad fue un asesinato.

Camille, quedó pensativa, recordando a su ex marido. Así pues, <se dijo a sí misma>, le había dicho la verdad con respecto a la secreta duplicidad de *Frédéric Pascal*. En lo más profundo de su ser, sentía tristeza y vergüenza a la vez. Había sido engañada por su amante mientras que ella en cambio, sí

le amaba de verdad, tanto que le hubiese seguido hasta el fin del mundo. ¿Hasta dónde habría llegado él, de no haber sido descubierto?, <se preguntaba>.

-¿Qué te ocurre *Camille*?, <apuntó alarmado *Gabriel Espinoza*>. Tu rostro muestra espanto, horror. Me asustas.

-Nada, no te preocupes. Recuerdos dolorosos. Algún día te los explicaré, te lo prometo. Éste no es el momento.

15

Aquel casual reencuentro, fue como un bálsamo de paz y a la vez de locura, para ambos.

Gabriel Espinoza, aún a pesar de los reclamos de su Editor, se olvidó por completo de seguir escribiendo la nueva novela que recientemente había comenzado, y *Camille*, dejó de deambular sola por las calles de Nueva York.

Se veían a diario. Mejor dicho, pasaban juntos las horas de cada uno de los días que renacían, después del de aquel, cual se realizó el feliz reencuentro en la librería *Strand bookstore*.

Para *Camille*, fue como un despertar a la vida de los sentimientos dormidos. Para *Gabriel*, recuperar la ilusión perdida, después de años de haberse dado por vencido.

Paseaban por las calles de aquella gran ciudad, sin ser conscientes del ruidoso movimiento que en ellas había. Sólo existían ellos en medio de aquel caos.

Nueva York, es la ciudad más poblada del estado homónimo y de los EE.UU. de América, y la segunda de mayor concentración urbana del continente americano.

A pesar de ello, no lo percibían ninguno de los dos. No les molestaba ni la estridencia, ni las aglomeraciones. Reían por cualquier cosa intrascendente y cogidos de la mano como dos chiquillos, iban y venían gozando de cada minuto que vivían juntos. Para ambos, fue un renacer a la vida.

Transcurrido un mes de felicidad para ambos, una mañana, justo cuando *Camille* estaba a punto de salir al encuentro de *Gabriel*, sonó el teléfono.

-¿*Camille Augier*?, <dijo la voz>.

-Sí, al habla, dígame.

-Soy *Carla Fourneau*, de la firma *Clarins* de París. Hemos lanzado al mercado una nueva gama de nuestros productos de belleza, un aceite especial para masajes corporales y queremos publicitar un anuncio en las revistas de más prestigio en el mundo. Hemos pensado en usted para protagonizarlo. ¿Estaría interesada en aceptar nuestra propuesta?.

-¡Ah!, bien, es que de eso se ocupa mi Agente. Póngase en contacto con él por favor.

Camille, facilitó nombre y teléfono y colgó.

Aún no había salido de casa, cuando *Kenai*, su Agente en América, le llamó.

-*Camille*, tienes un anuncio importante en París. La firma *Clarins*, lanza un nuevo producto de belleza y te quieren para publicitarlo. Te interesa porque está muy bien pagado, pero deberás desplazarte a tu país natal.

-¿Por cuántos días?, <preguntó ella>.

-Calcula una semana, más o menos. Te instalarás en el *Hôtel Ritz*, todo pagado por supuesto, hasta que el fotógrafo dé por finalizado el trabajo.

-Saldrás mañana a las tres de la tarde. Prepárate el equipaje que yo sobre las doce te recogeré con el billete de avión, para acompañarte a la terminal del Aeropuerto *John F. Kennedy*.

-De acuerdo, <contestó *Camille*>.

La alegría desapareció de su rostro y el cambio notorio fue apreciado por los sentidos de *Gabriel*, cuando se encontraron.

-¿Ocurre algo que no sepa?, <preguntó él>.

-Salgo mañana con destino a París. Voy a publicitar una marca de productos de belleza. Lo siento, mi amor, pero los proyectos que teníamos para los próximos días tendrán que aplazarse.

Gabriel sonrió y mirándola a los ojos le dijo, <te echaré en falta>.

-Pero no tardes en volver ¡eh!. Esperaré ansioso tu regreso.

Habían sido unos días maravillosos imposibles de olvidar y al menos, con su recuerdo, podrían revivirlos cada uno de ellos, con toda intensidad aún en la distancia.

Gabriel, le había explicado su agitada vida como periodista, desde Santa Fe en *El Litoral*, los años siguientes que en Buenos Aires anduvo siguiendo a Perón durante su Campaña electoral primero, y su Presidencia después, hasta su llegada a *Nueva York*, en su nuevo estatus como escritor.

Camille a su vez, le había relatado los horrores vividos al lado de *Morandé*, desde París a Buenos Aires hasta su liberación una vez consiguió el divorcio, y su redención final, cuando pudo empezar una nueva vida con su independencia profesional como modelo.

Ahora conocían sus vidas por completo, y no deseaban otra cosa, más que permanecer juntos para siempre.

Iba a ser una corta separación, <se dijeron>, dolorosa pero corta.

16

En uno de los salones del Hôtel Ritz, la esperaba una representación de la firma *Clarins*.

-¿*Camille Augier*?, soy *Marie Blanchart*, secretaria de *Carla Fourneau*, la propietaria de *Clarins*.

-¿Qué tal el viaje?, lamento no haberla recibido en el Aeropuerto. Hubo una confusión de horarios y cuando fui consciente de ello ya era demasiado tarde. Discúlpeme, el error fue mío. Le prometo a partir de ahora ser su sombra y guiarla en todo momento durante su estancia en la ciudad de la luz.

-No se preocupe, <contestó *Camille*>, he vivido buena parte de mi vida en París. Conozco todos sus rincones, y tampoco ha sido difícil llegar hasta aquí en un taxi.

-Pues espero que su retorno a este país sea grato para usted, como también lo sea su estancia en el Ritz. Bienvenida.

-Mañana sobre las ocho pasaré a recogerla para acompañarla al Estudio de *M. Chantal*, el artífice del anuncio, uno de los mejores fotógrafos del mundo, aunque eso sí, un poco extravagante, por favor no se asuste.

-Espero que lo encuentre todo a su gusto. Aquí está su llave. Hasta mañana.

-*Camille*, recogió la llave que le ofrecía y se dirigió acompañada de un botones hacia la **Habitación 233**.

Al recibirla sobre su mano, el corazón le dio un vuelco. Sorprendida <se dijo>:

-¡Dios mío!, ¿será un mal presagio?.

Nunca había sido supersticiosa pero esta casualidad, momentáneamente la angustió. Se introdujo en ella, pero al instante su preocupación desapareció. La habitación era preciosa y la recibía con un gran ramo de flores en el centro de la misma.

Un gran ventanal con vistas a la *Place Vendôme*, le daba más esperanzas de su estancia en el París de sus peores sueños. Sabía que el hotel estaba altamente clasificado entre los más prestigiosos y lujosos del mundo, y encima, se trataba de una corta permanencia. Podía ser fácil soportarlo. Además, ahora ya estaba allí. ¡Qué importaban sus malos pensamientos!. Rápidamente se deshizo de ellos.

Al día siguiente, tal y como se lo había prometido, *Marie Blanchart*, puntualmente a las ocho de la mañana, se personó para recogerla.

-El Estudio no está en el centro, <dijo>, pero tendrá a su disposición todos los días mientras dure su trabajo, un vehículo con chófer, que la desplazará adónde precise.

-Le prometí que la acompañaría yo misma, y debo disculparme de nuevo. No me será posible porque mis obligaciones laborales no me lo permiten. Han surgido contratiempos para mí que por supuesto a usted no le afectan, pero deberá por ello prescindir de mi compañía.

-De nuevo le digo que no se preocupe por mí. Ando sola desde hace muchos años y me las arreglo perfectamente.

La secretaria la acompañó hasta la salida del hotel. Ante la puerta, esperaba el vehículo prometido a *Camille*, que la llevaría al Estudio fotográfico. Se despidió cortésmente y se marchó.

-*Bonjour Madame*. Mi nombre es *Antoine*, <dijo saludándola>, y voy a ser su cicerone durante su estancia aquí.

-*Bonjour Antoine*, encantada de conocerle. ¿Empezamos la ruta de hoy?.

Llegaron al Estudio de *M. Chantal*, y *Camille* aunque ya le habían advertido de su extravagancia, se encontró con un personaje que, a pesar de su veteranía como fotógrafo profesional sobradamente conocida en el mundo de la publicidad, lo que no esperaba era su rudeza y poca educación con la que la saludó al entrar, y que mostraba su bajo origen.

Camille era muy selectiva con las personas con las que trabajaba siempre, y lo que no permitía era que no la respetasen.

-Mal empezamos, <se dijo a sí misma>. Pacientemente, obedeció las órdenes del fotógrafo en todo momento, plasmando infinitas fotografías a lo largo de la mañana, y sobre las doce del medio día, le dijo que por hoy habían terminado.

-Mañana, a la misma hora <le dijo él>, siguiendo con su tosquedad. Aunque trabajaremos exteriores. La meteorología ha anunciado buen tiempo. *Au revoir Madame*.

Eso fue todo.

Camille respiró, y con un *au revoir Monsieur*, se marchó. Afortunadamente, en la puerta le esperaba el cortés *Antoine*, su chófer en la ciudad.

17

Al día siguiente, efectivamente lucía un sol esplendoroso que no podía desaprovecharse. En París llueve mucho, continuamente, y sus ciudadanos saben que cuando el astro aparece, hay que disfrutarlo.

M. Chantal y *Camille*, se dirigieron al Sena. Hay rincones en su entorno, que el fotógrafo conocía bien, pues los había utilizado en otras ocasiones. Consiguió espléndidas fotografías, evidentemente, con la profesional colaboración de la modelo.

Camille, se limitaba a seguir sus órdenes pacientemente. No se atrevía a preguntarle hasta cuando la necesitaría. Si serían más jornadas o no, para el montaje de la publicidad de aquel anuncio.

Aquel día, *M. Chantal* al despedirse finalizado el trabajo, sorprendió a *Camille* con sus amables palabras.

-*Madame*, ha sido un placer trabajar con usted. Aunque teóricamente hemos terminado, le ruego que no se marche todavía de París, por si hubiera alguna instantánea que fuese necesario repetir. Ahora, he de revisar todo el material trabajado y veré su resultado final.

-En un par días, me pondré en contacto con usted para notificarle si el éxito está asegurado, de lo contrario, necesitaré de nuevo su colaboración.

Camille no se lo podía creer. Durante tantas horas que habían compartido ejerciendo su labor, éstas eran las primeras que le dedicaba con amabilidad. Ahora que, probablemente, eran las últimas.

Se despidió de él con su habitual educación, y se dirigió al hotel para disfrutar del merecido descanso.

Los días siguientes, los aprovechó para pasear por las calles de la bella ciudad. Entre los malos recuerdos que de ella tenía, aunque pocos, también los había gratos a lo largo de los años vividos allí. Éstos, los quería rememorar, pues pronto se alejaría de ellos, atravesaría de nuevo el charco, y no los volvería a evocar. Recuperaría su nido en la ciudad de los rascacielos, así como también, a *Gabriel*, quien le reportaba aquel reciente descubrimiento de un amor tardío.

M. Chantal, efectivamente, pasados dos días la llamó para notificarle que ya no la necesitaría más. Le repitió de nuevo que había sido un placer trabajar con ella, ya que la mayoría de las veces se encontraba con “divas” presuntuosas, con las que era muy difícil trabajar. Ella había sido una excepción y se lo agradecía.

A *Camille*, volvió a asombrarle su amabilidad, y terminada la conversación telefónica, con gran alegría programó de inmediato el regreso para el día siguiente. Saldría en el vuelo de las 15h. p.m.

Quería despedirse de *Carla Fourneau* y también de su secretaria. Las visitaría en la empresa, y mañana regresaría a su hogar.

En estos pensamientos se hallaba, cuando se introdujo en el cuarto de baño feliz por verse ya libre del compromiso laboral. Sin saber cómo, quizás un descuido, resbaló en el plato de la ducha. Cayó y al momento sintió un fuerte dolor en la rodilla, no podía levantarse.

Como pudo descolgó el albornoz suspendido en el perchero. Se cubrió con él, y se arrastró hasta el teléfono para pedir ayuda.

Una ambulancia la trasladó urgentemente al *Hôpital Européen Georges-Pompidou*, ubicado en la *20 Rue Leblanc* de París.

-“Menisco y ligamentos rotos”, <le comunicó el médico Traumatólogo> que la atendió después de hacerle las radiografías y pruebas pertinentes.

-Hay que operar sin demora.

Todas las ilusiones que pocas horas antes habían resurgido en *Camille*, se

frustraron rápidamente.

-Pero doctor, yo vivo en Nueva York, <replicó *Camille*>, aquí estoy de paso. He venido sólo por trabajo y precisamente tengo ya el billete de regreso para mañana a las 15h.p.m.

-Lo lamento *Madame*, pero no va a poder ser. No está en condiciones de viajar y es más, precisa ser operada con urgencia, <precisó el doctor>.

-Además, tenga en cuenta que, una vez operada, la recuperación será lenta y larga. Es una rotura complicada *Madame*.

La zozobra de *Camille* fue notoria. El intenso dolor que sentía ya no le importaba. El problema era otro. Su mente le decía con claridad, que el inminente regreso previsto a Nueva York, tardaría en realizarse.

-¡Dios mío, qué contratiempo!, <se dijo a sí misma>.

18

De la operación salió bien como se esperaba, pero tal y como el médico le había dicho se auto-convenció, de que su recuperación sería larga.

Afortunadamente para ella, las personas que había conocido de la firma *Clarins*, no la abandonaron en el trance. La visitaban con frecuencia, animándola a seguir hasta que consiguiese la total normalidad.

Después de una semana de estar hospitalizada y cuando la herida lo permitió, su pierna fue inmovilizada con escayola por un período de dos meses, <dijeron los médicos del Hospital>, durante los cuales tendría que permanecer en el hotel sin apenas moverse.

Andaba por la habitación con ayuda de muletas y su estado de ánimo se ensombrecía por momentos, mostraba una manifiesta actitud de enfado e irritabilidad constantemente, porque no tan solo se hallaba lejos de su casa, sino que a su vez, seguía sin tener noticias de *Gabriel*.

Durante los días que estuvo enfrascada en el trabajo con el fotógrafo, apenas

se dio cuenta de la distancia que los separaba, porque no tenía tiempo, pero después de la desgraciada caída y cuando le comunicaron que era necesario pasar por el quirófano, rápidamente, sí probó comunicarse con él.

No hubo forma por mucho que lo intentó, tras varias conferencias telefónicas.

-¿Qué estaba ocurriendo?, <se preguntaba>. ¿Ha desaparecido?.

Una vez instalada en el hotel, en plena recuperación, a través de los periódicos conoció la situación política en la que se hallaba Argentina en aquellos momentos.

-*Gabriel* era argentino <pensó> y además, periodista.

Con todo elloató cabos y llegó a la conclusión de que probablemente se encontraba en el centro de los conflictos políticos que vivía el país. Posiblemente, <se dijo a sí misma>, se había desplazado allí para vivirlo personalmente. Su profesión le encantaba y además, era de los mejores.

Efectivamente, así era. *Gabriel Espinoza*, aunque estaba afincado en Nueva York y dedicado exclusivamente a escribir su nueva novela, al conocerse internacionalmente el grave levantamiento en Argentina, no dudó en contactar de inmediato, con *La Prensa* en Buenos Aires, el periódico que en su momento ascendente de su carrera periodística lo había contratado, y donde había ejercido sus funciones con gran éxito.

-Ven inmediatamente. <Le dijo el director del rotativo>. Necesito que cubras diariamente los acontecimientos alarmantes que sufre nuestro país, desde donde sea que se produzcan.

-Mi país. Mis raíces, <se dijo a sí mismo>.

Su corazón clamaba al viento que su deber era acudir a la llamada.

No se lo pensó dos veces. Dejó todo cuanto estaba haciendo en Nueva York, su nueva novela, sus sentimientos, y sin dudarle un instante se desplazó a Buenos Aires para dedicarse en pleno y exclusivamente, a su amada profesión. El Periodismo.

La **Revolución Libertadora** en Argentina, era un levantamiento cívico y militar que se había iniciado el 16 de septiembre de 1955 y puso fin al segundo mandato presidencial de Juan Domingo Perón, cuando un grupo de personas de la misma tendencia ideológica, una facción nacionalista católica del Ejército junto con la Marina, llevaron a cabo un golpe de Estado.

En tres días se apoderaron del país y obligaron a Perón a huir a Paraguay en una lancha cañonera. Esta revolución se dio en el marco de una serie de problemas sociales y políticos, una situación conflictiva, que desencadenó en el gran deterioro de la que había sido, una boyante economía argentina.

A pesar del apoyo de la poderosa Confederación General del trabajo, otros sectores también comenzaron a manifestar su descontento y muchas políticas económicas, fueron rechazadas por la clase media y alta del país, caldo de cultivo para el golpe de Estado que se llevó a cabo.

Ante el triunfo de la Revolución Libertadora, se disolvieron el Congreso, los Gobiernos provinciales y los Cuerpos Municipales electos.

Las fuerzas armadas purgaron del ejército a presuntos peronistas, revirtiendo las reformas sociales y persiguiendo a los líderes sindicales.

Se mantuvo la purga hasta dejar en los cargos solo a oficiales antiperonistas, y los grupos de resistencia peronista, se organizaron para nuevos intentos de golpes de Estado que fracasaron, siendo éstos violentamente reprimidos.

El Gobierno comenzó una sangrienta campaña contra los peronistas y sus organizaciones, suspendiendo y reemplazando a la vez de facto por una Asamblea Constituyente, la Reforma Constitucional vigente desde 1949.

A partir de estos hechos, Argentina mantuvo un clima de inestabilidad política inaguantable. El poder cambió de manos muchas veces. Algunas civiles otras militares y el caos en el país era permanente. Se veían a sí mismos sólo como un gobierno de transición.

Espinoza, no tenía tregua en su quehacer diario. Iba de un lado para otro sin descanso, con el fin de alcanzar y dar la noticia como él sabía hacerlo. La más crítica y sensacional.

Pensaba muchas veces en *Camille*, pero ahora lo primordial era su país. Argentina.

19

Camille, se encontraba en plena sesión de rehabilitación en el hospital, cuando el doctor que la había operado en su momento, apareció por la sala.

-¿Cómo va eso *Camille*?

-Creo que bien, al menos eso dicen los Fisioterapeutas, <contestó ella>.

-He revisado tu expediente médico y por lo que veo te recuperas más rápidamente de lo que creíamos. Pronto te daremos el alta, ya verás.

-Nadie más que yo lo desea, doctor, <dijo con tristeza>. Espero con ansia volverme a mi casa. ¡Son cuatro meses los que llevo anclada en París!.

-Mañana pásate por mi consulta, ¿Ok?.

Efectivamente, al día siguiente *Camille* se vio liberada de aquella retención que odiaba, aunque se había originado en su país natal. Eran demasiados los

malos recuerdos que le reportaba aquella ciudad.

-No hemos podido evitar una leve cojera, Muy leve, apenas se percibe, pero es que la rotura fue enorme. Debiste sufrir mucho en aquellos momentos, *Camille*, <dijo el doctor con semblante afligido>. ¡Pero ya está!, ¡alegra esa cara!, ¡se acabó!.

-¡Nunca más volveré a Francia!, ¡lo juro!, <contestó con notable enojo>.

-Te hubiese podido ocurrir en cualquier lugar, no culpes a tu país. Y no te desanimes, aún confío en que llegues a recuperarte del todo.

-Te aconsejo que cuando llegues a Nueva York sigas con la rehabilitación. No con tanta frecuencia, pero sí al menos un día por semana. A no ser que prefieras otro Centro, te recomiendo éste, <dijo ofreciéndole una tarjeta>. Es muy bueno y tiene grandes profesionales que logran maravillas.

-¿Me librarán de la cojera?, <preguntó airada sin disimular su preocupación>.

-Es posible, <contestó el doctor>, aunque por supuesto, no puedo asegurártelo.

-Mi profesión se ha ido al traste, <apuntó ella con tristeza>, se acabó para siempre, doctor.

-Siempre hay salidas en la vida. No te hundas ahora, *Camille*. Hemos hecho cuanto hemos podido, no somos perfectos.

Recostó su cabeza en el respaldo del asiento del avión que la conducía a Nueva York, dos días después.

Tras la ventana del *Clipper*, divisaba las nubes que con delicadeza rodeaban el alerón como si lo acariciasen. Cerró los ojos y se puso a pensar en los cinco meses transcurridos en París:

<<En los cambios que su vida había experimentado a lo largo de ellos y en los que probablemente, se originarían a partir de ahora.

Debía recomponer su vida de nuevo, <pensaba>. Estaba claro que los cambios eran su sino. Aquella fuerza supuesta y desconocida que

determinaba siempre su destino.

Cuando llegase a casa, decidiría qué iba a hacer con su vida. Pronto cumpliría ya treinta y nueve años, y con ellos iba a empezarla de nuevo, sola>>.

El timbre del teléfono la despertó. Eran las siete de la mañana y a esa hora *Camille* aún dormía.

-Conferencia desde Buenos Aires, le paso la llamada, <dijo una voz a través del teléfono>.

Su corazón dio un salto y sus latidos se aceleraron.

-¿*Camille*?, <preguntó *Gabriel*>.

-Sí. ¿Quién es?, <contestó ella>, simulando desconocer la voz.

-Soy *Gabriel*, ¿no me conoces?.

-Perdona, son las siete de la mañana y aún estaba durmiendo. Últimamente padezco insomnio y me cuesta mucho coger el sueño por las noches. En consecuencia, me cuesta despertarme por las mañanas.

-¡Ah sí, claro!, perdona aquí en Buenos Aires ya son las ocho, no recordaba la diferencia horaria que nos separa.

-Nos separan más cosas *Gabriel*. Después de tanto tiempo sin tener noticias tuyas, ya no sé qué nos une. Intenté contactar contigo varias veces desde París y no fue posible, desapareciste del mapa sin dejar rastro de vida. Sinceramente, te di por muerto.

-Sí, tienes razón mi vida. Puedo explicártelo y lo haré en cuanto me sea posible. Aún estoy muy liado aquí. Como puedes suponer regresé a Argentina cuando se inició la Revolución Libertadora. He estado viajando por todo el país de un lado para otro sin tregua, cubriendo las noticias del desastre. Es un caos que ignoro en estos momentos cómo y cuándo acabará todo.

-Te prometo que en cuánto me sea posible volveré, (···) ¿allô? ¿allô?... <la voz de *Gabriel* se perdía>, como también se perdió la comunicación que ambos mantenían.

Las líneas se interceptaban constantemente, debido a la crítica situación. En Argentina en aquellos momentos era muy difícil conseguir una conferencia completa.

Camille colgó el auricular. Sus ojos se llenaron de lágrimas pasado el impacto de la llamada. Había supuesto bien, <pensó>, cuando ya desde París al conocer las terribles noticias, se imaginó que él había regresado a su país, quizás para siempre.

Era lógico y lo entendía. Lo que no podía entender, era su silencio durante tanto tiempo. Por muy ocupado que hubiese estado, habían transcurrido seis

meses. Seis meses de un absoluto silencio que no podía perdonar.

Ella también había sufrido y él no había estado a su lado para consolarla. Lo estaba superando sola, pero no podía evitar sentir dolor en su corazón. Ahora que casi lo había conseguido, ya no le necesitaba. Mejor olvidarlo <se dijo>.

Se vistió, cogió su muleta que aún precisaba y se dirigió al Centro, donde aún se estaba recuperando.

Había seguido los consejos del doctor, y una vez por semana, un excelente fisioterapeuta intentaba por todos los medios que estaban a su alcance, eliminar la leve cojera que, a consecuencia de la caída, *Camille* arrastraba no con poco dolor.

No quería rendirse, y aunque le daban pocas esperanzas, luchaba con todas sus fuerzas para combatirla. Mientras, intentaría recomponer su vida.

De modelo no podría ejercer nunca más, <pensaba>. Por otro lado, la juventud iba desapareciendo marchitando su belleza. Tenía que pensar en cómo se ganaría la vida ahora. Los recursos económicos menguaban, y aunque aún contaba con una buena cuenta en el Banco, debía decidir en cómo invertir los que le quedaban, antes de que se agotasen del todo.

La cojera no remitía y aunque apenas se percibía, en una pasarela sería demasiado visible, por lo tanto había que descartar volver a ellas.

Ante la problemática que vivía y que debía resolverla cuanto antes, <se dijo a sí misma>, -¡ánimo *Camille!*, no decaigas y adelante con tu lucha. Si hasta ahora conseguiste tus propósitos, ¿por qué no ahora?.

En uno de sus paseos diarios, acompañada siempre de su muleta, y cuyas rutas intentaba cambiar para que no fuesen una rutina, *Camille*, esta vez por *Manhattan* en la Quinta Avenida y cerca de *Central Park*, divisó en el número **322**, un local vacío, que supuso estaba por vender o alquilar.

Se acercó a la puerta y efectivamente, había un letrero donde se ofertaba su libre disposición para ser ocupado.

Se anotó el teléfono de la Inmobiliaria que lo publicitaba. No sabía por qué pero presentía algo bueno. Llamaría para saber su coste. El precio era importante antes de tomar una decisión, porque lo que en principio le gustó, era su ubicación.

Cuando regresó a casa, lo primero que hizo fue llamar a aquel teléfono, para conocer el precio del alquiler del local.

Se vendía más que se alquilaba, <dijo la voz que atendió a su llamada>, pero es negociable, si es que está usted interesada. Primero véalo y después hablamos de las condiciones.

Quedaron para verse en el propio local, al día siguiente sobre las diez de la mañana.

Aquella noche *Camille* apenas durmió. Recientemente sufría insomnio con frecuencia y más, cuando acechaba un problema de difícil solución como éste: Plantear nuevos horizontes en su vida. Empezar de nuevo.

Rumiaba dándole vueltas a su proyecto en el que desde hacía varios días no dejaba de pensar. Aquella mañana en cuanto vio el local vacío y en el lugar que se encontraba, se le encendió la luz de inmediato y se decidió definitivamente a poner en práctica su idea.

<<Como modelo de pasarela con esta cojera no podré trabajar más, <se dijo>. También he de tener en cuenta que ya no soy aquella joven de mis comienzos con veinticinco años.

Cuando estuve en París, ya se hablaba mucho del *Prêt à porter*. Una gran revolución en la moda a nivel internacional. La Alta Costura, sin llegar a desaparecer, poco a poco se está reduciendo por sus altos costes.

Está naciendo una nueva era. La de la moda del *Prêt à porter* o sea, el “listo para llevar”. Lo empezaron los franceses y ahora está llegando a todas partes del mundo.

Las prendas se fabrican a gran escala, aunque aún así, la ropa de diseño bien confeccionada también alcanza altos estatus sociales. <Su mente volaba proyectando nuevos horizontes>. Incluso grandes Firmas por las que ella en su momento había exhibido sus prendas en las pasarelas, <seguía pensando>, optaban por abrir *boutiques* con su nombre de alta referencia por su pragmatismo.

¿Por qué no podía hacerlo ella también?, <seguía razonando>. Conocía ese mundo de la moda como nadie. Solo tenía que encontrar fabricantes dedicados a la alta confección y contactar con ellos.

Abrir una *boutique Prêt à porter* en esta zona, podía ser un éxito sin precedentes>>.

-Mañana, veré el local <se dijo segura>, y si sus características me complacen, decidiré cómo llevar a cabo mi idea.

A las diez y diez de la siguiente mañana, llamaba a la puerta de aquel local. Un barrio inmejorable para cumplir sus anhelos: La Quinta Avenida.

Sus dimensiones eran pequeñas pero el precio que pedían por él era un despropósito.

-Ya le avancé por teléfono que no quiero comprar, sino alquilar, <le dijo al empleado que la atendía>.

-Usted me contestó que era negociable. Por eso he venido, de haberme dicho que sólo vendían no me hubiese desplazado hasta aquí.

El local, aunque pequeño, era luminoso. Perfecta su ubicación. *Camille*, cerró los ojos por unos instantes, y se imaginó la decoración que podía embellecerlo para conseguir un entorno plácido donde atender a una

exquisita clientela en su *boutique*.

Su entusiasmo era visible, pero se apagó rápidamente cuando el personaje en cuestión, que como buen Agente intuyó su interés por el local, le comunicó el alto precio del alquiler.

-He de pensarlo bien. Es muy caro, más de lo que había previsto. El local es muy pequeño y no se puede sacar mucho partido de él.

-Pero piense en su ubicación. Por eso es caro.

-Deme unos días. He de hablar con el Banco, primero. Aunque el local me gusta, no lo niego, necesito pensarlo bien antes de dar el paso. Es una transacción de alto riesgo.

-De acuerdo, le doy cuarenta y ocho horas, si pasado mañana a esta misma hora no me confirma su acepto, entenderé que no le interesa.

-Tres días, <contestó rápida>. Tenga en cuenta los pasos que he de hacer y necesito tiempo.

Salía ya por la puerta, cuando girándose dijo:

-Sólo hay una cosa que no me gusta, su número. El **322** me trae malos recuerdos. Es una cifra que parece me persigue a lo largo de mi vida y no para bien.

-¿No será usted supersticiosa?.

Camille, no contestó. Simplemente se apreció en ella una leve sonrisa.

Directamente, sin esperar, se dirigió al Banco donde tenía abiertas sus cuentas.

-Necesito hablar con el Director, por favor, <le dijo a un empleado>.

-No sé si podrá atenderla, tiene visitas concertadas y en estos momentos está con una de ellas. Siéntese que lo pregunto.

Camille, poco le conocía. Los nervios afloraban en ella ante la situación que iba a plantear. Sólo había hablado un par de veces con él. Cuando abrió la primera cuenta y otra segunda, en una inversión que él mismo le había aconsejado, con la cual podía aumentar sus beneficios.

Recordaba que era un hombre entrado en años, unos sesenta más o menos, que demostraba sí, su larga experiencia en la banca, pero no lo conocía como persona, aunque sí le inspiraba confianza. El tema de hoy no era ingresar capital en la Entidad, al contrario, iba a pedir un préstamo y eso ya no era tan fácil de tratar.

-¿*Camille Augier*?, <preguntó la voz que salía por la puerta de Dirección>.

-¡No es posible!, <pensó ella>, no es el mismo.

-Sí, buenos días. Esperaba ver a *Mr. Jones*.

-*Mr. Jones* ya no está en esta Agencia, lo trasladaron hace poco a la Central y yo ocupo su lugar. Mi nombre es *William. Peter William*, y estoy a su disposición para atenderla.

Un poco desconcertada ante la sorpresa inesperada, *Camille* como pudo, se repuso de su turbación.

Confiaba encontrar a aquel gran hombre que recordaba de pequeña estatura

pero de gran calidad humana, que la había ayudado con su asesoramiento financiero, al pisar por primera vez aquella Entidad.

-En fin, <se dijo a sí misma cogiendo aire en sus pulmones>. ¡Afróntalo *Camille!*, no te queda más remedio.

Camille expuso el planteamiento de su programa, sin omitir detalle alguno.

-¿En qué cifra ha pensado?, <preguntó *Mr. William*>.

-Sinceramente, no vengo preparada hasta ese extremo. Acabo de ver el local y sólo me dan tres días para decidirme. Mi pregunta es, ¿me pueden ayudar?.

-Naturalmente, estamos para ayudar a nuestros clientes, pero también debe comprender que nuestra obligación es estudiar bien la situación financiera de cualquiera de ellos, antes de decidimos a dar una respuesta.

-Mis cuentas están a la vista, <dijo *Camille*>, lo tiene muy fácil. Sólo puedo añadir a ellas, el apartamento que poseo en propiedad aquí en *Manhattan*, fruto de mi esfuerzo, pero aunque tiene su valor, no puedo contar con él porque es mi propia vivienda.

-Tráiganos la Escritura del apartamento y el detalle del planteamiento de toda la inversión que necesita para abrir su negocio. Haremos un estudio lo más preciso y rápido que podamos y hablamos de nuevo del asunto, *Mrs. Augier*.

Ante la respuesta del Director, inesperada por su parte, el rostro de *Camille* no pudo disimular su desencanto.

-Sólo dispongo de tres días, y el local me interesa mucho. ¿Cree que podré tener su resolución antes de ese plazo?.

-Lo intentaremos si usted nos trae toda la información que le requiero mañana mismo.

Salió preocupada, no por el trato que había sido cortés y amable, sino porque veía que el tiempo del que disponía, era insuficiente para disponer del veredicto que necesitaba.

Se dirigió a casa con el propósito de poner manos a la obra inmediatamente, al estudio que precisaba para poderlo entregar, sin demora, al día siguiente.

Gabriel Espinoza, el admirado y triunfador periodista en Argentina, su tierra natal, había tomado una decisión irrevocable. Regresar a *Nueva York*, después de percibir en *Camille*, una notable indiferencia durante la última conversación mantenida telefónicamente.

Estaba dolida por su largo silencio y con razón. Él, reconocía su culpa. Había desaparecido de su vida sin previo aviso. Amaba tanto su profesión, que la priorizaba siempre ante los sentimientos.

Pero Argentina ya no tenía su esplendor de antaño, lo había perdido ante tanta revolución libertadora y se estaba empobreciendo de nuevo.

Dejaría el periodismo, <se dijo>, y volvería a Nueva York con su amada.

Pensó en reemprender su vocación como escritor, seguir con aquella novela interrumpida tiempo atrás ahora olvidada en un cajón, e intentar recuperar al amor de su vida.

Estos eran sus planes y decididamente los iba a realizar.

-“*Camille*, mi amor, vuelvo a *Nueva York* en pocos días y para quedarme,

<decía el mensaje telefónico que ella escuchaba>. En cuanto haya entregado mis últimas crónicas en la Redacción, hago maletas y me pongo en marcha. Tengo muchas ganas de abrazarte. Te quiero”.

Camille por su parte, consiguió el crédito que necesitaba para emprender su negocio, aunque no sin renuncias.

La inversión, para empezar medianamente bien, era costosa. Si quería alcanzar un nivel considerable para atraer clientes de alta categoría, su *boutique*, <se dijo>, debía estar a la altura de cualquiera de las pocas que ya existían en aquel entorno.

Ella, dada la fama adquirida en sus tiempos como modelo de prestigio en las más altas pasarelas de la moda, podía ayudar con su presencia a ensalzarla, a darle brillo, pero sin duda, si el montaje y decoración que la debían rodear no estaban acorde con sus pretensiones, no lo lograría.

El público es muy selectivo, <se decía> y más el que está acostumbrado al lujo. La *jet set*, aunque ya se iba habituando a la nueva usanza del *Prêt à porter* por su pragmatismo, aún precisaba un último empuje inteligente para decidirse por él. Un camino que *Camille* preveía decididamente duro, para conseguir el éxito deseado.

Los consejos del nuevo director del Banco, fueron concluyentes para convencerse de que debía tomar una decisión dolorosa. Vender su ático. Desprenderse del más preciado tesoro conseguido por sí misma.

Le costó lágrimas sangrientas, pero estaba decidida. Con lo que tenía ahorrado, más la abundosa recaudación obtenida por la venta del apartamento, su endeudamiento por el crédito que el Banco le facilitaba, era fácilmente asumible para empezar su lanzamiento como empresaria.

No fue difícil su venta. El ático era precioso y pudo sacar un buen precio por él.

Se buscó uno nuevo en *Downtown*, en el sur de Manhattan, de menos categoría, y logró alquilarlo por un precio asequible. También se vendió el automóvil. De momento, para ir y volver de la tienda dada su cercanía, se

podía desplazar en metro. Era otro ahorro que podía ayudarla en su economía. Más adelante, si las cosas funcionaban como esperaba, si lo necesitaba, ya pensaría en comprarse uno aunque fuese de segunda mano.

Lo primero que hizo fue trasladarse a su nuevo domicilio y olvidarse del lujoso ático en el que tan satisfecha y feliz, había vivido.

Ahora, empezaría con las obras, la pintura, el montaje del mobiliario, todo lo preciso para la creación de su sueño, hasta conseguir sus deseos.

Anduvo muy ocupada durante un buen tiempo, tanto que incluso se olvidó de su leve cojera. Ya no la preocupaba, ni mucho menos, le importaba. Había otros problemas de los que ocuparse. Por la noche caía rendida en su cama, sin tiempo a lamerse las heridas de su lucha. Renacían en ella nuevas ilusiones, viendo a diario los frutos de su esfuerzo, del resultado de los carpinteros, de los pintores y de todos los que con ella colaboraban en la realización de sus sueños.

Estaba consiguiendo olvidar por completo a *Gabriel*, quien por otro lado, aunque le había dejado el mensaje de su inmediato regreso, seguía sin aparecer.

24

Aunque el propósito de *Gabriel* era el de abandonarlo todo y regresar a *Nueva York* tal como le había dicho a *Camille* en el mensaje que le había dejado en el contestador, aún no pudo realizarlo como deseaba.

Argentina en aquellos momentos próximos a 1960, estaba como fracturada, objeto del golpe de estado producido en 1955, contra el entonces presidente *Juan Domingo Perón*.

En 1958 había sido electo presidente el abogado, periodista y político, *Arturo Frondizi*. Hombre de gran preparación y con conceptos progresistas. Su ascenso al poder lo había conseguido a través de las urnas, pero gracias también, a un pacto secreto con el entonces exiliado ex presidente *Perón*, a quien le prometió quitarle la proscripción y demás inhibiciones que pesaban sobre el mismo, si le apoyaba con el voto peronista.

Espinoza, con el cambio en el Gobierno, se vio obligado a permanecer a regañadientes, unos meses más en *Buenos Aires*. El Director, de nuevo le pedía seguir comunicando, como nadie más sabía hacerlo, las importantes noticias que a diario se producían.

Intentó hablar de nuevo por teléfono con *Camille*, para disculparse, pero ella ya había cambiado de domicilio, con lo cual, volvieron a perder el contacto.

Ahora, se daba cuenta del disparate que había cometido al no marcharse cuando en su momento lo decidió. Ya no había remedio. ¿Dónde estaba *Camille*?, <se preguntaba una y otra vez>.

Una de estas noches, tarde ya, agotado por una jornada febril, se disponía a retirarse a su casa, cuando *Renata Ríos*, una compañera en la redacción, periodista como él, coincidió en el ascensor a la salida del Periódico.

-*Espinoza*, *boludo*, tienes cara de cansancio, frena un poco ¿eh?. Llevas una marcha que no vas a aguantar de aquí a poco.

Él sonrió y le agradeció el cumplido.

-Tienes razón *Renatita*, aunque tú tampoco te quedas corta, digo. ¿Éstas son horas de cerrar tu artículo de hoy?.

-He tenido un día de mierda, <contestó ella>. Aún no he cenado y mira la hora que es.

-¿Vamos a tomarnos un *bocadito* de salmón con *ananá*?, <propuso Gabriel>, yo tampoco he cenado, y en el bar de la esquina los hacen muy ricos.

-No te digo que no, <contestó ella>. Si me encierro en casa, seguro que me acuesto sin comer nada. Después del día que he tenido paso de largo de la cocina.

Aunque ya era tarde, sentados en el bar, después de comerse un par de

exquisitos *bocaditos* acompañados de una cerveza cada uno, departieron ambos una conversación que, sin ser trascendental primero, se fue animando más tarde, hasta llegar a confesarse mutuamente, sentimientos ocultos que ambos guardaban en lo más profundo de su ser.

Renata Ríos, era una mujer cuarentona aún de buen ver, aunque la vida no había sido generosa con ella.

Había vivido alguna que otra historia de amor a lo largo de su vida, pero ninguna de ellas llegó nunca a fructificar. Empezaba a sentirse sola, nostálgica e incluso a ratos vieja, a pesar de haber sido siempre una mujer muy independiente y valerosa.

Veneraba su profesión y sólo vivía por ella. Aunque buena periodista, no había surgido nunca la oportunidad de demostrarlo brillantemente. Su Sección de Cultura y Espectáculos, podía ser variada pero a la vez monótona, no sobresaliente, como la de *Gabriel* en la suya de Política.

Hablaron y hablaron hasta que el barman les rogó que se fueran porque era hora de cerrar. Había confianza entre ellos y se lo podía permitir.

Eran las doce de la noche y a pesar del cansancio que ambos arrastraban, se sentían animados después de aquellas horas de charla y confidencias a las que se habían entregado.

Nunca habían hablado tanto entre ellos, aunque eran compañeros desde tiempos remotos. Eso. Simplemente compañeros como con tantos otros.

Anduvieron paseando largo tiempo por las calles de la ciudad, sin darse cuenta de lo tarde que era, hasta que llegaron al domicilio de *Renata*.

-¿Una última copa?, <preguntó ella>. Algo quedará en mi refrigerador.

Gabriel aceptó. La fatiga había desaparecido y sin saber cómo, a los pocos minutos se hallaban abrazados en el dormitorio de *Renata*.

Fue un impulso que ambos sintieron, y que tampoco evitaron. Simplemente eran dos buenos compañeros que se habían encontrado en unos momentos de crítica soledad, relajando su aflicción y culminando con placer una noche de amor, después de un día de perros.

Agradecidos mutuamente por su entrega se despidieron y *Gabriel* se marchó.

Al día siguiente, *Espinoza* llegó tarde a la oficina. Quería meditar sobre los pensamientos que torturaban su mente sin cesar. No podía olvidar a *Camille*, a pesar de que se lo proponía una y otra vez.

Se fue directo al despacho del director para comunicarle su decisión.

-Me voy. Vuelvo a Nueva York. Ya lo he pospuesto demasiado tiempo. Quiero terminar mi libro. Ya sabes que vine un poco forzado dadas las circunstancias del momento. Lo he pensado, madurado y decidido. Te agradezco sumamente todas las oportunidades que me has brindado siempre, pero decididamente, ahora mi vida toma otro rumbo.

-Tengo billete cerrado para mañana a las siete, sin dilación.

-Buena suerte compañero. No creas que me sorprende tu decisión. La esperaba. Aquí siempre tendrás un puesto, <le dijo el director>, alargándole la mano en señal de despedida.

El sonido del avión en sus oídos a siete mil metros de altura y el regusto del vino añejo que saboreaba en la copa que la amable azafata le había ofrecido, aunque era demasiado temprano para ello hizo recostar su cabeza en el respaldo del asiento, arrastrándole hacia el sueño y deslizándose lentamente a una paz que hacía tiempo no sentía.

-Haces bien, *Gabriel*, haces bien, <pensó convencido>, antes de quedarse profundamente dormido.

Camille, anduvo muy ocupada durante los tres meses siguientes, desde el inicio de su proyecto.

Para agilizarlo más y poderse dedicar ella exclusivamente al montaje de la *boutique*, los permisos y cuanto papeleo precisaba, lo puso en manos de un *E.R.P. Enterprise Resource Planning*. Un servicio de Integración del Sistema Administrativo, que gestiona todos los asuntos precisos para la puesta en marcha y su administración, de cualquier negocio.

Ella de eso poco entendía y no podía arriesgarse a cometer errores que podían frustrar sus ilusiones.

Debía poner todas sus fuerzas en la moda, en lo que verdaderamente entendía y ello no estaba en la administración, sino en la *boutique*.

Cuando las obras y montaje del mobiliario llegaron a su fin y vio su resultado, <¡una *boutique* preciosa!, se dijo a sí misma>, empezó a recibir los pedidos que tenía solicitados a los fabricantes y talleres, en cuanto a vestuario y complementos. Su ilusión fue en aumento y las perspectivas también.

Acertó en los Proveedores escogidos. Eran los mejores. Los vestidos eran preciosos y en cuanto a los complementos, también.

-Ahora, sólo me falta conseguir una buena clientela, <pensó para sus adentros>. El producto que ofrezco es singular, extraordinario, de un gusto exquisito. Lo que la *Jet set* desea y adquiere si se les ofrece, de eso estoy segura.

Tenía un buen número de amistades de cuando desfilaba y posaba, y aunque no seguía relacionándose con ellas desde el desgraciado accidente en París, con ayuda del E.R.P., promulgó su publicidad en tarjetas, que las envió por correo invitándolas a todas, a su inauguración.

También publicitó un anuncio a través de la TV, cuyo medio mostraba la nueva *boutique* con todo su esplendor, presumiendo a través de la pantalla, nada menos que de estar ubicada en la Quinta Avenida de aquella gran urbe, donde se ofrecía la más novedosa y extraordinaria moda *Prêt a porter*, para la mujer más exigente.

Cuando una noche ya instalado en su casa de Nueva York, *Gabriel* casualmente vio la promoción a través de la pantalla, inmediatamente, su corazón latió de alegría y se dijo: ¡Mi *Camille*, al fin te encontré!

Ya casi había perdido la esperanza, después de meses de búsqueda infructuosa. Pero ahí estaba, <se dijo complacido>.

El día de la inauguración, aunque por supuesto él no estaba invitado, se coló entre los asistentes como si fuera uno de ellos.

Procuró con prudencia colocarse en un rincón, desde donde podía admirar aquella extraordinaria novedad. Era un gran admirador de la belleza y comprobó que aquel entorno estaba acorde con la armonía de su amada *Camille*.

No faltaba detalle. Todo estaba en su justo punto, armónicamente combinado y de un gusto exquisito. A distancia, la miraba cómo iba de un lado para otro saludando a los invitados con su natural elegancia.

Camille ignorante de su presencia, lentamente se acercaba saludando a sus invitados hacia donde él se hallaba. Entonces fue cuando *Gabriel* percibió aquella leve cojera que la afectaba y pudo ver con claridad, que se apoyaba al andar en un bonito bastón con mango de plata que aún acentuaba más su porte elegante.

¿-Qué te pasa mi amor?, <se preguntó a sí mismo asustadizo>. ¿Qué es lo que te ha ocurrido durante mi ausencia que yo no sepa?.

Justo se estaba cuestionando este razonamiento cuando ella levantó la vista y sus miradas se cruzaron.

-¡*Gabriel!*, ¡que sorpresa más grata!. ¡Cuánto tiempo!.

Por unos instantes se abrazaron cariñosamente, pero inmediatamente ella se disculpó. Debía seguir cumplimentando con los invitados.

Esperó a que finalizase la ceremonia y a que los invitados fuesen desapareciendo para dirigirse a ella de nuevo.

-Estuve buscándote en cuanto regresé a *Nueva York* pero no te encontré. ¿Dónde vives?, en tu apartamento no.

-Me lo vendí, <contestó ella>. Todo esto cuesta un pastón y el dinero no cae del cielo.

-Me gusta, <dijo él, lanzando una mirada a su alrededor>. Es una *boutique* preciosa. Va a ser un éxito, seguro. ¿Me honras con tu compañía durante un buen rato?, <preguntó él>. ¡Tenemos tanto de que hablar!.

-Estoy muy cansada *Gabriel* y la pierna me duele mucho. Quiero irme a descansar a casa, y recuperar fuerzas, que mañana abrimos la tienda a la venta y necesito estar en forma.

-Tienes muchas cosas que explicarme, ¿verdad?, <insistió él>. Estoy ansioso por conocer qué ha sido de tu vida durante este tiempo. Dime, ¿cuándo podremos vernos?.

Camille alargó su mano y le entregó una tarjeta personal.

-Lámame.

26

Se reencontraron de nuevo, el sábado siguiente a la inauguración. Tenían mucho que explicarse mutuamente. Habían vivido crudas experiencias en distintos mundos, pero cada uno de ellos, había sufrido lo suyo.

Gabriel le contó sus andanzas a través de Argentina. Los peligros que había corrido. Todo.

-Recorrí el país sin descanso, <le dijo>, siempre en busca de la noticia más impactante. El director de *La Prensa*, me instó a regresar con urgencia dadas las circunstancias del momento. Peripecias constantes, aventuras sin fin que, como puedes suponer en el mundo de la política aparecen a cada instante y más teniendo en cuenta los conflictos que últimamente hemos vivido los argentinos, con los Golpes de estado y cambios de Gobierno.

-Perdóname que no te avisase de mi *huída*. No podía. No tuve tiempo y no me perdonaré nunca no haberlo buscado. Es mi más sincera disculpa, porque a pesar de todo, jamás te olvidé.

-Y de tu vida ¿qué me dices?, soy todo oídos, <le preguntó >. El final de tu aventura la conozco, pero debes explicarme cómo has llegado hasta aquí.

Cenaron alegres y durante la misma, *Camille* tuvo tiempo de exponerle ampliamente todo su recorrido. El accidente fatídico en París causante de la cojera. Su paso por el quirófano. Su larga rehabilitación y por último, el obligado cambio en su vida, tanto personal como profesional.

-A mis cuarenta y seis años, probablemente hubiese tenido que cambiarla igualmente. La juventud que desaparece tras uno, te empuja, porque la vida de las modelos es corta. Sólo me apena haberme quedado coja, <apuntó *Camille*>, por lo demás, el cambio no me afecta, porque sigo en el mundo de la moda que tan gratificante ha sido siempre para mí.

-Yo ya he cumplido los cincuenta, <dijo *Gabriel* bajando el tono de voz>, pero ya me ves, con ganas de seguir luchando. El éxito de mi primer libro me ha dado alas para seguir escribiendo con ilusión, y la verdad es que no me está yendo mal en el segundo, que ahora estoy rescatando del cajón de los olvidos. Como hice contigo, *Camille*, también lo abandoné.

Sólo deseo que ambos me perdonéis. Estoy aquí para restituiros de cuán mal os haya podido causar. A ti, con mi presencia y brindándote de nuevo mi amor incondicional. Al libro para continuar su historia y darle un final como merece.

El rostro de *Camille* se ensombreció por unos momentos y mirándole fijamente le dijo:

-*Gabriel*, ni tú ni yo somos los mismos ya. Ha pasado demasiado tiempo y

muchas cosas durante su transcurso. Mis sentimientos han cambiado. Puedo ofrecerte cariño pero no amor.

-No me digas eso *Camille*, es muy duro. Nuestra historia fue preciosa y yo la estropeé, lo sé, pero vengo a restituirte, a empezar de nuevo. No puedo ni quiero perderte ahora que te he reencontrado.

-No voy a darte falsas esperanzas *Gabriel*. Para ti seré siempre una amiga. Una buena amiga con la que podrás contar en cualquier momento que me necesites, pero nada más.

Los ojos de *Gabriel* enrojecieron sin poderlo evitar. Aquellas últimas palabras de ella lo incitaban a las lágrimas. No quería mostrar debilidad pero tampoco esperaba aquel doloroso rechazo.

-Dame una oportunidad, por favor. Sin prisas. Sólo te pido eso.

Se veían a menudo, como amigos. Tal como *Camille* lo había impuesto, sin compromisos.

Ella estaba inmersa en la exitosa *boutique*, para cuyo funcionamiento había contratado a dos jóvenes dependientas, con cierta clase, que atendían a los clientes bajo su control. Éstos o éstas, poco a poco, se iban acostumbrando al *Prêt à porter*, tanto por la novedad, como por la comodidad que ofrecía. Entraban, escogían, se lo probaban y casi se lo llevaban puesto.

Era algo desconocido para aquella selectiva clientela, acostumbrada a la asistencia a los desfiles, a las pruebas posteriores, en fin, a la paciente espera hasta que no disponían de la prenda escogida.

Se había convertido en un juego para ellas. Salían de compras por las tardes, se veían tratadas con mimo por *Camille*, halagadas como deseaban y salían de la *boutique* contentas y felices, con sendas bolsas llenas de sus caprichos. ¡Qué más querían?.

Gabriel, por su parte aunque a regañadientes, había aceptado las condiciones impuestas por *Camille*, respecto a su relación.

Seguía escribiendo con ahínco, y ya fuere por el desengaño recibido o por el empeño que ponía en escribir para olvidar, aquella novela abandonada, ahora estaba dando buenos frutos.

Se encontraban para explicarse su día a día, como dos buenos amigos y así fue transcurriendo el primer mes del estreno de *Camille*, como empresaria.

Aunque poco se veían, no se daba cuenta pero empezaba a ilusionarse de nuevo con él. No quería aceptarlo, pero aquellos sentimientos enterrados en lo más profundo de su ser, clamaban al cielo. Volvían a renacer a pesar de rechazarlos. La llama de aquel antiguo fuego seguía encendida y quemaba.

Una noche de las pocas que se encontraban para cenar juntos, y conversar amigablemente en su restaurante preferido, al término de ello y dirigirse al apartamento de *Camille*, ésta le invitó a subir por primera vez.

Gabriel se sorprendió. Jamás en sus encuentros se lo había propuesto ni él obviamente se lo había pedido. Ella había impuesto distancia entre ellos, y él se lo respetaba como buen amigo.

Pero esta vez notó en ella como una *chispa*. La había observado cenando y quizás sí, había bebido demasiado. No estaba ebria pero sí alegre, hablaba con cierto ingenio, con una notable euforia poco corriente en ella.

Le enseñó su apartamento con naturalidad, y con la misma llaneza y espontaneidad, cogiéndole la mano lo invitó a entrar en su habitación.

Se besaron apasionadamente y aquellos sentimientos escondidos durante tanto tiempo, afloraron de nuevo. El deseo surgía y no podían evitarlo. Se amaban, se deseaban y por ello, no dudaron un momento en unir sus cuerpos para entregarse al amor con pasión.

Al día siguiente, al despertarse, con tan sólo una mirada se dieron cuenta de que volvían a ser **ellos** de nuevo. Como antaño había sido. Dos seres que se aman y que desean estar juntos para siempre.

Desayunaron con visible alegría y *Gabriel*, tras besarla, se despidió para marcharse a su apartamento. Al llegar al umbral de la puerta se giró, la miró fijamente y le dijo:

-Tenemos que hablar seriamente.

Camille sonrió y con una leve inclinación de cabeza, confirmó sus palabras.

Al entrar en casa, vio la lucecilla del contestador que parpadeaba. Había un mensaje. Pulsó el botón y se dispuso a escucharlo.

-*Gabriel, boludo, soy Renata. Estoy en Nueva York, volveré a llamarte.*

Se dirigió directamente a su escritorio. Sentía que el estímulo de la inspiración le apremiaba a reproducir rápidamente cuanto su mente le dictaba. ¡Es bueno!, <se decía>, no quiero olvidarlo y perder la oportunidad de plasmarlo.

Escribía y escribía sin parar. Como si una voz interior le estuviese dictando el relato de aquel capítulo escrito aún a medias. Con aquellas palabras que aprisa surgían de su mente, herloseaba aún más aquella historia de su nueva novela. Llevaba escritas decenas de páginas aún sin título, pero ya estaban llenas de vida y con ellas las enriquecía más. ¡Sentía una felicidad inmensa!

Sonó el teléfono y contrariado por ello no quiso romper el hilo de la inspiración. Lo dejó sonar. -Ya dejarán el mensaje <se dijo>.

A distancia reconoció la voz. No quiso ser descortés con su compañera y se levantó raudo de la silla, para acudir a la llamada.

-¡Renata gordita!, que sorpresa. Ya escuché tu mensaje. ¿Decías que estás en Nueva York?.

-¡Hola viejo!, ¿cómo estás?.

-Dichoso de oír tu voz, ¿y tú?.

-Yo, pasando unos días aquí, de vacaciones. ¿Cuándo podemos vernos?.

-En un par de horas si quieres. Ya me has cortado la inspiración. ¿Almorzamos juntos?, <contestó él>.

Se encontraron cerca de *Central Park* y contentos, se dirigieron a un restaurante que *Gabriel* conocía bien.

-Me tomé una semana de descanso, <manifestó *Renata*>, y me dije ¿por qué no me voy a ver a mi viejo amigo?. Y aquí estoy, ya ves.

-¡Qué bien!, *gordi*. Me hace feliz verte. ¿Qué es de tu vida?, <preguntó él>.

-Comemos que esto está muy rico y después hablamos, ¿no te parece?, <contestó ella>.

Se hallaban alegres paseando por *Central Park*, después del almuerzo, y de repente el semblante de *Renata* se ensombreció.

-¿Te ocurre algo *Renatita*?, <preguntó *Gabriel* con preocupación>.

-Tengo que explicarte algo serio y no sé cómo empezar.

-Pues por el principio, digo yo.

-¿Recuerdas la noche que nos despedimos antes de venirme a Nueva York?.

-Sí, tengo un grato recuerdo de ella, <contestó *Gabriel*>. Ambos desnudamos nuestras almas y nos consolamos como buenos amigos, confesándonos las miserias humanas que nos agobiaban, ¿verdad?.

-Estoy **embarazada**.

Fue tal la impresión que le produjeron aquellas palabras que habían caído como un mazazo sobre su cabeza, que *Gabriel* no reaccionaba.

Se quedó mudo de golpe. Anonadado. No podía expresar palabra alguna.

Renata, reaccionó rápidamente y dijo: -No es mi intención interceder ni ser un problema para ti. Desconozco tu vida privada en estos momentos, pero creí que debía decírtelo.

-Tengo cuarenta y seis años y quizás demasiados para ser madre por primera vez. Pero quiero tenerlo. Soy consciente de los riesgos que corro, pero *pibe*, es lo más hermoso que me ha ocurrido en mi vida. Estoy tan sola, que es como un regalo del cielo.

-No te pido nada. Soy totalmente responsable de mi vida, ya no soy una niña y sabía a lo que me arriesgaba. Te juro que no lo hice pensando en las posibles consecuencias. Simplemente surgió, fue bonito y no me arrepiento de ello.

Esta vez era el semblante de *Gabriel* el que se ensombrecía.

-*Renata*, esto es muy serio, <esgrimió él>. Tendrás un hijo que también será mío. No puedo omitir mi responsabilidad. Además, ¿cómo podrás arreglártelas tú sola con un niño?.

-¿Eres consciente de la situación que sigue atravesando nuestro país?. Sigue el caos en él, precisamente por ello aburrido de tanta lucha me fui. Ha habido otro golpe de estado. Al presidente *Frondizi* ante el deterioro de las relaciones con las Fuerzas Armadas, lo obligan a dimitir, pero él ni cede, ni quiere huir. Ante esta situación, ¿qué vas a hacer con una criatura?.

-Ignoro cómo acabará todo este conflicto ni cuándo, <apuntó *Gabriel* con preocupación>.

-¡No debí decirte nada!, <contestó *Renata* airada y triste>. Me equivoqué. No te preocupes por mí. Siempre he sabido defenderme sola y seguiré haciéndolo. No te necesito.

Se giró en dirección contraria con la intención de irse, pero *Gabriel* le sujetó el brazo frenando su impulso.

Renata se lo miró fijamente. Su mirada llorosa lo conmovió y *Gabriel* la abrazó dulcemente.

-¿Pero vos qué querés?, <preguntó él mirándola a los ojos>. ¡Sí que me necesitas! y aquí estoy para ayudarte. Tendremos ese hijo verás y todo irá bien.

Renata se abrazó a él y ahora sí lloraba de emoción.

-¡Gracias, gracias, gracias!.

Aquel día se excusó con *Camille*. Estaba escribiendo un nuevo capítulo muy interesante y prefería terminarlo ahora que la inspiración había llegado, <le dijo por teléfono>.

En realidad no escribía. Pensaba y pensaba en el problema en el que se hallaba inmerso.

-¿Qué le voy a decir a *Camille*?, <se preguntaba>, y cómo planteárselo sin que se ofenda. ¡Me va a dejar!, seguro..., y ¡un hijo!... Ahora que hemos vuelto a reencontrarnos y recuperado nuestros sentimientos. ¡Dios del cielo!. ¡Qué voy a hacer?. ¡No quiero perderla de nuevo!...

Habían quedado con *Renata* para hablar a fondo del asunto que les concernía y aplicar la solución más loable para ambos. Eso podía ser fácil, lo complicado del caso estaba en cómo ayudar a *Renata* sin perder a *Camille* afrontando la verdad. Esa sí, era ardua tarea.

Cavilaba, se devanaba los sesos, yendo de un lado para otro del apartamento y no hallaba el modo.

Hoy lo había demorado con la excusa de que estaba escribiendo, ¡mentira!, y ¿mañana o pasado, cuando por fin tuviese que afrontarlo explicándole el embrollo en que se había metido por su conducta irresponsable?. ¿Más mentiras?. No, su honestidad no se lo permitía.

Amaba a *Camille* intensamente desde hacía muchos años, ¿cómo le voy a decir que voy a tener un hijo con otra mujer?, <pensaba con desesperación>.

Por otro lado, <se repetía justificándose a sí mismo>, cuando eso ocurrió estaba en *Buenos Aires*. Aunque pensaba constantemente en ella, en buscarla donde fuere para recuperar su amor, en realidad aún no se habían reencontrado.

Estas reflexiones aminoraban la magnitud del problema. ¡Claro!, puedo exponérselo así, al fin y al cabo en aquel momento no estábamos juntos y tan sólo fue una sola vez. Jamás pensé en otra mujer que no fuese ella, <se decía de nuevo>.

Renata estaba distinta, la vio ilusionada al encontrarse aquella tarde para tratar sobre el espinoso asunto.

Pasearon juntos y sacó el tema del niño. ¡Será un *pibe* guapísimo!. <dijo ella>. No te imaginas cuán feliz me hace estar en estado. ¡Seguro que se parece a ti, verás!.

No se atrevió a contestar ni a exponerle lo que había pensado. La ayudaría siempre, pero nunca estarían juntos.

¿Cobardía? Ahora se daba cuenta de que no se atrevía a romper las ilusiones de *Renata*. Ignoraba qué pensaba ella, qué se había imaginado respecto a ellos dos. Ella ignoraba su relación con *Camille*, pero no tenía valor para afrontarlo en estos momentos, decirle la verdad de su situación sentimental.

Sí, <se dijo a sí mismo>. Primero hablaré con *Camille*.

Exhaustos tras hacer el amor, se hallaban tendidos sobre la cama deleitándose de gozo.

-Mi amor, jamás pensé en volver a sentir tanta dicha, <dijo *Camille* asiéndole la mano>. -Cuando nos distanciamos durante tanto tiempo, sin tener contacto alguno debido a tu huída inesperada a tu país y a mi nefasta caída en París, estaba convencida de que jamás volvería a ser feliz.

Se abrazó a *Gabriel*. -No vuelvas a desaparecer, te lo prohíbo, <rogó ella mirándole a los ojos>.

Gabriel tras estas palabras, sonrió.

-Fueron las circunstancias *Camille*. Me fui a Argentina convencido de que tan sólo serían unos días. Tú estabas en París, me reclamaron de la Redacción y creí que podía desplazarme aprovechando ese *impasse*. Conocer las novedades políticas en las que se hallaba inmerso mi país. Era un momento clave de suma importancia para los argentinos.

-Ante todo soy periodista y mi pasión por la profesión es imparable. Ya lo sabes mi vida, y una vez allí, metido en el meollo, en lo esencial del problema, no pude eludirlo. Tú no sabes la adrenalina que provoca el peligro, la tensión, un golpe de estado, una revolución o cualquier otra circunstancia que altera la vida de un país y de sus compatriotas.

-Sientes en lo más profundo de tu ser que debes estar ahí, con su lucha e incluso participar en ella si es preciso.

-Perdóname de nuevo si te hice sufrir. Tú también pasaste lo tuyo, lo sé.

-Olvidemos esta conversación. Pertenece al pasado. Disfrutemos de nuestro presente, <concluyó *Camille*>, besándole de nuevo.

Gabriel en aquellos momentos, no tuvo valor para exponerle el problema que le atormentaba desde hacía meses. La amaba demasiado para hacerle daño y sabía que aquella complicada situación en la que se encontraba, con toda seguridad, se lo haría.

Renata finalizó su corto período vacacional y regresó a Buenos Aires.

La despidió en el Aeropuerto, con la firme promesa de seguir en contacto con ella y de afirmar su situación como futuros padres.

Gabriel se sentía como un canalla. Sabía que estaba jugando a dos caras. Quizás, incluso, engañándolas a ambas por su cobardía. Por no saber afrontar la verdad. La fatídica y a la vez feliz realidad. Una encrucijada difícil, porque ser padre, también reconocía que le ilusionaba.

Pero también sabía, que *Camille* no lo aceptaría. La conocía bien y no estaba dispuesto a perderla. La amaba demasiado.

Gabriel, no escribía. Su inspiración se hallaba siempre en blanco, apagada. Su mente sólo proyectaba cada minuto del día, el problema que vivía paralelamente con el dulce amor de *Camille*.

Su editor lo apremiaba constantemente. -¿Cuánto más vas a tardar?, <le decía>. No voy a darte ningún otro adelanto. Necesito que termines el manuscrito, ya.

Pero él no podía decirle: -Estoy en blanco. Mi mente está demasiado ocupada en un problema. En mi gran problema.

Cuando *Renata* cumplía el sexto mes de embarazo y su barriga delataba ya un gran volumen, se hizo una fotografía y se la mandó a *Gabriel*.

Aún tendrían que pasar unos años para conocerse la técnica de la ecografía, y por lo tanto también se ignoraba el sexo del feto. En su correspondencia y conversaciones telefónicas, hablaban sólo del “niño” o de “nuestro” hijo.

Renata no era una mujer hermosa como *Camille*. Sin embargo, *Gabriel* observó en ella un gran cambio. Estaba guapa. Era feliz y por ello, su imagen lo transmitía.

No obstante, *Gabriel* seguía manteniendo su secreto ante *Camille*.

Cuanto más tiempo pasaba, más difícil le era encontrar el momento de explicarle la verdad.

Pronto sería padre, y sabía que llegado ese cercano momento, no lo podría eludir.

Camille, aún con su cojera amparada por su bastón, era feliz. Feliz con el amor y dedicación que le profesaba *Gabriel*, y también por el éxito que estaba logrando su *boutique* en la Quinta Avenida de aquella gran urbe.

Cada vez tenía más clientes y ello la obligaba a dedicar más horas a su negocio. Había ampliado la dependencia para atenderlos, a dos personas más, amén de un portero que elegantemente vestido, les abría y cerraba la puerta según entrasen o saliesen del establecimiento.

Ese detalle aumentaba su categoría y le daba clase a la *boutique*, y sus clientes se sentían complacidos, ante la cortesía y atención que se les brindaba.

Llegado el noveno mes de embarazo de *Renata*, cuando le faltaban sólo un par de semanas para dar a luz, llamó a *Gabriel* y le propuso asistir al parto.

-Estaré más tranquila si estás presente, <le dijo por teléfono>. Estoy bien, y la cesárea está programada para la próxima semana, aunque en cualquier momento se puede producir el alumbramiento, si se adelanta. ¡Ven por favor!, deja el libro por unos días. ¡Cuánto me gustaría que vieses su carita al salir al mundo!. Yo estoy ansiosa por verla.

Había llegado el momento de hablar con *Camille*. Decididamente, no podía posponerlo por más tiempo.

Aquella noche se presentó en su apartamento dispuesto a explicárselo todo. Dispuesto incluso, a perderla, pero iba a ser padre y eso, ella, no lo podía ignorar por más tiempo.

-Hola mi amor, no tengo apetito para salir a cenar. He de explicarte algo muy importante que llevo demasiado tiempo ocultándotelo.

-Siéntate por favor, y escúchame con atención.

Camille, se quedó anonadada, petrificada. No entendía nada de lo que *Gabriel* le acababa de explicar.

-¿Y lo sabes desde hace meses y no has sido capaz de decírmelo?. ¡Has estado jugando con mis sentimientos!. ¡Hacíamos planes para nuestra vida en común! y tú mientras, haciéndolos también con ella. No tienes perdón.

-Precisamente porque te quiero y no quiero perderte, no te lo podía decir. Yo quiero estar contigo sin duda alguna, pero debes entenderlo, tampoco puedo ignorar que será mi hijo, y no debo ni quiero, dejar de ocuparme de él.

-Cuando ocurrió todo allá en *Buenos Aires*, tú y yo, no estábamos juntos, y te juro que con ella tampoco. Tan sólo éramos compañeros de trabajo.

-Fue una noche que salíamos cansados después de una jornada terrible y nos fuimos a comer un triste bocadillo al bar de al lado. Allí estuvimos confesándonos nuestras frustraciones y acabamos la noche juntos. Sin amor, sin sentimientos de por medio. Simplemente nos unió nuestra soledad. Las miserias humanas que nos acompañaban en aquel entorno de tristeza.

Camille, tampoco pudo controlar su pena. Al fin, la desencadenó en una decisión irrefrenable reprendiéndole severamente su error. Precisamente, el haberlo ocultado durante tanto tiempo.

-No tiene sentido continuar nuestra relación, <dijo ella con tristeza>. Mejor será que te dediques a cumplir tus obligaciones como padre. Yo, no te voy a dar hijos *Gabriel*, lo sabes.

-Y no me importa *Camille*, aún así quiero seguir a tu lado.

-Pero también querrás y es lo que debes hacer, ver crecer a tu hijo, cuidarle, darle cuanto merece, y lo más preciado, tu amor de padre.

Camille, con semblante triste se lo miraba fijamente.

-No es compatible con nuestra relación. ¿Qué vas a hacer, coger el avión constantemente para verle?. ¿Para seguir su crecimiento?, ¿sus estudios?, ¿todo cuanto necesita un hijo de su padre?.

-Yo no me veo capaz de soportarlo, *Gabriel*. Lo siento, pero mejor será separarnos definitivamente. Me has hecho mucho daño y aunque te perdono porque entiendo que me lo ocultaste por miedo, por cobardía, no puedo seguir a tu lado.

-Nuestra historia no tiene futuro por mucho que lo intentemos.

Ahora, era *Camille* la que no podía evitar que sus ojos derramasen lágrimas de tristeza. Tenía el corazón roto una vez más. Era su sino.

-Vete, por favor. Quiero estar sola.

Entró en un bar y pidió un whisky doble. Su cabeza daba tumbos. No quería pensar sino olvidar aquel trance doloroso que estaba viviendo.

Había perdido a *Camille* para siempre.

No obstante, como si su subconsciente se lo dictase, <se decía a sí mismo>, - aunque hubiese tenido la valentía de explicárselo en su momento, estoy convencido de que tampoco lo hubiere aceptado.

Su estómago llevaba horas sin tomar alimento y la bebida no tardó en hacer su efecto. Pidió otro doble al barman que lo ingirió de golpe, más un tercero, y después de pagar la cuenta, salió por la puerta dando un traspiés. Estaba ebrio y casi se dio de bruces en el suelo.

Lloraba y reía a la vez, advirtiendo inconscientemente a su paso, que la gente que se cruzaba con él en el asfalto, se lo miraban con desprecio.

-Das pena, *Gabriel*, <se dijo>, estás borracho y haciendo el ridículo. Vete a casa y duerme la mona.

La llave no encajaba en la cerradura. ¿Qué pasa?, ¿me han cambiado el cerrojo?, <se repetía incrédulo mirándose la llave>. Su cabeza daba vueltas y para no caerse se sentó en el suelo apoyándola en la puerta. Poco tardó en quedarse dormido.

Más tarde se despertó y al verse en el suelo se sobresaltó. ¿Qué hago aquí?, <se dijo>, asustado se levantó y esta vez sí pudo abrir la puerta. No sabía el rato que había transcurrido en la inconsciencia.

Se desnudó y se metió bajo la ducha durante un buen rato. Al salir, su cabeza ya sentía sobriedad. Estaba sereno. Cogió el auricular y marcó el número del Aeropuerto.

-Necesito reservar un billete de avión para *Buenos Aires*, en el primer vuelo que salga.

-A las 15,45 pm. ¿Su nombre por favor?.

Recostado en el asiento del avión, rememoraba la bonita historia de amor

vivida con *Camille*. Se acabó, <se dijo>. Ha sido hermosa pero se acabó para siempre.

No le había dicho nada a *Renata*, quería darle una sorpresa.

Aterrizó de madrugada en Buenos Aires. A esa hora, ella aún estaría durmiendo, <pensó>. Se dirigió a su pequeño apartamento y se tumbó en la cama.

Descansaría unas horas y después, reiniciaría su vida de nuevo en su país. - Es mi destino, <consideró para sí>, ir de un lado para otro, pero siempre, regresando a casa.

-Mi querida Argentina, ¿cómo te voy a encontrar esta vez?, <se preguntaba>.

32

Compró unas flores y se dispuso a encontrarse con *Renata*. No le había dicho que regresaba a *Buenos Aires*, confiaba en encontrarla en casa, dado su avanzado embarazo. Así pues, se dirigió a su apartamento.

Pulsó el timbre pero nadie contestó.

¿Estaba haciendo bien las cosas?, <se preguntaba>. Desde que *Camille* había cortado la relación que los unía, andaba como un autómata, sin voluntad propia. No pensaba lo que hacía y actuaba sin sentido. ¿Se había equivocado al venir?.

Salió a la calle desconcertado y con el ramo de flores en la mano, diciéndose para sí, ¿-y ahora qué hago aquí?, actúo sin pensar. -Céntrate *Gabriel*, <se dijo a si mismo>.

Compró un periódico en el quiosco de la esquina y se sentó en un bar frente al apartamento de *Renata*.

-Desde aquí la veré llegar, <pensó>.

Pidió una cerveza al camarero y desdobló el periódico. De pronto se quedó atónito ante los titulares de la primera página:

“El presidente Arturo Frondizi destituido de su cargo después del Golpe de Estado”

En primera página y con grandes letras, se anunciaba la noticia que desestabilizaba de nuevo aquel Gobierno y en consecuencia, a su patria querida.

Las últimas horas vividas en *Nueva York*, en el total desconcierto por la ruptura con *Camille*, no se había enterado de las graves noticias que afectaban a su país.

Con gran inquietud, seguía leyendo el largo comunicado que alteraba de nuevo la paz de su Argentina:

“Hoy 29 de marzo de 1962, después de la sublevación acontecida en el día de ayer, se ha producido una Rebelión militar cuyo objetivo era la destitución, derrocamiento y detención del presidente de Argentina Arturo Frondizi”, tras el triunfo del peronismo en las elecciones para gobernadores de provincias...

Gabriel dejó de leer enseguida. Ávido ante la noticia, se dirigió a toda prisa hacia la Redacción de *La Prensa*, para informarse directamente desde allí, de todo cuanto ignoraba que estuviese ocurriendo en su país.

Ni se había dado cuenta de que su mano izquierda aún asía el ramo de flores. Su mente estaba en la Redacción. Deformación profesional, <pensó>, he de estar allí, ya.

Entró raudo saludando a todos sus ex compañeros, y se dirigió directamente a Dirección.

Raúl Cuyo, el Director, en cuanto lo vio entrar, se levantó para abrazarlo.

-¡*Espinoza, pibe!*, ¡qué sorpresa verte!, ¿qué haces aquí?.

-He regresado, amigo. En cuanto he llegado, he sabido por el periódico la lucha que de nuevo vivís. No sabía nada. ¿Puedo colaborar?. Estoy ansioso por reincorporarme.

-Llegas oportunamente, pero ahora precisamente me dirigía al hospital para ver a *Renata*.

-*Gabriel* entonces reaccionó y avergonzado, se dio cuenta de las flores que llevaba en la mano.

-¿Qué ha ocurrido?, <preguntó>.

-De repente, ha roto aguas y dos colegas de sección la han acompañado al A.M.S.A. Tenía prevista la cesárea para la próxima semana, pero por lo visto el parto se adelantó. Espero que todo vaya bien, pero ahora quiero ir al hospital por si hay alguna novedad. Últimamente no se encontraba muy bien. Le ordené que cogiese la baja, pero ya la conoces, es más tozuda que una mula.

Gabriel, se sonrojó abochornado. Dedujo que *Renata* no había explicado nada de su pacto, ni mucho menos de que él era el padre.

-¡Es una gran mujer!, <pensó>, y dirigiéndose a *Cuyo*, su ex jefe, le suplicó que le dejase acompañarle en su visita.

Llegaron al Hospital y una enfermera les informó que *Renata* estaba dormida.

-De momento no son convenientes las visitas, <dijo>. Necesita descansar. El parto ha sido largo y difícil. El cordón umbilical rodeaba el cuello del feto y por ello el alumbramiento ha sido más complicado. Se agotó, pobrecita. Estaba prevista una cesárea programada pero el parto se adelantó.

-El niño está bien. Con poco peso pero bien. Permanecerá unos días en la incubadora hasta que recupere el peso necesario.

-Pueden verlo si quieren, <les indicó afablemente>, pero solo tras el cristal de la *Nurserie*.

El rostro de *Gabriel* mostraba una emoción intensa. Como un autómat

afirmó con la cabeza que sí querían, y dándose cuenta de que aún sujetaba el ramo de flores en su mano, se lo dio a la amable enfermera.

-Cuando ella despierte, <le dijo>, entrégueselo por favor. Nosotros, volveremos más tarde.

A través del cristal de la *Nurserie*, vieron al recién nacido.

-¡Qué cosita tan pequeña!, <comentó *Gabriel* asombrado>, ¿es normal?.

-¡No seas *boludo ché!*, <exclamó *Raúl*>, pues claro que es normal. Pequeñito, pero normal.

-Ahora vamos a tomar unas copas para celebrarlo. Tú y yo tenemos que hablar largo y tendido. Me parece que tienes mucho que contarme.

Sonrientes, se sentaron en un rincón tranquilo de un bar cercano. De repente, el semblante de *Raúl Cayo* cambió, y mirando fijamente a *Gabriel* <le espetó>: -Ahora me vas a explicar sin omitir detalle, la verdad de esta misteriosa historia vuestra que “huelo”, como buen periodista que soy.

Gabriel se sonrojó y aguantó firmemente la inquisitiva mirada de su compañero y amigo.

-Es muy complicada y por supuesto larga <le dijo>.

-Soy todo oídos, tengo todo el tiempo del mundo, <contestó *Raúl*>.

-Desde hace más de veinte años que estoy enamorado de una mujer con la que he sido muy feliz a su lado, pero sólo a tiempos parciales. Ya te he dicho que es todo muy complejo, <intentó explicarse *Gabriel*>.

-Sigue.

-¿Recuerdas cuando me mandaste a España, concretamente a Barcelona, para cubrir las noticias de la Guerra civil del 36?. Pues allí la conocí. En el hotel que me hospedaba. Es francesa, parisina y preciosa. Cuando más ilusionado estaba con ella, un día desapareció. Después supe que su marido –estaba casada- la había ido a buscar.

-Al finalizar la contienda, regresé y como sabes me reincorporé a mi trabajo, aunque sin olvidarla. Pasaron un par de años y casualidades de la vida, la reencontré aquí en *Buenos Aires*, convertida en una famosa modelo de pasarela. Fue en *HENRIETTE* de las *Hermanas Schwartz*. ¿Recuerdas?, *Claudia* estaba enferma y aunque a regañadientes, fui yo a cubrir la noticia del desfile.

-¡Allí estaba!, como una reina luciendo por la pasarela. Mi corazón latió y latió sin cesar. Pensaba que me daba un ataque de la impresión que me produjo su presencia.

-Estaba en proceso de separación, que le costó mucho porque él no accedía al divorcio, y a partir de ahí, iniciamos nuestra historia de amor.

-Ella viajaba mucho. Desfilaba por todo el mundo y yo, ya sabes la vida que he llevado siempre, a causa de las desdichas de nuestra patria. La cuestión es que por las circunstancias profesionales de ambos, volvimos a separarnos. Simplemente, un día descubrimos que ninguno de los dos sabía si seguíamos existiendo.

-Cuando me fui a *Nueva York* para presentar mi libro, volvimos a reencontrarnos. Allí estaba ella de nuevo, pidiéndome un autógrafo, mejor dicho, que se lo estampase en mi propio libro que había adquirido.

-Fue un encuentro maravilloso. Revivimos nuestros recuerdos y afianzamos nuestra relación, con toda la intensidad de dos personas que se aman profundamente. Ambos estábamos afincados en la capital de los rascacielos y pudimos disfrutar de nuestro amor por un largo tiempo.

-Pero tuvo que desplazarse a París, para posar en un anuncio y aquí volvimos a perdernos. Ella por causa de una caída accidental, que la mantuvo inmóvil en aquella ciudad durante bastante tiempo después de ser intervenida y yo, ignorante de lo que le ocurría, porque había regresado aquí una vez más, por las rebeliones que ya conoces. Mi pasión por el periodismo me pierde. Ahí volvió a naufragar nuestra relación. Cuando regresé a *Nueva York* la busqué, primero infructuosamente, pero aunque me costó lo mío, al fin lo conseguí.

-No podía ejercer de modelo debido a su leve cojera y proyectó su vida hacia otros derroteros. Abrió una *boutique* de lujo en la Quinta Avenida, y precisamente el día de su inauguración nos volvimos a encontrar.

-Fueron días felices, costó no creas, porque ella estaba muy dolida de mis ausencias, que desgraciadamente se repitieron, porque tú me reclamaste de nuevo. Yo iluso de mí, vine corriendo a cubrir todo el desastre que se vivía aquí en aquellos momentos. Me debía a mi profesión y a mi país.

-Al fin, cansado de tanto debacle, decidí regresar a *Nueva York*, convencido de que no podía vivir sin ella, y precisamente la noche antes de viajar, en un estado anímico por los suelos, nos encontramos con *Renata* en el ascensor al salir de la Redacción.

-Agotados ambos por un día extenuante, fuimos a tomar algo y comer un poco para animarnos. Estuvimos largas horas confesándonos nuestras miserias humanas, nuestra soledad y acabamos en su cama consolándonos. Sin amor, sin sentimientos. Sólo con una sincera gratitud por nuestra mutua entrega.

-Al día siguiente ya sabes, regresé a *Nueva York* y no supe nada más de ella, hasta que a los tres meses vino a verme.

-Sí, fui yo quien la envié, <dijo *Raúl*>. Casualmente nos encontramos en el *office*. Yo entré para tomarme un café y ella estaba llorando.

-¿Te ocurre algo *nena*?, <pregunté>. Esa es la única parte de la historia que conocía hasta hoy. Por eso la mandé a *Nueva York*.

-Toma una semana de vacaciones, y habla con él, <le dije dándole tu teléfono>.

-Soy el único de aquí que conoce su secreto. Nadie ha logrado sonsacarle quién es el padre de esa criatura.

-Es una gran mujer, *Gabriel*, pero si no la amas y aún sigues enamorado de la modelo, no te cases con ella sólo por ese hijo que engendrasteis. Seríais desgraciados los dos.

-Ahora bien, encuentro acertado que quieras hacerte cargo del niño. Que cumplas tus obligaciones como padre, es tu deber, pero no sacrifiques tu futuro solo porque crees que tu conciencia te remuerde.

-Fue un desliz que ambos cometisteis, y tan responsable eres tú como ella.

-Sé sincero con *Renata* antes de que ella se haga ilusiones. Supongo que vas a reconocerlo ¿no?, vas a darle tu apellido aunque no ejerzas de padre.

-Sí, claro y responsabilizarme de cuanto necesite. He pensado en acordar una cantidad mensual. Así ella podrá organizarse sin agobios económicos.

-Me parece bien, pero debes ser delicado cuando hables con ella, ahora está muy sensible y no quiero que le hagas daño.

-Lo primero que tienes que hacer es explicarle tu historia. Todo, sin obviar nada.

-Que amas a otra mujer y que aunque es probable que ya la hayas perdido para siempre, quieres intentar recuperarla. Que te sinceraras con ella porque es una amiga para ti. Una buena amiga que además es la madre de tu hijo. Un hijo por quien quieres velar siempre, para que no le falte nada. Que tu voluntad y deseo es ayudarla a sustentar, educar e instruirlo aunque sea en la distancia.

-Sería bueno establecer un régimen de visitas para verlo crecer, aunque tengas que desplazarte a menudo. Que él te conozca y sepa que eres su padre. Será duro, no creas. Pero aparte de que estás en tu derecho, es también conveniente para el niño. Que te vaya viendo y tratando y que reciba de ti,

el cariño que un hijo necesita.

-Ellos necesitan saber que son queridos. Sentirse protegidos por sus progenitores aunque no vivan juntos.

-Cuando sea mayor, lo reconocerá y estará agradecido, ¡verás!.

-Verdaderamente, <dijo *Raúl* sonriendo>, vuestra historia parece una novela.

-Pero real, <contestó *Gabriel*>. Eres un buen amigo y te agradezco que me hayas escuchado. ¡Era tan angustioso llevarlo encerrado dentro de mí!. Ya me siento mejor, como liberado de una losa que pesaba sobre mi conciencia.

-¿Volvemos al hospital a ver si *Renata* ha despertado?.

Seis meses más tarde, *Gabriel* se hallaba en el Aeropuerto, pendiente de la llamada de su avión, para volar de nuevo hacia *Nueva York*.

Durante este tiempo, se había ocupado de *Renata* y de su hijo, hasta que ella estuvo recuperada, y ahora, sentado en la sala de espera del Aeropuerto, rememoraba con cariño, los meses transcurridos a su lado.

<<Habían acordado que cada mes, tomaría el avión un fin de semana destino *Buenos Aires*, estuviese donde estuviere, con el fin de seguir el crecimiento de *Nico* su hijo, a quien le habían puesto el nombre de *Nicolás*. También habían pactado, la aportación económica a la que él se comprometía y que mensualmente, le transferiría a su cuenta en el Banco como participación en su crianza.

Siguiendo el consejo de *Raúl*, se había sincerado con ella respecto a su historia de amor con *Camille*.

-No quiero engañarte *Renata*, <le había dicho>. Entre nosotros, sólo hay un profundo sentimiento de amistad, una sana amistad que, pensando en *Nico*, no debemos nunca lastimar ni mucho menos romper.

-Nuestro hijo, es un regalo del cielo. Jamás pensé en que un día llegaría a ser padre y ya que lo soy gracias a ti, quiero corresponder como tal>>.

Gabriel regresaba a *Nueva York*, para empezar a escribir su nueva novela. La última editada, que la había terminado en *Buenos Aires* después de varios reproches y reclamaciones de su Editor, estaba teniendo un éxito extraordinario de ventas.

Pero aparte del propósito de seguir escribiendo, su retorno estaba motivado por la idea que constantemente machacaba su cerebro, la de intentar reencontrarse de nuevo y para siempre, con *Camille*.

Esta vez, <se dijo a sí mismo>, he de hacer las cosas bien.

-¡*Gabriel*, que pronto cumplirás cincuenta y dos tacos!, <se repitió mentalmente>, ya es hora de que sientes la cabeza *pibe*.

Una vez se situó en su apartamento, lo primero que hizo fue dirigirse a la *boutique*. No quería telefonar a *Camille*, pretendía darle una sorpresa presentándose personalmente.

-No, *Mme. Augier*, no está, <le contestaron>.

-A qué hora suele venir, <preguntó>.

-No vendrá. Ya no acude a la tienda.

-¿Está en su apartamento?.

-No puedo darle más información, lo siento.

-Pero, ¿sigue viviendo donde siempre?, porque conozco su dirección. Perdóname, no me he presentado. Soy *Gabriel Espinoza*, un buen amigo suyo desde hace muchos años, pero es que he estado ausente en mi país durante una larga temporada y venía a saludarla.

-*Mme. Augier*, ya no vive en *Nueva York*. La *boutique* ahora la regenta *Mr. Thomson*, pero en estos momentos tampoco se halla aquí.

Como si le hubiesen tirado una jarra de agua fría por encima de su cabeza, se quedó *Gabriel* ante la sorpresiva respuesta de aquella empleada.

-Sabe cuándo puedo encontrar a *Mr. Thomson*?.

-Suele venir hacia las diez de la mañana más o menos, no puede tardar. Si quiere puede esperarle aquí, <le dijo amablemente ofreciéndole una silla>.

-¡Dios del cielo!, <pensó>, ya empezamos de nuevo otra odisea. ¡*Camille!*, mi amor, ¿dónde estás?, <se preguntaba>.

-Soy *Thomson*, me dicen que desea hablar conmigo, <le saludó amablemente

con una sonrisa y alargándole la mano>.

-Encantado de conocerle, mi nombre es *Gabriel Espinoza*, un viejo amigo de *Camille*. Venía a saludarla después de una larga ausencia por mi parte, y me dicen que ya no vive en *Nueva York*. ¿Dónde puedo localizarla?, por favor es muy importante para mí.

-*Mme. Augier*, actualmente vive en California. Está muy enferma y el clima *neoyorkino*, no le conviene.

-¿Muy enferma dice usted?, <preguntó *Gabriel* alarmado>.

-Sí, padeció un infarto y tuvo que ser operada urgentemente. A consecuencia de ello, los médicos le aconsejaron que buscase un clima más cálido y un entorno no tan urbano como éste.

-¿Podría usted facilitarme su dirección?, se lo ruego.

-Veré qué puedo hacer. Primero he de contactar con ella. Si me lo autoriza no tendré ningún inconveniente en dársela.

-Deme un teléfono de contacto y en cuanto disponga de la información, le llamaré.

Anonadado ante la noticia, *Gabriel* se marchó triste y compungido. Esperaba disponer pronto de la nueva dirección donde encontrar a *Camille*.

-El destino es cruel. Es nuestro sino mi amor, <se decía a sí mismo como si le hablase a ella>. Nos separa pero nosotros anhelamos reencontrarnos. Así ha sido siempre. Pero si te vuelvo a encontrar, mi vida, nunca más te dejaré, te lo juro.

Gabriel, empezaba a impacientarse. Había transcurrido más de una semana y no tenía noticias de *Mr. Thomson*.

Comenzaba a pensar, que aquel mutismo quizás se debía a los deseos de *Camille*. Posiblemente era ella quien no quería reencontrarse con él y había dado orden de no facilitarle los datos para localizarla.

Mientras esperaba la ansiada llamada, se dedicaba a escribir. Su mente prodigaba abundantes argumentos para su nueva novela. Aunque una parte de ella lo traicionaba constantemente, dirigiendo sus pensamientos hacia *Camille*. Sus ideas eran generosas creando buenos relatos, aunque interrumpidos continuamente, sin poderlo evitar.

-¿Dónde estás?, <se preguntaba>. ¡Necesito encontrarte mi amor!. ¡Te necesito!. Te necesito porque te amo inconmensurablemente, a pesar de los

obstáculos que nos separan.

También contactaba con *Renata*, para saber si el proceso de crecimiento de *Nico* seguía normal.

-Ya pesa ocho kilos, está hecho un toro, <le decía ella>. ¿Has encontrado a *Camille*?

-No, todavía no. Espero noticias aunque ya empiezo a desanimarme. Ha vuelto a desaparecer y esta vez me temo que no quiere que la encuentre.

-¿*Mr. Espinoza*?, soy *Thomson*, el regente de la *boutique* de *Mrs. Augier*.

-¡Por fin!, ya creía que me habían olvidado, <dijo *Gabriel* al contestar a la llamada telefónica que interrumpía su inspiración>.

-No, por supuesto que no. Pero es que hasta ayer noche no pude contactar con ella.

-Si le soy sincero, <le dijo>, no quería autorizarme a darle sus señas, pero insistí y he logrado que al menos, pueda facilitarle su teléfono. A partir de ahí ya dependerá de ustedes.

-Tome nota por favor.

Una vez obtuvo el número donde contactar, *Gabriel*, agradeciéndole su atención, colgó con rapidez y ávidamente, se dispuso a marcarlo.

-¿*Camille*?

-*Mrs. Augier* está descansando. En estos momentos no puedo molestarla, ¿desea usted que le transmita algún encargo?

-¿A qué hora puedo llamarla?, <preguntó>.

-En una hora, más o menos, <contestó la voz>.

-De acuerdo, gracias. Dígale por favor, que ha llamado *Gabriel Espinoza*, y que volveré a llamar más tarde.

Dejó de escribir. La inspiración se había volatilizado por momentos, pero no importaba. Su mente lo arrastró hacia el rostro de *Camille*. Se deleitaba con

ello, era como verla de nuevo ante él y ello, le hacía feliz.

Salió a dar un paseo. Necesitaba serenarse. Al colgar el aparato receptor su corazón latía con tanta intensidad, que parecía salir desbocado. Cuando volviese a llamarla dentro de un rato, necesitaba estar calmado. Encontrar las palabras adecuadas para no ser rechazado de nuevo, como lo había hecho la última vez que estuvieron juntos.

Llovía, y había salido sin protección. El impulso que lo incitó a salir a la calle fue tan rápido que no tuvo tiempo de pensar.

La lluvia arreciaba cada vez con más intensidad, y no tuvo más remedio que protegerse bajo un toldo de un bar que encontró al paso.

Estaba empapado, su ropa chorreaba por todas partes y se decidió por entrar en él.

Dirigiéndose al barman, solícito pidió un *brandi*.

-Estoy calado, quizás esto me reanime un poco, <le dijo>.

Regresó a su apartamento bajo la lluvia, aunque no le importaba seguir mojándose. Se sentía alegre y feliz, aunque sus temores le decían, que quizás *Camille* no aceptase verle de nuevo.

Llegando a casa, se metió bajo la ducha, para con el agua caliente reaccionar del frío que inundaba todo su cuerpo.

-No vaya ahora a coger una pulmonía, <se dijo a sí mismo>.

Bajo el agua canturreaba una canción, consciente de que no recordaba la última vez que lo había hecho. Su tristeza se lo impedía y ello era debido a la ausencia del calor que el amor de *Camille* le había proporcionado siempre, en cada una de las épocas que habían estado juntos.

Envuelto en el albornoz y animado por las perspectivas anheladas, cogió el auricular y marcó el número que tenía anotado en el papel que sujetaba su mano temblorosa.

-¿*Camille*?, <se atrevió a preguntar con temor>.

-¡Hola *Gabriel*!. ¡Cómo estás?. *Mr. Thomson* me dijo que habías preguntado por mí.

-Fui a la *boutique* y figúrate cual fue mi frustración al no encontrarte. ¿Dónde estás?. Por el número creo que en la parte oeste del país.

-Pues sí, estoy en California.

-Pero, ¿estás afincada ahí? o sólo temporalmente, <preguntó *Gabriel*>.

-Vivo aquí desde hace tres meses pero con la intención de quedarme. El clima es maravilloso, nada que ver con el de esa gran urbe que, aunque bella, te devora.

-Me gustaría verte, <se atrevió *Gabriel*>. ¿En qué parte de California estás?.

-¿Para qué?, *Gabriel*.

-(...) Por unos instantes se quedó sin habla. No sabía qué decir. ¿Que la echaba de menos?. ¿Que no podía vivir sin ella?. ¿Acaso le creería?.

-Anda sé buena y dime dónde estás. Deseo verte con toda mi alma porque no he dejado de pensar en ti durante todo este tiempo.

-Necesito hablar contigo para explicarte muchas cosas que me han sucedido para bien, y que quiero que las compartas conmigo. Que me escuches atentamente todo cuanto llevo encerrado en mi corazón que late por ti. Que te quiero más que nunca y que necesito estar a tu lado.

-Ya no soy la misma *Gabriel*. No sé si te gustaría la *Camille* de ahora. Estoy enferma y mi vida transcurre entre el reposo y la tranquilidad que me aporta este entorno.

-Sé que padeciste un *Infarto de Miocardio*, y que estás delicada de salud. Que has buscado un nuevo medio de vida tranquilo y que, según parece, lo has encontrado ahí. ¿Dónde?, anda dímelo, que vendré veloz donde quiera que estés.

Tras unos momentos de duda, *Camille* se decidió y le dijo:

-Vivo en **Bahía de los Ángeles**.

Tras el cristal de la ventanilla del avión, *Gabriel* miraba hechizado las densas nubes que flotaban suspendidas en la atmósfera.

Su presencia le incitaba al recuerdo de la bonita y excepcional historia de amor vivida con *Camille*, a lo largo de más de veinticinco años.

Ahora, estaba seguro de que no deseaba otra cosa en su vida, más que fuere donde fuere, vivirla a su lado. Habían sido siempre, tiempos felices y tiempos amargos.

Era hora ya, de asentar definitivamente su relación. Estuviere como estuviere su salud, <se decía a sí mismo>, la encuentre como la encuentre, jamás volveré a separarme de ella.

Estaba en *Bahía de los Ángeles*. Tras salir por la puerta del Aeropuerto, se introdujo en un taxi para dirigirse a la dirección que *Camille* le había

facilitado por teléfono.

El trayecto ya lo sedujo.

Admiraba el paisaje, y el amable taxista lo observaba a través del espejo retrovisor. Pensando que se trataba de un turista, lo indujo a mirar a través de la ventanilla sus mesetas y rocas escarpadas, amén de la espectacular bahía semicircular, que convierte sus playas arenosas en un paraíso.

-¿Se va a quedar muchos días?, <preguntó el taxista>.

-Aún no lo sé, <contestó *Gabriel*>, aunque creo que me gustaría quedarme para siempre. Es impresionante cuanto veo. Soy escritor y creo que mi inspiración ante tanta belleza va a estallar de gozo.

El taxista sonrió ante su respuesta.

-Hemos llegado <dijo>, saliendo del automóvil para recoger la valija y entregársela a *Gabriel*.

-Que tenga una feliz estancia, <añadió>, recogiendo la generosa propina que, junto al importe a que ascendía la carrera, *Gabriel* le entregaba.

El taxi, se había adentrado en un paraje interior, a unos tres kilómetros más o menos de la Bahía, y ahí estaba, como escondido, un hotelito discreto rodeado de árboles, que auguraba una calma y sosiego a cualquier mortal que buscara la tranquilidad.

-¡Es una maravilla inimaginable!, <se dijo al entrar en el recinto que rodeaba el hotel>.

-¡Quién diría que aquí, oculto bajo esta inmensa arboleda, se encuentra la paz!.

Gabriel entró en el vestíbulo pero no vio a nadie. -¡Hola? ¡Hola?, ¿hay alguien?, <repitió sin que nadie acudiese a su llamada>.

Observó su alrededor, y cercanos a donde él se encontraba, vio un par de sillones de mimbre con una mesita en el centro. Se sentó en uno de ellos a esperar.

-¡Qué tranquilidad se respira!, <se dijo>.

-¡Buenas tardes caballero!, <le dijo una voz a su espalda>.

Un joven negro llegaba apurado, sudoroso y abrochándose los últimos botones de su blanca chaqueta.

-Buenas tardes, <contestó *Gabriel*>, con semblante divertido ante el apuro del joven.

-Soy *Gabriel Espinoza*, creo que aquí se hospeda *Mrs. Augier: Camille Augier*, ¿no?.

-¡Ah! sí, pero no está. Ha salido a dar su paseo de la tarde.

-¿Tardará mucho en volver?.

-No creo, suele estar aquí para la merienda y ya son las cuatro y diez.

-Gracias. Esperaré.

-¿Tienen una habitación disponible?, <preguntó>.

-Por supuesto, <contestó raudo>, está usted de suerte. Esta misma mañana se ha desalojado una con vistas al jardín.

-¿Puedo verla?

-Naturalmente, señor. Acompañeme.

Era un hotel sencillo, sin lujos pero cálido, su entorno auguraba un bienestar que a *Gabriel* le gustó. La habitación, acorde con la sencillez del establecimiento, sin pretensión alguna, auspiciaba la tranquilidad que, suponía, *Camille* había venido a buscar.

-Me gusta, <dijo>, sonriéndole al mozo, a la par que dejaba su valija sobre la banqueta situada a los pies de la cama.

-Esta es mi documentación, <le dijo alargándosela con una sonrisa>.

-Mientras, voy a deshacer mi maleta. Cuando llegue *Mrs. Augier*, avíseme, por favor.

Aún no había terminado de ordenar su equipaje en el armario, cuando unos leves golpes sonaron en la puerta. Al abrirla, su corazón se desbocó de nuevo con solo ver a *Camille*.

-¡Hola!, ya estás aquí. No te esperaba tan pronto.

-Te dije que vendría y me faltó tiempo para embarcarme en el avión.

-¿Cómo te encuentras?, <preguntó él>, un poco azorado, besándola en la mejilla como un simple amigo.

-Dentro de lo que cabe bien, <contestó ella>. Me estoy recuperando. Lentamente, pero poco a poco lo voy logrando. Esto es muy tranquilo, ya lo ves. Nada que ver con el desasosiego de *Nueva York*. *La Bahía*, aunque algo más movida que esto, es preciosa y tiene mucho encanto. A poca distancia hay mucha expectación, pero yo ahora prefiero esta calma.

-¿Y tú, *Gabriel*, cómo estás?.

-Feliz de verte. En estos momentos no necesito nada más. Este rincón es una maravilla, ¿cómo lo encontraste?, <preguntó él>.

Aunque quería aparentar calma, los latidos de su corazón lo traicionaban.

Feliz por vivir aquel momento, un irrefrenable impulso, lo hubiese lanzado a abrazar desesperadamente a aquella mujer por la que no vivía desde su separación. Pero se contuvo.

Ambos se sentaron en los dos pequeños sillones que acompañaban la decoración de la cámara, dispuestos a reencontrarse de nuevo.

-Me costó lo mío, no creas, <dijo ella>. Cuando llegué, primero me instalé en un hotel de la Bahía, y aunque también es una maravilla, no era lo que precisamente necesitaba para mi recuperación. Los propios dueños del hotel fueron los que me recomendaron éste. Son amigos, y entendieron que para mi pobre salud, era lo más apropiado. Este retiro voluntario en la calma que proporciona el entorno que me rodea, es tan gratificante, que no echo en falta para nada la gran urbe.

-Espero que no te moleste mi presencia aquí, <dijo él mirándola a los ojos>. No sé qué decirte. Sólo que he pensado mucho en ti, en nosotros, en nuestra relación. He llegado a la conclusión, de que más bien hubo un mal entendido por tu parte, que debe ser aclarado cuanto antes.

-A eso he venido, si me lo permites. Hablaremos de ello hasta que todo quede bien claro. Te sigo queriendo como siempre, *Camille*, y mi deseo es recuperar tu amor. No es justo que por las circunstancias que ya conoces, rompamos nuestra bonita historia.

-Ya ves, <dijo señalando a su alrededor>, me he instalado aquí, para estar de nuevo a tu lado. No me rechaces, por favor. Quiero exponerte mis planes, mis deseos, mi voluntad, y si después de ello no te place mi idea, respetaré tu decisión y me iré para siempre.

Habían dialogado durante un buen rato, hasta que *Camille* de repente se levantó del sillón y añadió:

-*Gabriel*, no me presiones por favor. Yo no te pedí que vinieras. Lo has hecho por propia voluntad, sin garantías. Mi período de recuperación será largo, ya me lo dijeron en el hospital y por supuesto mi vida aquí es monótona, incluso aburrida si quieres, pero no puedo ofrecerte otra cosa.

-Tú estás acostumbrado a una vida ajetreada, a viajar, a embriagarte de sueños, a incluso vivirlos apasionadamente. Yo también los viví esos sueños. Mi vida era un constante carrusel de ilusiones, pero se acabó. Estuve y sigo estando muy enferma. Mira, <dijo desabrochándose la blusa>.

Gabriel se horrorizó al ver a través del escote, la enorme cicatriz que atravesaba su torso. No pudo evitar sentir un leve rechazo, que inmediatamente se obligó a disimular.

-¡Pobrecita!, <dijo asustado>. Qué mal lo debes haber pasado. No sabes cuánto daría por ser yo el que hubiese sufrido todo tu dolor, o al menos haberte acompañado en él.

-Creí que moría, <apuntó *Camille*>. Pero ya pasó lo peor, y aunque nunca más volveré a ser la de antes, estoy viva *Gabriel*, viva sí, pero atada para siempre a una vida caduca. Cuidándome con esmero en cuanto a alimentación y fármacos, amén de una vida sosegada, en la que sólo caben tranquilos paseos bajo el sol o bajo la sombra, o como mucho, ante las olas de un mar precioso del que tan sólo puedo disfrutar de su visión.

-No quiero encadenarte a mi vida, <prosiguió con tristeza *Camille*>. Sigue tu

camino y olvídate para siempre.

Gabriel, ante la triste disertación, no pudo evitar que sus ojos enrojecieran ni reprimir unas lágrimas que con profundo sentimiento, rodaron por sus mejillas.

-Es lo último que deseo, compasión ni mucho menos inspirarte pena, <dijo *Camille*> con semblante serio.

-No es pena ni compasión, es un dolor profundo que siento en mi corazón por verte sufrir, y en cuanto a olvidarte para siempre, nunca más pronuncies tales palabras. He venido a ti, porque te quiero y porque te necesito estés como estés. Yo cuidaré de tí mi amor, aquí o donde quiera que sea.

Se levantó y la abrazó tiernamente.

Volvían a estar juntos, <pensaron ambos> no cabían palabras.

Volvía a escribir, a crear sin límites. Aquel entorno tranquilo le proporcionaba una gran inspiración, y la novela avanzaba día a día, mucho

más de lo que hasta entonces había logrado.

Por las mañanas, madrugaban y después del desayuno salían a pasear por aquellos bellos parajes alejados de la civilización. Después, pasado el tranquilo paseo, regresaban al hotel. *Camille*, se tumbaba en la cama para descansar y recuperarse durante un buen rato del cansancio, y *Gabriel* se sentaba ante su máquina de escribir, dispuesto a plasmar en el papel, toda la inspiración que afluía en su mente.

Más tarde, el almuerzo. Un espacio de tranquila conversación que ambos disfrutaban ante el humeante café de *Gabriel*. Después, pequeño descanso para ella, durante el cual él volvía a su máquina de escribir, hasta que de nuevo salían para el paseo de la tarde.

Así era su vida, rutinaria pero tranquila. La vivían con gratitud, por el mero placer que tan sólo su mutua compañía les proporcionaba.

Durante la última semana de cada mes, *Gabriel* se desplazaba en avión, destino *Buenos Aires*, para visitar a su hijo *Nico*. Estaba con él un par de días, lo veía crecer con ilusión y después regresaba al lado de *Camille*.

Su novela ya llegaba a su fin, y la releía con deleite.

-Es buena <se decía a sí mismo>. Quizás la mejor. *Camille* lo hacía también, y era su más recalcitrante crítica y defensora a la vez, de su contenido.

Había transcurrido un año de su estancia en *Bahía de los Ángeles*, y en uno de sus paseos diarios, vislumbraron a lo lejos de una colina frente al mar, un rótulo que anunciaba la venta de una casa de pequeñas dimensiones.

-¿Te atreves a llegar hasta allí?, <preguntó él>. El camino es un poco empinado, pero quizás despacito, paso a paso... <insistió *Gabriel*>.

Cuando llegaron a la colina a través del pequeño camino que les conducía, quedaron sorprendidos ante la vista de aquel mar color turquesa que tantas veces habían admirado desde la playa, y que ahora una vez más lo hacían, desde la altitud de la loma.

-¡Qué maravilla!, ¡esto es la gloria!, <dijeron ambos>.

-¡Qué haces?, <preguntó *Camille*>, al ver a *Gabriel* desplazarse unos pasos

hasta el anunciante, donde se detallaba los datos de la inmobiliaria.

-Quiero saber su precio, <dijo>, mañana llamaré y a ser posible visitarla. Es pequeña, pero para nosotros dos suficiente.

-¡Estás loco?, ¡será carísima!. Esto es zona residencial, ¿que no lo ves?.

-¿Y qué?, <contestó>. ¿Sabes lo que nos cuesta el hotel?. Cuando sepamos las condiciones, haremos cuentas y si la casa nos gusta, decidiremos.

-¡Esta vista es un prodigio!, ¿quién no se inspira aquí?.

Regresaban del paseo alegres y felices, cuando al entrar en el hotel el recepcionista les anunció que había un mensaje para *Mr. Espinoza*.

-Ha llamado *Mrs. Renata Rios*. Ha dicho que es urgente hablar con usted, que por favor se ponga en contacto con *Mr. Cuyo*, lo antes posible.

Lo primero que hizo *Gabriel* fue pensar en *Nico*.

-Seguro que le ocurre algo. ¿Estará enfermo?, y ¿por qué tengo que comunicarme con *Raul*?.

-Me voy, <dijo>, adelanto la visita de este mes, me quedaré más tranquilo.

A *Camille* no le gustó la idea de que se marchase de nuevo. Tan sólo hacía una semana que había estado en *Buenos Aires*.

-He de ir mi amor, si mi hijo me necesita he de estar allí.

-Pero eso tan sólo lo supones. Probablemente a tu hijo no le pasa nada. ¿Por qué si no has de llamar a *Cuyo*?. Llámale y él te dirá qué ocurre.

-Mira, <dijo *Gabriel*>, aprovecharé y le llevaré el manuscrito al Editor, prácticamente está terminado y así podrá valorarlo. El final casi se augura. Sí, sí, decididamente parto en el primer avión.

Camille se daba cuenta de que para *Gabriel*, cualquier asunto que concerniese a su hijo, siempre sería prioritario a pesar de las condiciones establecidas entre ellos. Estaba celosa lo reconocía, pero tampoco quería

mostrarlo. Simplemente se enfurruñó ante la contrariedad manifiesta.

Gabriel siempre le había demostrado su amor incondicional, pero era consciente de que aún así, se quebraban sus ilusiones. La realidad se imponía.

Recordaba bien el momento cuando ella le dijo, que jamás le daría hijos.

-Por favor *Camille*, compréndelo. No me voy para siempre. Es uno más de mis viajes. Serán dos días a lo sumo tres, ya verás. *Renata* no me hubiese llamado tan imperiosamente si no fuera importante.

-Pero ¿qué dices?, <contestó *Camille*>, son más de diez mil kilómetros y más de doce horas de vuelo. ¿Cómo pretendes estar de vuelta en dos o tres días?. ¡Deja de decir disparates!.

Por costumbre aprovechaba vuelos económicos, pero éstos, siempre surgían a horas intempestivas, no cómodas.

Eran las cuatro de la madrugada cuando embarcaba en el avión. Apenas había dormido. *Camille* se había disgustado y al marcharse no quiso despedirse de él.

-Ya le pasará, <se dijo>, convencido de que hacía lo que debía.

Se acomodó en el respaldo del asiento, para descansar o al menos, intentarlo. Pero su mente se negaba al reposo, porque la preocupación por el presunto problema que le acuciaba se lo impedía.

¿Por qué no había querido llamar a *Cuyo* antes de emprender el viaje?, <se preguntaba a sí mismo>. Su inquietud aumentaba por momentos y ahora se reprochaba no haberlo hecho.

Al menos sabría qué ocurre, <se dijo>. Mi impetuosidad siempre me traiciona. Actúo sin pensar y después me arrepiento. Soy un *boludo*.

Al fin se durmió, aunque por poco tiempo. Su preocupación le llevó a pensar en *Camille*. Estaba enojada, lo sabía y con motivo. Ella también le necesitaba, le había rogado que esperase a saber lo que ocurría y él en cambio, no había

dudado ni un instante en abandonarla.

Apenas había comido nada. No tenía apetito. Tan sólo picoteó algo de lo que las gentiles azafatas le habían ofrecido durante el vuelo.

Al aterrizar, se dirigió directamente a la Redacción. Saludó a los ex compañeros y entró en Dirección no sabía por qué, contento. Estaba de nuevo en su tierra. En sus raíces. En su mundo.

-*Che Gabriel*, <dijo *Raúl*> al verle entrar. ¡Un abrazo!.

-¿Ocurre algo con *Renata* o con *Nico*?, <preguntó raudo *Gabriel*>.

-Siéntate. No te alarmes. *Nico* está bien, con nosotros, en casa. *Carla* mi esposa cuida de él, no te preocupes.

-¿Dónde está *Renata*?

-Cubriendo noticias, como hacías tú. De un lado para otro. No sé si has leído o escuchado los últimos acontecimientos. La cosa pinta mal y puede prolongarse. Tuvo que salir de estampida y le pedí a *Carla* mi mujer, que por unos días se ocupase del *pibe*. ¿No te explicó que la ascendí?. Ahora cubre política y muy bien por cierto.

-No me ha dicho nada. ¿Cómo cree que va a ocuparse de *Nico* con este *laburo*?. Es una inconsciente. Y dejaros a vosotros al *pibe*. ¡Aún no tiene tres años!, <exclamó *Gabriel* indignado>.

-Por eso no debes preocuparte, con mis hijos se lo pasa *re bien, copado*.

-Pero no debió tomar esa decisión sin consultármelo antes.

-¿Por qué?, ¿acaso no es libre?. No seas injusto *Gabriel*. No puedes reprocharle nada. Se ocupa de vuestro hijo muy bien y si ahora le ha salido esta oportunidad de ascender en su *laburo* está en su derecho.

-Tú te largaste. Es ella la que ha sacado adelante desde el primer día a vuestro hijo. Si está enfermo de llevarlo al médico, de alimentarlo, de vestirlo, de todo. ¡Sí! ya sé, que cumples con tu compromiso económico todos los meses, pero eso no es todo.

-Perdona *Gabriel*, no pretendía enojarme contigo. Estoy inquieto por los sucesos que nos acontecen aquí. Cada vez está peor el país. No sé cómo

acabará todo, si es que algún día termina esta lucha.

-Tu comportamiento con *Renata* y con *Nico* es excelente, no tengo ningún derecho a reprocharte nada. Por otra parte, también sé que fui yo quien te indujo a tomar la decisión de marcharte. Pero reconoce que tu vida placentera escribiendo libros en el **paraíso**, no te deja ver la realidad de la vida. La dureza con la que aquí, día a día luchamos.

Gabriel no sabía qué contestar, se sentía avergonzado por su grotesco proceder. Sus compatriotas llevaban años sufriendo las consecuencias de gobiernos inseguros. De aquella constante incertidumbre, de tanta revolución libertadora. Él, reconocía, que se había limitado cansado de tanta lucha, a huir como un cobarde.

Ciertamente, no tenía ningún derecho a reprocharle nada a *Renata*. Abochornado, bajó los ojos y dijo:

-Perdóname *Raúl*, perdonadme todos, y que mi querida Argentina me perdone también.

Argentina seguía marcada por las tensiones peronistas, con la amenaza del retorno de Perón. Era una lucha constante por el poder, entablada entre el oficialismo que alegaba una maniobra política del ex presidente *Frondizi*, en momentos en que la política petrolera de su gestión, estaba cuestionada por el gobierno actual de *Illia*.

La oposición sindical había atravesado dicho gobierno, y en la segunda mitad del año 1964 ya comenzaba a hablarse del retorno de Perón.

El 13 de agosto de 1964 el Comité Capital del MIR organizó la “**Cena de la Amistad**” en homenaje al ex presidente *Arturo Frondizi*, quien ya había recuperado la libertad después de su larga detención. Asistieron más de quinientos invitados, entre ellos ex gobernadores, ministros, diputados y senadores nacionales, militares y también periodistas. Durante la cena, irrumpieron en el recinto ocho o diez jóvenes del “**comando operativo**”. La acción desplegada, incluyó disparos, utilización de granadas y bombas de estruendo y la difusión en papeletas que echaron sobre los asistentes, alusivas al peronismo.

Entre los periodistas invitados al acto, se hallaba *Renata*.

Uno de los disparos la alcanzó con tan mala fortuna, que la hirió mortalmente.

Cuando la noticia trascendió públicamente, para sus compañeros de *La Prensa*, fue un duro golpe inolvidable.

La tragedia se cernía una vez más.

-¡*Camille, Camille!*, <gritaba la voz desesperada de *Gabriel* a través del

teléfono>. ¡Ha sido horrible!, ¡horrible!, han matado a *Renata* en un atentado político, en el que se hallaba cubriendo la noticia.

-He de quedarme aquí, y no sé hasta cuándo.

Después de lo acontecido, *Gabriel* tuvo que reiniciar de nuevo su vida.

No podía dejar a *Nico*, y por supuesto aunque por teléfono, dadas las circunstancias, se lo planteó a *Camille*:

-No tengo alternativa de momento, <le dijo>. He de cuidar de *Nico* y la situación aquí es complicada. Por favor *Camille*, mándame mis cosas inclusive la máquina de escribir.

-He terminado mi novela y la han editado con perspectivas de éxito según mi Editor. Dice que es muy buena. En ese aspecto me siento satisfecho, pero han ocurrido demasiados contratiempos y hechos horribles, para sentirme feliz.

-Encima alejado de ti. No sabes cuánto te añoro, mi vida. Pero las circunstancias mandan y ahora debemos aceptar que no podemos estar juntos.

-Evidentemente, seguiremos en contacto. Cuídate mucho y dime cómo te encuentras. Sigue con tus paseos y no dejes de tomar tu medicación. Te quiero.

Desconcertada, *Camille* colgó el auricular, sin capacidad de respuesta. Reducida a la nada. Lamentaba la dolorosa muerte de *Renata*. Pero no comprendía la reacción de *Gabriel*.

Volvía a sentirse abandonada. Sola.

Al cabo de una semana, *Gabriel* recibió una valija con su ropa y una caja con la máquina de escribir, libros y otros enseres propios de su trabajo. Ni una nota de *Camille*. Nada.

En cuanto lo tuvo en su poder, la llamó enseguida, pero en el hotel le dijeron que *Mrs. Augier* se había ido.

-¡Cómo que se ha ido!, ¿quiere decir que se ha marchado del hotel?, <preguntó alarmado con el alma en vilo>.

-Efectivamente, esta misma mañana tomó el avión.

-¿Destino dónde?.

-Lo ignoro señor. Pagó la cuenta y se fue.

Camille, no podía creer lo que oía.

Gabriel en tono de alarma, sobresaltado, inquieto, le decía que *Renata* había fallecido víctima de un atentado. Que él no regresaba porque se tenía que quedar en Argentina hasta no sabía cuándo.

Sus vidas de nuevo se separaban. ¡Dios mío!, ¿por qué?, <se preguntaba>, ¿es que no tenían derecho a la felicidad?.

Recogió los enseres de *Gabriel* con lágrimas en los ojos. Sentía rabia e impotencia, y pensando en él, no podía evitar maldecirle.

-¡Cómo puedes decir que me quieres, y abandonarme a la par?, <se decía a sí misma>.

Empaquetó sus libros y junto a la máquina de escribir lo introdujo todo en una caja de cartón resistente. Abrió el armario y lo vació de sus ropas y enseres personales para colocarlas dentro de su propia valija. Mientras, grandes lagrimones rodaban por sus mejillas.

-He de contenerme, <se decía>. Sé fuerte, *Camille*, <se repetía>. No es la primera vez que me abandonas, *Gabriel*, pero lo que sí sé, es que será la última porque ¡no volveremos a vernos jamás!

Estaba dolida, le amaba mucho pero no estaba dispuesta a seguirle el juego. Su mente con enojo le decía, que cuando a él le convenía, aparecía como un mago, mimándola y mostrándole todo su amor y entrega, pero si de repente ocurría cualquier circunstancia de su interés en su país o donde fuere, desaparecía con la misma rapidez. ¿Eso es amor?.

También estaba el problema de su hijo *Nico*, surgido inesperadamente por la muerte de su madre. Ahora era él quien debería ocuparse enteramente de su cuidado porque le necesitaba más que nunca. Ella siempre le había dicho que no quería hijos y él lo había aceptado buenamente.

Camille egoístamente, pensaba que no había lugar para los tres. Era mejor olvidar esta historia para siempre.

Llamó a un transportista y se lo envió todo a su domicilio en *Buenos Aires*.

Después, más tranquila se puso a reflexionar:

<<A lo largo de mi vida, me he hecho a la idea de vivirla en soledad, muchas veces. Cuando menos lo esperaba, de pronto, aparecía *Gabriel* y resurgía de nuevo la ilusión. ¡Se acabó!, no quiero volver a sentir el vacío y la tristeza que me envuelve cada vez que desaparece. He de asumirlo y olvidarme de él, para siempre>>.

Ahora, tomaba la decisión definitiva. Sabía qué camino tomar. Ser ella la que iba a desaparecer de la vida de *Gabriel*. Que si de nuevo lo intentaba no la encontrase. ¿Adónde podía ir?. No tenía familia alguna, ni ataduras que le impidiesen encontrar un rincón donde esconderse, cuidarse y vivir tranquila.

¿Era rencor lo que sentía?, <se preguntaba>.

Desechaba esa amarga aflicción. Le amaba demasiado, pero también era humana y no permitía, que ni *Gabriel* ni nadie volviesen a jugar con sus sentimientos.

Su mente la llevó a pensar en los últimos tiempos vividos a su lado.

<<Los deliciosos paseos por estos paisajes ocres, donde reinan cactus, espinos y arbustos que aunque parecen muertos, estallan en flores y verdor intenso en cuanto caen cuatro gotas de lluvia. La lozanía de sus plantas. Las puestas de sol tan hermosas, reflejadas sobre este mar de color turquesa que enamora, y la paz que transmite su entorno en cuanto lo respiras>>.

-¡Se acabó!, <se dijo desolada>. Me queda el grato recuerdo de mi estancia aquí, inolvidable, pero que no quiero malograr, por la tristeza que ahora me envuelve.

Me iré lejos. Muy lejos, donde no vuelva a encontrarme jamás.

Gabriel, estaba reorganizando su vida. Lo primero que hizo fue buscar una cuidadora para *Nico*.

Aunque ya no era un bebé, todavía era pequeño y precisaba cuidados especiales de los que él era un perfecto desconocedor.

No podía escribir, porque le faltaban horas para vivir las veinticuatro de las

que constaba cada día de su vida. No sabía nada de niños. Afortunadamente, había seguido el consejo de *Raúl Cayo*, le había visto con asiduidad por los desplazamientos que al menos, unos días cada mes, había realizado. Para *Nico* pues, no era un desconocido, pero encontraba en falta la presencia de su madre y lloraba con frecuencia.

Carla la esposa de *Raúl*, le ayudó a encontrar la persona idónea para su cuidado. No obstante, el pequeño notaba el vacío maternal, imposible de sustituir.

Tampoco tenía tiempo de pensar en *Camille*, y si alguna vez lo hacía, enseguida reaccionaba, diciéndose para sí, que ahora, el cuidado de su hijo era una prioridad.

Con todo ello, había transcurrido más de un año en la Argentina de sus sueños, y vivido nuevamente sucesos poco gratos. Hubo un atentado más, en el que supuestamente, el objetivo era *Frondizi*, pero se llegó a la conclusión de que en realidad se trataba de una acción intimidatoria de sectores peronistas, con el fin de combatir la decisión del presidente *Illia*, de no permitir el regreso a Argentina, del ex presidente *Juan Domingo Perón*.

Seguían tiempos convulsos, política, social y económicamente para el país, a pesar de que a *Gabriel* no le iban mal las cosas.

Su última novela publicada con éxito, ahora la traducían a varios idiomas, entre ellos al francés y al inglés.

-Se presenta en París el próximo mes y tendrás que ir a firmar libros, <le dijo su Editor>. El próximo mes a Londres.

-Y ¿qué hago con *Nico*?, <preguntó apurado>.

-¡*Ché pibe!*, te ahogas en un vaso de agua. Parece mentira, tienes un éxito extraordinario con tus libros, una imaginación excepcional para inventarte historias, pero incapaz de encontrar una solución a un simple problema personal, ¡eres un *salame!*.

-Llévatelo. Llévate también a la *babysister*. Con la niñera a su lado no notará

el cambio.

-Firmas y vuelves. A no ser que quieras aprovechar para hacer un poco de turismo en París y quedarte unos días para después, trasladarte a Londres.

La idea no le disgustó del todo y aquella noche al llegar al apartamento, se lo propuso a la empleada.

-¡Qué *re lindo!*, *ché*, <contestó ella>, ¡a París y a Londres!. Jamás me lo hubiese imaginado. Gracias señor.

-Bueno, será como mucho una semana, en cada lugar, a no ser que nos quedemos unos días más para hacer turismo. Yo estaré ocupado firmando y tú deberás cuidar de *Nico* como lo haces aquí. Es simplemente trabajo, pero por supuesto, en París y en Londres

Al cabo de una semana tomaban los tres el avión que los conduciría a la Ciudad de la luz.

Poco se imaginaba que allí se hallaba *Camille*. Había vivido en París durante un largo año, pero su clima poco cálido, no era recomendable para su precaria salud. Sin saberlo, sus vidas iban a cruzarse de nuevo, aunque sin reencuentro posible, porque ella por prescripción médica, iba en dirección contraria. A *Italia*. Exactamente hacia *La Toscana*.

Había vendido la *boutique* en Nueva York a quienes la regentaban exitosamente, y aprovechando el *boom* del momento, consiguió pingües beneficios, los cuales invirtió inteligentemente, procurándole una renta mensual que le permitiría vivir con sencillez pero holgadamente, el resto de su vida.

Entonces, se trasladó a París pensando nostálgicamente en su país natal alejada de él durante años, pero su lucha por su delicada salud, precisaba de un clima más cálido y su médico en la ciudad, le recomendó sin duda alguna una larga temporada en el corazón de *La Toscana*.

-Hay allí <le había dicho animosamente>, corrientes termales en pueblos pintorescos, cuyas aguas calientes y curativas hacen las delicias de sus

visitantes. Como hacían en su tiempo, los antiguos etruscos y romanos, que gozaban de ellas con efusión.

-Pruébalo, *Camille*, siempre puedes regresar si no te satisface. Ya sé que tú eres urbanita, acostumbrada siempre a las grandes ciudades, pero es lo que ahora, menos te conviene.

-No creas doctor, he vivido en California, junto al mar y a la campiña, <contestó ella> y verdaderamente fui feliz allí.

-Pues no se hable más <contestó el doctor>. Este es mi consejo. Eso sí, no descuides tu salud. En cuanto llegues a tu destino, ponte en manos de un buen cardiólogo que periódicamente pueda controlarte, sin olvidar por supuesto, la medicación prescrita. ¡Y a vivir!.

Después de un estudio bien reflexionado, *Camille* se decidió por la cuna de *Leonardo* y de *Dante*. Pasaría por *Florenia*, la capital del Renacimiento arquitectónico, visitándola unos pocos días y después, probaría antes de establecerse definitivamente, otros pocos más, en **Siena** la clásica campiña toscana.

Empezaba a sentir de nuevo ilusión. Dejaba atrás la amargura que el recuerdo de *Gabriel* la había mortificado durante más de un año, y se hallaba ya preparada y dispuesta, para emprender una nueva vida.

Gabriel, junto a *Nico* y su *babysister*, aterrizaban en el Aeropuerto *Charles de Gaulle*, a las 15,30 horas de un día gris y lluvioso, después de trece horas y cincuenta minutos desde que el avión había alzado el vuelo, con casi doce mil kilómetros recorridos desde su origen.

Se dirigieron al hotel previsto agotados por el largo viaje, y desanimados también, ante aquel día gris que la lluvia ensombrecía.

-Hoy descansaremos, <dijo él>. Mañana ya programaré el día para disfrutar de la ciudad de la luz.

Nico, con casi cinco años, era consciente del cambio de lugar, y a pesar de que *Gabriel* lo había preparado antes de iniciar el viaje, lleno de curiosidad, apremiaba a su padre con preguntas acerca de dónde se encontraban y por qué.

El día siguiente, algo más recuperados, lo emplearon en pasear por la ciudad y por sus parques más cercanos al hotel, adiestrando a *Berta*, para que asimilase bien, por dónde debía desenvolverse con *Nico*, durante las horas de ausencia de *Gabriel*.

Era una mujer responsable y confiaba en ella. No obstante, *Gabriel* no dejó de instruirla debidamente, de cómo debía actuar, siempre que se encontrase sola con el niño.

Él, se puso en contacto con la Editorial que presentaba su libro en París, para concretar lugar, día y hora en el que harían la presentación y firma de ejemplares.

Como no sería hasta pasados dos días, aquél del que disponían con libertad, lo pasaron visitando la *Torre Eiffel*, con tranquilidad.

Ascendieron hasta la cima en el ascensor, gozando de la impresionante vista que desde su altura se divisaba. Una extraordinaria perspectiva de la ciudad, imposible de olvidar. A la hora del almuerzo se dirigieron al restaurante de la

segunda planta, donde ofrecían un menú rápido que hambrientos los tres, devoraron con ansia.

Al atardecer, se dirigieron al *Sena*, y se prometieron disfrutar en cuanto fuera posible, del crucero que en el *Bateaux Parisien*, se ofrecía a través del río.

Había llegado el día de la aparición de su libro traducido al francés, en la famosa librería *Shakespeare And Company*, una de las más prestigiosas de la ciudad.

Gabriel, al entrar en ella se maravilló con solo verla. Conocía su regia historia. Visitada por autores famosos, es como un monumento que no debe dejarse de visitar. Se sentía feliz, por ser él uno de los elegidos.

El representante de la Editorial le esperaba, se saludaron y lo acompañó hacia el espacio dedicado a la presentación.

Enseguida se formó una cola de lectores, ansiosos por conocer personalmente al autor y conseguir su firma.

Era un “*best seller*”, que alcanzaba fama mundial y que los grandes aficionados a la lectura no podían perderse.

Mientras firmaba, sentía una dicha interior imposible de definir. Su vida <pensaba>, había transcurrido más bien entre infortunios, pequeños placeres y cortas temporadas de felicidad. Ahora, a los cincuenta y ocho años, se sentía completo, realizado. Había ejercido como periodista durante años y en tiempos revueltos y difíciles. Era padre de un hijo maravilloso que jamás hubiese imaginado tener, e intelectualmente, había conseguido la fama que pocos seres alcanzan en la vida.

Preparado para iniciar la firma de libros preguntó: -¿*Votre nom s’il vous plaît?*

-*Nathan Mertens*, aunque la dedicatoria sería para *Marie Chantal*. Veo que no me recuerda <dijo solícito el caballero que *Gabriel* tenía enfrente.

Alzó la vista y ante él había un hombre calvo con barba canosa, totalmente desconocido para él.

-Lo lamento, ¿nos conocemos?.<Preguntó intrigado *Gabriel*>.

-1938, España, Barcelona. Hotel Oriental, plena guerra civil. ¿No le dice nada?.

-Muchas cosas <contestó *Gabriel* pensativo>. Pero... ¿usted?.

-TINTIN ¿tampoco?.

-¡*Pardon, Monsieur*, por no reconocerle!...<Dijo *Gabriel* levantándose raudo del asiento que ocupaba>. ¡Claro que sé quién es, y estoy encantado de saludarle después de tantos años!.

-No se preocupe, ni yo mismo me reconozco, cuando me veo ante el espejo. Calvo y con barba cana... ¡Estoy ya hecho un viejo!.

-*Monsieur Espinoza*, me gustaría presentarle a mi esposa, una gran admiradora de sus novelas. De hecho, ésta es para ella y está esperándome en la cafetería.

-Si me aguarda a que termine de atender, con mucho gusto le acompañaré.

-De acuerdo.

-Entonces, después le firmo el libro y celebramos el encuentro. ¿OK?.

-¡Ok!.

Gabriel, finalizada su labor de atender a los admiradores de su novela, se dirigió a la cafetería donde le esperaba el matrimonio *Mertens*.

-Qué casualidad encontrarnos en París. Usted es belga ¿no?.

-Sí, y usted argentino ¿no?.

-¡*Touché!*, <contestó *Gabriel*>, cuya palabra fue acompañada por una fuerte carcajada de los tres.

Mientras se tomaban un café, estuvieron rememorando tiempos pasados, a la par que más o menos se ponían al corriente de lo acontecido en sus vidas, a lo largo de casi treinta años transcurridos desde que se conocieron en Barcelona.

-Tenemos que volver a vernos. *Marie* y yo, aún estaremos en París una semana más antes de regresar a *Brujas*, que por cierto, ésta es nuestra dirección por si decides pasar por nuestra bella ciudad, <dijo el belga alargando en su mano una tarjeta de visita>.

-Gracias, <contestó *Gabriel*>, pero lo que ahora me gustaría, es encontrarnos de nuevo aquí en París y poderos presentar a mi *pibe*, perdón a mi hijo.

-Entonces, ¿te parece bien que almorcemos juntos mañana?, ¡tendremos toda la tarde por delante para ponernos más al día de nuestras vidas!.

Al día siguiente, el matrimonio *Mertens* los recogió en el propio hotel donde se hospedaban y les invitaron a un restaurante que conocían bien, donde disfrutaron de un nutritivo almuerzo.

Nico acompañado de la *babysister*, estuvo con ellos solamente durante el ágape. Finalizado el mismo, se marcharon los dos, porque el niño reclamaba su siesta.

Entonces, los tres, pudieron hablar tranquilamente, recordando uno y otros las vicisitudes vividas a lo largo de los años.

-¡Qué casualidades ocurren en la vida!, <propuso *Mertens*>, no dirías nunca a quién vi la semana pasada. ¿Recuerdas a aquella hermosa joven que descubrimos, tú más que yo, pues te veía muy interesado en ella, en el Hotel Oriental de Barcelona donde nos conocimos?.

El corazón de *Gabriel* se desbocó. Empezó a latir desesperadamente y como no pudo evitar el súbito sobresalto que sintió ante las palabras de *Nathan*, sus mejillas palidieron como si sus oídos hubiesen recibido una sentencia mortal.

Se quedó mudo, no podía articular palabra alguna.

-¿Te ocurre algo?, ¿no te encuentras bien?, preguntó *Marie* alarmada.

-¿La viste aquí en París?, <apuntó *Gabriel* con interés>.

-Pues sí, <contestó *Nathan*>, pero me parece que estaba preparando las

maletas para irse de aquí. Fue un encuentro casual y corto. Apenas tuvimos tiempo de hablar. ¡Ah! por cierto, ella sí me reconoció. Enseguida me habló de TINTIN.

-¿Cómo está?, ¿cómo la viste?.

-Casi tan hermosa como treinta años atrás. Como si este tiempo no hubiese pasado por ella. Nosotros hemos envejecido, amigo. Tu mata de pelo totalmente blanca, y yo, calvo como una bola de billar. Ella, en cambio, a pesar de los años, radiante.

-Está muy enferma, <dijo *Gabriel* apesadumbrado>. ¿Te dio alguna dirección donde localizarla aquí?.

-Tan sólo me dijo que se iba de viaje. Que aquí en Paris había estado viviendo un año, pero que el clima no le convenía y se marchaba. No me dijo adónde.

-¡Qué mala fortuna!...<Espetó *Gabriel*, golpeándose la cabeza>.

-Por lo que deduzco os habéis tratado, ¿no?. Dices que está muy enferma, ¿cómo lo sabes?. <Preguntó *Nathan* con manifiesta curiosidad>.

-Es una historia muy larga de encuentros y desencuentros. De dicha y de infortunios a la vez. Es muy complicado para explicároslo en poco tiempo. Sólo puedo deciros que ha sido la mujer de mi vida. Que la he amado intensamente y que ahora sé que la he perdido para siempre.

Camille aterrizaba en el Aeropuerto *Peretola* cercano a *Florenca*, la ciudad cuna del Renacimiento. Quería aprovechar bien los tres días que pensaba pasar allí, antes de dirigirse a su destino, ***Siena***.

Tampoco quería abusar de su escasa salud, pero pasar por una ciudad plétora de museos del arte renacentista de los más bellos del mundo y no visitarlos,

sería como traicionar un deseo inconmensurable, cuando se tecía.

Se dirigió al hotel donde pernoctaría durante aquellos pocos días de su permanencia en la ciudad, con la ilusión de una adolescente en su primera escapada. Descansó el resto del día, tomó la medicación pertinente y obligada y se programó con tranquilidad el día siguiente, para sacarle el máximo partido.

Tumbada en la cama, reflexionaba acerca de las últimas decisiones tomadas con su vida. Aunque le había costado lo suyo, estaba consiguiendo no pensar en *Gabriel*. El tiempo que le quedase de vida quería aprovecharlo para sí. En soledad pero serena, en paz consigo misma. Él pertenecía al pasado y el pasado quería olvidarlo. Vivir el presente, momento a momento. Saboreando cada minuto de su vida.

Cuando al día siguiente se levantó, tras tomar un buen desayuno, paseó hasta la otra orilla del *Arno*, cruzando el *Ponte Vecchio* y disfrutando de cuanto veía a su alrededor. Hizo una parada para visitar la *Basílica di Santo Spirito*, para dar gracias por los dones recibidos a lo largo de su vida y después, se dirigió a un bar para tomarse un té y descansar hasta la hora del almuerzo, que lo hizo en una típica *Pizzería*.

Después, con paso tranquilo llegó hasta la *Piazzale Michelangelo*, donde admiró una de las dos copias que hay de su famoso *David*, entreteniéndose por los tenderetes de recuerdos y chucherías, que rodean la plaza e incitan a proveerse de alguno de ellos.

Desde allí, se recreó con una magnífica panorámica de la ciudad y de una espectacular puesta de sol.

Estaba rendida y no quería abusar más de sus fuerzas.

La mañana siguiente, la había previsto para admirar la sublime arquitectura y arte sacro en la *Piazza del Duomo*, tras visitar la magnífica fachada neogótica de su Catedral, sin acceder por supuesto a la cúpula.

Se compró en *Procacci* el típico ***panino di trufa***, saboreando cada bocado con verdadero placer y dedicó el resto del tiempo a ver escaparates en la *Via de Tornabuoni*.

Pensó que se acercaba la hora de la medicación obligatoria y regresó al hotel

a descansar hasta el día siguiente.

Esta vez la jornada arrancaba con la visita del varón desnudo más célebre del mundo en la *Galleria de l'Accademia*. El auténtico *David de Michelangelo*. Después puso rumbo al sur hasta el *Palazzo Vecchio*, otra maravilla, aunque sin acceder a la impresionante *Torre d'Arnolfo*, para lo cual hubiese tenido que subir los cuatrocientos dieciocho escalones, cosa imposible para ella.

Con ello, finalizaban los tres días de su paso por la bella ciudad de *Florenzia*. Siempre podía volver. En Siena había *tours* de un día, dada la cercanía entre las dos ciudades.

Ahora quería llegar a su destino cuanto antes. Al campo toscano. A la casa donde la esperaban para reiniciar su vida en la tranquila campiña.

Siena como ciudad cercana, ya tendría tiempo de visitarla.

La granja donde tenía una habitación alquilada, pertenecía a un matrimonio que la había rehabilitado como pensión, desde que los hijos ya mayores, no vivían allí.

Se lo habían recomendado por su trato familiar, dijeron: –Vas a estar, como en casa. Además a pocos kilómetros tienes *Neomédica SRL*, un hospital que si precisas atención médica te atenderán como aquí. Les llevas tu historial médico y no tendrás problemas.

Por eso había tomado la decisión de recluirse en aquel rincón del mundo.

Mientras el taxi se acercaba a su destino, los ojos de *Camille* se agrandaban ante tanta belleza. Grandes viñedos aparecían ante ella, donde, según el animoso taxista le decía, que son las uvas con las que se elabora el *Chianti* y el *Chianti clásico*, tintos famosos en todo el mundo.

A lo largo del camino, el paisaje aumentaba su belleza. Por doquier, olivares antiguos, granjas de piedra de color miel, bosques espesos, iglesias rurales románicas llamadas *pievi*, villas renacentistas e imponentes castillos medievales. Parecía de ensueño, irreal, fruto de la imaginación.

Era impresionante, ¡cuánto daría *Gabriel* por descubrir tanta belleza donde inspirarse para sus novelas!.

De pronto rechazó sus pensamientos. No debo pensar más en él, <se dijo para sí>. Soy yo quien está aquí para disfrutarlo, y es mi propia vida la que sin él debo vivir.

En cuanto se apeó del taxi y vio la granja se enamoró de ella.

Tenían razón, <se dijo>, aquí voy a ser feliz.

Dos años habían pasado desde el encuentro en París con el belga *Mertens*, y

Gabriel casi le odiaba por haberle dicho que había visto a *Camille*.

Desde entonces, no podía evitar de pensar en ella constantemente.

-¿Dónde te escondes?, <se repetía una y mil veces>. Por dondequiera que pasase, la buscaba con desesperada amargura, pero nunca la hallaba. Había desaparecido.

Nico crecía y a sus diez años mostraba ya sus grandes dotes de inteligencia. Lástima que en su país <se decía *Gabriel*>, no hubiesen demasiadas posibilidades para una mente despierta como la de su hijo.

A menudo ocurrían despliegues revolucionarios o cambios de Gobierno que trastornaban al país, cada vez que intentaba renacer.

Las escuelas de nivel primario, constantemente variaban su proceder respecto a la enseñanza, con lo cual los niños percibían esas irregularidades, y el poco interés los empujaba a la deserción en las aulas.

Eso, a *Gabriel* le preocupaba mucho y en ocasiones pensaba en tomar drásticas decisiones cuando llegase a la segunda enseñanza y más a la Universidad. Probablemente implicaría cambiar de país, pero de eso él sabía mucho, pues su vida siempre había sido un “*carrusel*”.

Si llegado el momento era preciso hacerlo, lo haría por el bien de su hijo.

Él seguía escribiendo con éxito y se había convertido en un escritor de prestigio, consagrado mundialmente. Sus obras, incluso alguna de ellas verdaderos “*best sellers*”, los habían adaptado a guiones cinematográficos, cuyas películas se exhibían por todo el mundo.

A pesar de las penurias que se vivían en su país, él se había enriquecido. Había acumulado una gran fortuna pero no era feliz.

En cambio *Camille*, se había acostumbrado a la vida tranquila de la campiña toscana y a su manera, sí lo era.

Daba largos paseos por los viñedos que rodeaban la zona cercanos a la granja donde se hospedaba, o por el bosque maravilloso digno de encanto.

También visitaba de vez en cuando alguna de las bellezas de la ciudad, como

la *Pinacoteca Nazionale* donde se complacía admirando obras maestras góticas de la escuela *sienesa*, o simplemente paseaba por el centro histórico de *Siena*, saboreando uno de sus más exquisitos helados.

Todos los años, asistía también a la popular *Fiesta del Palio* que desde hace más de cuatrocientos roza la histeria en *Siena*. Espectacular y emocionante, cuando se observa la fe, la devoción y el sufrimiento que se reparte por barrios cuando uno de los jinetes llega a la meta por delante de sus adversarios. *Camille* se había integrado tanto, que lo sufría como cualquiera de ellos.

Pero cada vez restringía más sus salidas. Más espaciadas y más cortas.

Era consciente de que quedaba poco camino por recorrer en su vida. Cumpliría pronto los sesenta años y dada su menguada salud, prefería gozar de la tranquilidad y cuidados que la granja y *Antonina*, le proporcionaban como si fuese una más de la familia.

Un día se presentó un representante de una Notaría, anunciándole que llevaban tiempo buscándola. Le comunicaba, que era la heredera de la fortuna de *M. Louis Morandé*, su ex marido, y le hacía entrega de un sobre herméticamente cerrado.

Les había costado mucho tiempo localizarla, <dijo el mensajero>. En cuanto pudiese presentarse en la dirección que le facilitaba en *Siena*, formalizarían el proceso de transmisión de los bienes heredados.

Fue tal la sorpresa recibida, que *Camille* ni podía articular palabra. Se limitó a agradecerle al visitante la noticia, prometiéndole que al día siguiente se personaría en la Notaría.

-*Mdme. Augier*, encantado de saludarla <dijo el Notario> alargando su mano. Mi colega en París estuvo mucho tiempo probando de localizarla durante los últimos meses de vida de *M. Morandé*, por orden suya. Él quería despedirse de usted antes de morir pero no se llegó a tiempo por mucho que se intentó.

-Ante el fracaso de la búsqueda, *M. Morandé* dejó una carta para usted por si al fin la encontraban.

-Le hago entrega de la misma <dijo al tiempo que se la mostraba>, y tal como

mi representante le comunicó, vamos a proceder a la lectura del testamento que el finado legó a su favor.

El Notario leía y leía cuanto contenía el documento. *Camille* ofuscada entre sus pensamientos, no podía entender como *Louis* aún habiéndose divorciado de él, la recordaba en sus últimas voluntades.

Jamás había imaginado que aún pudiese pensar en ella. ¿Cómo era posible?, lo había abandonado después de serle infiel. Le había dicho que ya no le amaba. Estaba convencida de que no le había perdonado aquella infidelidad conyugal. Habían transcurrido muchos años y aún así, se acordaba de ella. Incluso le legaba... ¿qué?. De pronto se dio cuenta de que no escuchaba la lectura del documento. Estaba aturdida.

-Perdone que le interrumpa, es que no sé qué me está comunicando. No puedo creer que mi ex esposo, se acordase aún de mí, después de tantos años.

-No es un legado modesto *Signora*, ha heredado usted una importante fortuna. ¿Qué no está contenta?. *M. Morandé*, se lo explica todo en esta carta.

-No entiendo nada. Créame, no merezco que me recordase ni mucho menos que testase a mi favor sea lo que fuere que me haya dejado.

Camille respiró hondo y durante unos segundos no pudo decir nada.

-No obstante, <dijo al fin>, estoy sorprendida y agradecida por tanta generosidad, pero..., ¿de qué me va a servir?, si me estoy muriendo.

En la década de 1970 a 1980, en Argentina se vivió un período de terrorismo de Estado que culminó con la última dictadura cívico-militar autodenominada “**Proceso de Reorganización Nacional**”, que gobernó desde el 24 de marzo de 1976 hasta la restauración de la democracia en 1983.

Durante ese tiempo, el Estado realizó impune, un régimen de represión ilegal,

violencia indiscriminada, persecuciones, tortura sistematizada, desaparición forzada de personas, manipulación de la información y diversas formas de terrorismo de Estado, incalculable. Se estima que durante ese período, las fuerzas represoras del gobierno de facto hicieron desaparecer aproximadamente treinta mil personas.

Gabriel sufría sus consecuencias como cualquier otro mortal, a pesar de que era un triunfador por sus éxitos literarios.

Habían transcurrido ocho años, y *Nico* a sus dieciocho, llevaba ya uno en *Cambridge*, estudiando en *Harvard* la Institución de Enseñanza Superior con más prestigio y años de antigüedad, en los EE.UU.

Había entrado con facilidad, dadas sus facultades intelectuales mostradas en la prueba por la que pasó y que superó con creces.

En los períodos vacacionales de verano, Navidad y alguna corta escapada que también aprovechaba, regresaba a su Argentina natal para visitar a su padre. Eran espacios cortos pero intensos, que ambos aprovechaban al máximo para vivirlos juntos. Padre e hijo, estaban siempre muy unidos.

Gabriel se sentía orgulloso de su hijo y presumía de él ante sus amigos en cuanto regresaba al redil, pero no estaba tranquilo hasta que se volvía a marchar.

En Argentina, el término **desaparecido**, se usaba para referirse a las víctimas del Terrorismo de Estado que aún hoy no se conoce su paradero.

La desaparición de personas consistía en su secuestro, traslado a centros clandestinos, su tortura y finalmente su incomunicación.

A las mujeres embarazadas les arrebataban los bebés, que en cuanto nacían, eran entregados a familias de militares o civiles, favorables al Golpe.

Los argentinos llevaban décadas sufriendo la injusticia de los gobiernos dictatoriales, que nunca garantizaban las libertades básicas, y *Gabriel* deseaba huir lejos de tanta tortura.

No encontraba la manera de hacerlo con su hijo estudiando en los Estados Unidos. Incluso se había planteado para vivir cerca de él, trasladarse a *Massachusetts*, pero tampoco quería agobiarle con su presencia permanente, ya era un hombre y pensaba que también él necesitaba su espacio.

Seguía escribiendo, aunque ya no con tanto brío como antes. Se acercaba a los setenta años y aunque disfrutaba de buena salud, amén de alguna cosilla propia de la edad, las fuerzas no eran las mismas. Paseaba mucho, observaba a su alrededor y siempre, siempre temía por su hijo. Afortunadamente, éste se hallaba lejos de aquel ambiente de terror.

-¿*Gabriel Espinoza*?, decía una voz desconocida al teléfono.

-Sí, el mismo, ¿con quién hablo?.

-Soy *Paolo Mancini*, el Administrador de *Mdme. Camille Augier*.

Ante la sorpresa por la respuesta recibida, *Gabriel* comenzó a temblar y se quedó sin poder articular palabra.

-¿*Mr. Espinoza*?, ¿sigue usted ahí?.

-Sí, sí, claro, ¡diga, diga!, discúlpeme me ha sorprendido esta llamada.

-Necesito que ponga atención a mis palabras, no domino el español y no quisiera que hubiese una mala interpretación a lo que voy a decirle.

Gabriel seguía mudo y temblando aún más, esperando el mensaje.

-¿Podría usted trasladarse con urgencia a Italia?

-Podría si me explica usted el motivo del traslado, <contestó presto>.

-*Mdme. Camille*, está muy enferma y quiere hablar con usted antes de...

-¡Por Dios bendito!, <le interrumpió>, ¡haber empezado por ahí!. Deme la dirección que salgo mañana mismo.

El primer avión que partía al día siguiente, lo hacía a las ocho de la mañana. Directo a *Pisa* y desde allí, probablemente debería tomar un taxi para llegar más rápidamente a *Siena*.

Reservó un billete por teléfono y se preparó un pequeño equipaje.

-¡Dios del cielo!, si no lo he entendido mal.... ¡*Camille!*, ¡por Dios te lo ruego déjame llegar a tiempo!.

Gabriel sufría lo increíble, culpándose por haberla abandonado sabiendo que estaba enferma.

<Se decía a sí mismo justificándose>: -Yo quise volver, mi amor. No tuve intención de abandonarte, sólo necesitaba un tiempo para resolver mis propios problemas, pero cuando quise reencontrarte habías desaparecido.

Su cerebro no paraba de torturarlo, pensando en cómo la encontraría.

Antes de partir, llamó a *Nico*. No le dijo el motivo real de su viaje, tan sólo que debía trasladarse a *Siena* y que ya se pondría en contacto con él en cuánto llegase.

El vuelo tardaría dieciséis horas treinta minutos en llegar a *Pisa* con escala o escalas según se terciase, no se lo habían asegurado. Eso quería decir que no aterrizaría hasta bien avanzada la madrugada. Después, el recorrido en taxi si lo encontraba hasta *Siena* y su destino.

Durante el vuelo intentaría dormir a pesar de la angustia que sentía. Necesitaba hacer acopio de fuerzas. No sabía con lo que se iba a encontrar.

Pero el avión no partió con puntualidad, eso representaba que aún llegaría más tarde.

-¡Ya empezamos con los contratiempos!, <se dijo con enojo>, ¡qué fastidio!.

Cuando *Camille* heredó la fortuna de *Louis Morandé*, se hizo comprar por el Administrador de sus bienes y a través de un Agente profesional, una hermosa *villa* italiana, en una de las comarcas más bellas de la Toscana.

Al sur de *Siena*, a una media hora, se sitúa el *Valle del Orcia*. Entre colinas y montes, hay pueblos abalconados sobre cornisas rocosas, hileras de cipreses y campos que cambian de color con la estación. Viñedos que se agarran a las colinas con sus gordos racimos, que después de la vendimia complacen el paladar y los sentidos humanos, con sus exquisitos vinos.

Por todo el *Valle* refulge la naturaleza volcánica, que alimenta los afloramientos de aguas termales de la región. De ahí surgen los llamados balnearios y termas públicas, para provecho de los humanos.

El médico que trataba a *Camille*, se los había aconsejado para paliar el malestar que le provocaba su enfermedad. –Naturalmente con prudencia <le

había dicho>, pero puedo asegurarle que es el *Valle* de la tranquilidad.

Cuando supo que se estaba planteando adquirir la *villa* en cuestión, y precisamente en esos alrededores, le aseguró que era la mejor decisión que podía tomar.

Invirtió la totalidad de la herencia para recrearse en ella con plenitud e ilusión, durante el tiempo que podía quedarle de vida.

Tuvo que hacer alguna reforma porque la *villa* era antigua, pero al mismo tiempo señorial. Tenía clase y de eso ella entendía bien. Incluso rehabilitó la piscina que de abandono caía a trozos, pero después de las obras, quedó una casa preciosa.

Poco tiempo la disfrutaría <pensó>, pero el que fuere lo haría intensamente.

Pensaba en *Louis* constantemente y en su generosa misericordia. Leía y releía muchas veces la carta que en su lecho de muerte le había escrito:

<<Mi muy querida Camille:

Aunque han pasado muchos años desde que desapareciste, no creas que te olvidé jamás. Formaste parte de mi vida y me voy de este mundo con mi más fiel recuerdo de ti, a pesar de tu comportamiento que no entendí y ahora comprendo.

¿Recuerdas cuando te acogí al quedarte huérfana?. El cielo se abrió ante mis ojos en cuanto te vi. Tan sólo tenías quince años pero ya eras una espléndida adolescente que auguraba la hermosa mujer en la que poco tiempo después te convertiste.

Me enamoré de ti enseguida, aunque mi hombría me impedía demostrártelo. A tu lado era un viejo y no podía fracturar mi dignidad.

He triunfado siempre en el mundo de los negocios, pero nunca he podido mostrar mis sentimientos a nadie, ni siquiera a ti. Te amaba, pero nunca te lo dije porque para mí eras el mejor tesoro que había conseguido en mi vida.

Cuando descubrí tu infidelidad fue como un mazazo para mí, pero mi honor maltrecho, no podía mostrar su furia porque en lo más profundo de mi corazón sólo adentraba la idea de recuperarte al precio que fuese.

Te perdí por mi frialdad, lo sé, pero mi orgullo no me permitió rogarte que volvieras a mí. Soy consciente de lo que te hice sufrir antes de concederte la libertad, por eso te ruego que me perdones y que comprendas también, las heridas que causaste en mi corazón.

Todo ello pertenece al pasado, desapareciste de mi vida y no volvimos a vernos más.

Ahora, en mi lecho de muerte, solo, viejo y muy enfermo, nuevamente pienso en ti. En cómo redimirme de la culpa que siento, por no haber sabido quererte como merecías.

Reconozco que me ayudaste mucho con tu presencia en mis negocios, turbios o limpios, pero negocios al fin, de los cuales me nutrí abundantemente.

Estaba solo. Sin ti, mi vida no tenía sentido más que para los negocios. Ahora ni para eso. Me voy de este mundo y ni siquiera puedo despedirme de ti. Decirte cuánto te he querido y te quiero, aunque no te lo demostrase nunca.

Sólo puedo ofrecerte mi fortuna para redimir mi soberbia. Me gustaría que alguna vez me recordases con un poco de cariño.

Durante estos últimos seis meses he intentado encontrarte a través de un Investigador privado como ya lo hice una vez, pero ha sido inútil. ¿Dónde estás?. ¿Dónde te escondes?. Espero que al fin te encuentren aunque yo ya no esté y esta carta y mis bienes lleguen a ti.

Perdóname todo el daño que te hice por no haber sabido quererte como merecías, mi egoísmo no tiene fin, lo sé. Por eso quiero resarcirte materialmente, ya que no puedo hacerlo de otra manera.

Te quiero, Camille.

Louis.>>

Así, tan sorpresiva e inimaginablemente, había llegado a manos de *Camille* aquella inmensa fortuna, que lamentablemente, por tan poco tiempo podría disfrutar.

Por eso había pensado en *Gabriel*. Por eso y porque nunca le había olvidado, a pesar de las vicisitudes vividas entre ellos. Aunque ya tenía una edad avanzada, lo sabía, también tenía un heredero. Su hijo. El hijo que ella nunca le pudo dar.

Al menos él, sí podría disfrutar de la herencia de *Louis Morandé*.

Su único deseo ahora era, que llegase a tiempo de verle. De abrazarle y de decirle cuánto le había amado.

50

Gabriel aterrizaba en el Aeropuerto *Galileo Galilei* de *Pisa*, a las seis de la mañana del día siguiente. Habían sido muchas horas de vuelo y por ello se encontraba agotado. Apenas había dormitado en el avión, alterado por una inquietud que era incapaz de controlar.

-¡Serénate *boludo!*, <se dijo a sí mismo>, al salir al exterior y llamar a un taxi.

-¡*Buongiorno, signore!*, <saludó el taxista> recogiendo la pequeña valija que *Gabriel* le entregaba.

-Buenos días, necesito ir a *Siena* y concretamente a esta dirección, <le dijo> alargándole el papel en el que llevaba anotada la dirección de *Camille*.

-Disculpe caballero, ¿me permite que haga una llamada telefónica?, se trata de una *gara larga i devo avvertire*.

Gabriel entendió, como pudo al taxista, durante la discusión más que conversación que parecía mantenía con su esposa. Acalorado y a gritos le decía que no iría a comer y a gritos también, la voz contestaba que por qué, como si fuese un pretexto poco creíble con la que excusaba su ausencia.

Pacientemente, *Gabriel* escuchaba e intentaba entender la cháchara que se producía entre los interlocutores y se hacía una idea aproximada de la respuesta de una supuesta esposa celosa, que no quería entender por qué no iba a asistir al *cibo* del mediodía. O sea, a comer.

Pasados unos minutos, el taxista se disculpó y puso en marcha el vehículo.

Refunfuñaba para sí diciéndose a sí mismo que los ciento veintitrés kilómetros que separaban una ciudad de otra, más la distancia que podía representar localizar la *villa* adonde el pasajero se dirigía, necesitaba su tiempo. Además, teniendo en cuenta el viaje de regreso a *Pisa*, todo ello no podía hacerlo en menos de siete u ocho horas. ¡Qué se ha creído *questa donna!*. ¡Estoy *lavorando!*, <se repetía para sí con visible enojo>.

Ya fuere por el cansancio acumulado de tan largo vuelo o por el leve sonido que el vehículo transmitía al rodar por la carretera, *Gabriel* cedió al sueño y se durmió ahora sí profundamente, durante todo el trayecto hasta llegar a destino.

De repente, el taxista frenó el automóvil sorprendido ante la magnitud de lo que estaba viendo y que casi pasaba de largo.

Tenía ante sí una maravillosa panorámica de la naturaleza, el valle de *Orcia*, que aún después de muchos años de conducir por el mundo, jamás había visto.

-Creo que hemos llegado *signore*. Al menos ésta es la dirección.

Gabriel se despertó bruscamente, se apeó y justo pisar el suelo de aquel

lugar aún medio dormido, sus ojos se asombraron ante tanta belleza. Un prolongado silencio que no pudo evitar, hizo enmudecer sus cuerdas vocales. Era incapaz de articular palabra.

Un bello paisaje de la Toscana a sus pies y a un lado, un corto camino con árboles, conducía a la magnífica *villa* que asombrado admiraba.

Abonó el pasaje y despidió al taxista, introduciéndose en el sendero con su valija en la mano donde suponía le esperaba su adorada *Camille*.

En la puerta de entrada, se encontraba un sirviente que amablemente le saludó: ¡-*Buongiorno signore!*, mi nombre es *Filippo* y estoy al servicio de la *Signora*. *Per favore passa*.

En el vestíbulo ya en su interior de la mansión, se acercaba sonriente un caballero, quien se presentó como *Paolo Mancini*, Administrador de *Mdme. Augier*.

-Supongo que usted es el *signore Gabriel Espinoza*, con quien hablé por teléfono si no me equivoco.

-Supone usted bien <contestó él>. ¿Cómo está *Camille*?

-Mal, muy mal, pero con una entereza admirable *signore Espinoza*.

Gabriel, entristecido ante la amarga respuesta, al menos abrigaba la esperanza de poder no sólo verla, sino de hablar con ella y demostrarle nuevamente todo su amor.

Entraron ambos en el salón, donde junto a la chimenea se hallaba *Camille* reposando envuelta en un chal de *cachemir*.

Gabriel no podía creer lo que veía. Ante sí, tenía una imagen desfigurada de lo que había sido su amada. Aquella hermosa mujer de antaño, parecía una anciana auxiliada con soporte respiratorio mediante Ventilación asistida. Lo precisaba, para paliar su sufrido ahogo. Tras su falda, aquellas largas y esbeltas piernas del pasado, *Gabriel* las entrevió completamente hinchadas.

-¡No podía ser ella!, ¡no era su *Camille!*, <pensó disimulando su pena>.

-Hola, mi amor <musitó en voz baja>.

No se atrevía a hablarle en tono normal. Estaba adormilada, y no quería romper su descanso.

-¡*Gabriel!*, ¡qué alegría volver a verte!, <repuso *Camille* abriendo los ojos>. Ven. Acércate a mi lado.

-Gracias por llamarme, <le dijo él besándole la mano suavemente>. No te imaginas durante cuánto tiempo te estuve buscando. Me di por vencido después de darte por desaparecida. Ahora ya estamos nuevamente juntos y te prometo que para siempre.

Ella sonrió y le dijo: -Me muero *Gabriel*, esto es el fin.

-¡No digas tonterías, *pibe!*, ¡qué sabrás tú!

-¡Tienes una casa preciosa y situada en un entorno de ensueño!. <dijo para cambiar de conversación>. ¿Cómo llegaste hasta aquí?. No me extraña que no te encontrase, en este rincón del mundo yo también me perdería, mi amor.

-Tengo muchas cosas que contarte *Gabriel*, pero dime y *Nico* ¿cómo está?.

-Estudiando en *Harvard*, y hecho un mocetón más alto que yo por supuesto.

-Sólo nos vemos dos o tres veces al año. Naturalmente, siempre en período vacacional. Ya me he acostumbrado a la soledad.

Andrea, la enfermera que cuidaba de *Camille* irrumpió en el salón, mostrándose solícita con ella y ofreciéndole una cucharada del líquido que contenía el frasco que mantenía en su mano: -Es la hora de la *Digoxina madame*, <dijo con afabilidad>.

-Por favor, no se fatigue demasiado, dentro de media hora comerá y se acostará como es debido para reposar como siempre, <dijo mirando a *Gabriel*> como dejando constancia de que allí y en aquel momento quien mandaba era ella.

-Ya ves amigo, no cuento para nada, <dijo con una leve sonrisa>. Disponen de mí cómo y cuándo quieren. Entre el doctor *Grosso* y *Andrea*, me agobian con sus cuidados.

-Porque los necesitas <repuso *Gabriel*>, y ¡pobre de ellos que no los cumplan!, porque ahora, aquí estoy yo para vigilarlos, <añadió con una dulce sonrisa>.

-Tienen razón, me agoto por nada. <Pulsó un timbre que tenía cercano al sillón y enseguida apareció *Filippo* el doméstico>. Era un fiel sirviente en quien *Camille*, tenía depositada toda su confianza.

-¿Tendrá la amabilidad de acompañar a mi amigo a la habitación de invitados?. Por la tarde, después del descanso nos veremos más tranquilamente, <dijo dirigiéndose a *Gabriel*>. Tenemos mucho de qué hablar ¿verdad amigo mío?. Ahora necesito descansar.

Se levantó presto, la besó suavemente en la mejilla y seguidamente siguió los pasos de *Filippo*, dirigiéndose suponía, a la que iba a ser su habitación.

Mientras ascendía la escalera tras el amable sirviente, sus ojos derramaron las lágrimas contenidas durante el encuentro con *Camille*. Ahora, ya no era necesario disimular.

51

Tendido sobre la cama pensaba en la hermosa *Camille* que conoció en su juventud. En la espléndida mujer que años más tarde amó intensamente y en el destrozo humano que ahora quedaba de ella.

-¡Dios del cielo!. ¡Ayúdala a no sufrir!. ¡Si yo pudiese hacer algo por ti!, mi *Camille*, <se decía a sí mismo conmovido ante la tristeza que le invadía>.

Deshizo el pequeño equipaje que traía y mientras lo hacía, se dio cuenta de que quizás se había precipitado sin pensar en la realidad del momento. Ni para cuatro días tendría con lo que había puesto en la valija.

-En fin, <se dijo>, ya me las arreglaré de alguna manera, para proveerme de lo que pueda necesitar si mi estancia aquí se prolonga más de lo previsto.

Al cabo de media hora aproximadamente, *Filippo* llamó a su puerta para

anunciarle que el almuerzo estaba servido y la *signora* le esperaba.

Comieron en calma pero felices, tras aquel reencuentro de dos almas cuyo destino les había fracturado la vida. Encuentros y desencuentros, para nada. Tiempo perdido, que ahora ya no era posible recuperar.

-¿Qué puedo hacer por ti, mi amor?, <preguntó de repente *Gabriel*>. He venido para verte. No sabía con qué me iba a encontrar, pero si quieres que me quede a tu lado lo haré. Debes decidirlo tú.

Camille sacó de su bolsillo la carta de *Louis* y se la entregó a *Gabriel*.

-Léela, <dijo>.

Tras leerla con suma atención repuso:

-Esto sí que ha sido una sorpresa para mí. Totalmente inesperada.

-Como lo fue para mí en su día.

-Dices que decida yo nuestro último destino. Va a ser corto ya lo ves. Pero aprovechémoslo *Gabriel*. No volvamos a equivocarnos. Revivamos los momentos que fuimos felices y olvidemos los rencores sin resentimiento.

-El poco tiempo que me queda me gustaría vivirlo a tu lado, aunque ya ves lo poco que puedo ofrecerte de mi persona. Sólo necesito que me acompañes en él. Nada más. Si te apetece, incluso puedes seguir escribiendo como lo hacías en California. Por mi parte, saber que estás aquí, es cuanto quiero.

-¡Pues no se hable más!, <exclamó *Gabriel*>. Me quedo, aunque debo ir de compras porque he traído un equipaje muy justo.

Camille sonrió y abrió los brazos para recibir el abrazo sellador de *Gabriel*.

-Nunca más, ¿me oyes?, jamás me abandones, <le dijo en voz baja, acercando sus labios al oído>.

Habían transcurrido tres meses desde el feliz reencuentro y parecía que la salud de *Camille* mejoraba. Respiraba con más sosiego y a ratos podía incluso prescindir de la Ventilación asistida.

-No se engañe *signore*, <le decía el doctor>. Es la ilusión que vive en estos momentos, pero no dude de que su vida pende de un hilo, un hilo que en cualquier momento puede romperse.

Gabriel cuando oía estas palabras se rebelaba. No las aceptaba y se decía a sí mismo -¿Por qué, por qué?.

Admiraba aquel lugar y aprovechaba los obligados descansos de *Camille* para dar largos paseos por el corazón de la Toscana. Sus nobles caseríos y las viñas de *Chianti*. Visitaba también las termas públicas e incluso en alguna ocasión, se había beneficiado de sus aguas reparadoras sumergiéndose en ellas con verdadero placer.

Tomaba notas de cuanto veía interesante para sus escritos, y a pesar de las negativas circunstancias en su vida, era feliz.

Entonces se sentía culpable, su conciencia le reprochaba a gritos su ingratitud. Estaba gozando de un tiempo que para *Camille* era de encierro y sufrimiento.

Cuando llegaba a casa se lo explicaba todo con sumo detalle y le pedía perdón. Como un niño que arrepentido después de haber cometido una travesura, confiesa su falta.

Camille se reía feliz, como feliz era también cuando le leía párrafos de lo que había escrito en momentos de inspiración.

-¡Es que este entorno te inspira aunque no quieras!. Tiene tanta belleza que te estimula los sentidos como una musa. <Le decía él viéndola sonriente>.

Y es que no deseaba otra cosa más que hacerle la vida, la corta vida que le quedaba, lo más feliz posible.

Con *Nico* mantenía largas conferencias, donde le explicaba su nueva vida en el **país de las maravillas**.

-Durante las vacaciones te esperamos, sin falta. No hagas planes. *Camille* quiere conocerte y a la pobrecita le queda poco tiempo. No la disgustes con excusas, y yo como puedes suponer, ansío abrazarte de nuevo como siempre. <Le dijo en su última llamada>.

-Papá, es que este año habíamos hecho planes con mi compañero de habitación.

-¿Qué planes?, <contestó *Gabriel* molesto>.

-El lugar todavía no lo hemos decidido, pero sí el hacerlo juntos.

-Pues más fácil me lo pones. No conoces Italia y es una ocasión para hacerlo. Yo os pago el pasaje de avión y aquí hay sitio de sobra para los dos. No creas que queremos teneros encerrados con nosotros, ni mucho menos. Podéis visitar cuánto queráis: Florencia, Venecia Roma incluso, y admirar las maravillas que este país ofrece y créeme son muchas, y os lo pasaríais *re lindo*. Sólo que os estéis unos pocos días con nosotros ya me conformo.

-Por favor, pensároslo, nos haríais muy felices.

-Si me prometes no agobiarnos, si podemos tener libertad de acción para entrar y salir a nuestro antojo, se lo voy a proponer a *John*. La idea es buena. A mí me gusta y espero que a él cuando se lo plantee, también. Ya te diré qué.

Gabriel con sólo pensar en que podía volver a ver a su hijo después de meses, abrazarlo de nuevo y *charlar* abiertamente como lo hacían cada vez que regresaba a *Buenos Aires*, le llenaba de gozo.

Además, a *Camille* también le ilusionaba conocerle.

-Es tu hijo, <le había dicho innumerables veces> y tengo puestas todas mis ilusiones en conocerle. ¡Ojalá se animen a venir!. ¡Qué **fiestón!**.

Pasaron unos días con tormentas que nublaron el azul de aquel cielo maravilloso. Llovía torrencialmente a diario y los rayos y el estruendo de los truenos a *Gabriel*, aún le ayudaban más para inspirarse y escribir en su nuevo proyecto. Una novela de aventuras que sucedía en aquel entorno de ensueño. Le llegaban brillantes ideas y escribía con afán todo cuánto venía a su mente, creando posiblemente, una futura obra o quizás, la mejor de todas.

Sin embargo, para la salud de *Camille* aquellos cambios eran negativos. Las variaciones de temperatura en la atmósfera le afectaban considerablemente y más, cuando se manifestaban con vientos y grandes nubarrones que trascendían en las violentas tormentas como las que hacían muestra aquellos días.

Empeoró su salud y *Gabriel* se asustó, pero tanto el doctor *Grosso* como *Andrea* la enfermera, le alentaron a no desanimarse.

-Probablemente <dijeron ambos>, era un bajón pasajero, tan pasajero como las precipitaciones que se estaban manifestando.

-Tenga en cuenta que en cuanto usted llegó, *madame* hizo un cambio sorprendente. Su mejoría fue patente.

Gabriel procuraba pasar todo el tiempo a su lado animándola. No podía

escribir porque lo más importante en aquellos momentos era procurarle compañía, aliento y cariño. Todo el amor que le profesaba.

De repente, todo cambió para los dos. *Nico* llamó comunicándole que él y su amigo *John*, se habían decidido a pasar las vacaciones en Italia. En su conferencia telefónica le explicaba a *Gabriel* sus planes. Estarían con ellos la primera semana, aprovechando para visitar *Florenia* y después, harían un circuito por *Venecia* y *Roma*, y al término, volverían con ellos, una semana más, antes de regresar a los Estados Unidos.

Era un plan fantástico, que les hizo cambiar el estado de ánimo a los dos, provocado por el agravamiento de la salud de *Camille*.

-¡Qué bien lo vamos a pasar, mi amor!. ¡Ya verás!. Es un muchacho sensacional. Te gustará, lo sé.

Las tormentas amainaron y la grave salud de *Camille* también se atenuó. Ya no necesitaba tanto la Ventilación asistida, y ello hizo levantar el ánimo de los dos.

Esperaban con ilusión la llegada de los muchachos y hacían planes para recibirlos de forma que se encontrasen como en familia.

-La familia que eran, <dijo *Camille*>. La familia que siempre soñé y que no tuve, hasta que tú llegaste a mi lado.

Camille se estaba recuperando de aquel espantoso bajón en su precaria salud, que hizo durante aquellos días de tormentas continuas, prolongadas sin interrupción.

Afortunadamente, respiraba mejor y su mejoría era visible. Su corazón se estabilizó momentáneamente y por ello, su alegría era manifiesta.

Además, transcurridas tres semanas desde el último contacto telefónico mantenido con *Nico*, había llamado de nuevo, para notificarles que iniciaban el viaje la próxima semana. Exactamente el miércoles doce, <dijo>, así que después de una parada en Florencia donde pensaban quedarse unos días para nutrirse bien del Renacimiento que esa ciudad les brindaba, se reunirían con ellos a partir del dieciséis, si todo iba bien.

Eran las once de la noche, cuando aún celebraban la noticia, excepcionalmente para *Camille*, que aún en contra de la opinión del doctor *Grosso* que la había visitado aquella tarde y de la de *Andrea* que también se oponía, aquella noche, no se acostó hasta cerca de las doce.

Su felicidad inmensa era tan visible ante la noticia, que no quisieron contrariar su decisión por si ello, aún la perjudicaba.

Era alentador ver aquella milagrosa mejoría que, aunque aparente, lograba en ella una reposición de fuerzas inconcebible.

-¡Por fin voy a conocer a tu hijo, cariño!, <decía>. No sabes lo contenta que estoy. Una alegría que me llena de emoción. ¿Crees que le gustaré?, <preguntó>.

-No seas ilusa, <contestó él>, ¿cómo no vas gustarle? Si tú gustas a todo el mundo. Te los metes en el bolsillo en cuánto te conocen. Mírame a mí, que estoy enamorado de ti hasta los tuétanos desde hace cuarenta años.

Camille agradecía sus cumplidos, aunque estaba segura de que eran más que eso. Siempre se había sentido querida por *Gabriel* y ahora más que nunca, dado la situación en la que ella se encontraba.

-Sí, <se decía a sí misma>. Era amor incondicional, entrega absoluta, estaba segura. Se lo estaba demostrando día a día, permanentemente.

Al día siguiente, a causa del esfuerzo de la noche anterior, no tenía ánimos para levantarse y permaneció descansando todo el día en su habitación.

Gabriel se asustó de nuevo y *Andrea* le reprochó su irresponsable conducta.

-*Signore*, ¡usted no se da cuenta de la gravedad de la *signora!*, ¡no puede excederse en nada!, cualquier cambio en su rutinaria vida, puede ser fatal.

-¡La veía tan ilusionada!, ¡tan contenta!, <dió *Gabriel*>, que durante aquellas horas me olvidé de la cruda realidad.

Aquel contratiempo, empañó la alegría de la buena noticia recibida que habían estado celebrando, pero *Camille* le rogó que no se entristeciera por ello.

-Sé feliz, tú que puedes, <le dijo>. Cuando llegue *Nico*, quiero que estés por él, me encuentre yo como me encuentre. Por favor, no le amargues las vacaciones. Prescinde de mi estado.

55

Desde Florencia, recibieron noticias de *Nico* y de *John*. Acababan de aterrizar en el *Aeropuerto Peretola*, y se dirigían al hotel reservado a descansar del largo viaje. Pensaban quedarse, tal como le había dicho, tres o cuatro días para visitar la ciudad. Después irían a verles y acompañarles unos días más, antes de iniciar el *tour* planificado.

Cuando aquella mañana *Gabriel* atendió la llamada de *Nico*, *Camille*, aunque algo recuperada de aquel *impasse* sin solución posible, aún no se había levantado.

Él, se hallaba escribiendo sin demasiada fuerza moral. La inspiración no llegaba y escribía con animadversión. Era fruto de la tristeza que el estado de *Camille* le producía. Se daba cuenta, que ella se esforzaba por aparentar unos ánimos que no tenía.

En cuanto supo que se había levantado, enseguida fue a darle la buena nueva.

-¡Ya han llegado a Florencia!, <dió con manifiesta alegría>. En tres o cuatro días los tendremos con nosotros.

-¡Qué bien!. ¡He de recuperarme del todo para darles la bienvenida!. No quiero que les falte nada. Que se lleven un buen recuerdo de su estancia aquí.

-¡Ni lo pienses en hacer cualquier esfuerzo que pueda perjudicarte!, <contestó presto *Gabriel*>. Estoy convencido de que con sólo permanezcan unos días en este idílico lugar, el buen recuerdo está asegurado. Además, no pienso inmiscuirme en sus vidas. Que visiten cuánto y lo que quieran. A nosotros no nos necesitan. *Nico* es un buen *tipo*, y yo, con tenerle a mi lado aunque sólo sea por un corto tiempo, ya me siento feliz.

Salieron a la terraza a disfrutar del día soleado que había amanecido. Un cielo azul precioso acariciaba la campiña toscana y los rayos del Sol desprendían su calor. Manadas de pájaros revoloteaban por doquier, alegrando con su trino la vista de aquel privilegiado rincón.

Camille, sólo anduvo cuatro pasos por ella. Ante la fatiga insoportable, enseguida se sentó en uno de los sillones que adornaban la pintoresca terraza, desbordante de jardineras y macetas con sus hermosas flores de diversos colores.

Gabriel, ante su impotencia para aliviar su sufrimiento, olvidó por completo su novela. No le apetecía escribir. Tampoco gozaba de inspiración valedera que aprovechar. Tan sólo quería acompañar a *Camille*. Estar con ella, permanecer a su lado. Pensaba con dolor que quedaba poco tiempo y no quería desperdiciarlo.

Pasados tres días completos, al cuarto se presentaron los esperados huéspedes.

Ambos se manifestaban eufóricos y exteriorizaban una intensa alegría y bienestar.

Después de las correspondientes presentaciones, tanto *Nico* como *John*, hicieron gala de una envidiable educación, agradeciéndoles la invitación y alabando cuánto veían.

-¡Es impresionante!, ¡qué vista tan maravillosa!, como lo ha sido todo cuánto hemos visto en Florencia. ¡Inolvidable!. Nunca podremos mostraros

suficientemente nuestro agradecimiento, por el valioso consejo de que viniéramos a este país a disfrutar nuestras vacaciones.

No obstante, a pesar de la alegría que sentían, no dejaron de advertir el extremo sufrimiento de *Camille*. Su aspecto, aunque ella intentaba disimularlo, mostraba con claridad la gravedad de su estado.

Ambos, habían aprobado el quinto curso de Medicina y tanto uno como otro, mentalmente constataban la enfermedad que *Camille* sufría, con sólo mirarla y ver su aspecto de dolor.

-Debes cuidarte mucho *Camille*, <dijo *Nico*>, nosotros no queremos que nuestra estancia aquí perturbe tu tranquilidad. En un par de días, nos iremos a **Venecia** y después a **Roma** donde tenemos previsto permanecer durante diez días. Estamos ansiosos por visitar la imponente *Basílica de San Pedro* y por supuesto, disfrutar de la *ciudad santa* en todo su conjunto.

-Tenemos mucho que explicaros, pero lo haremos a nuestro regreso del *tour* y evidentemente, antes de volver a los Estados Unidos.

-Mañana y pasado, daremos un paseo por esta campiña maravillosa. Queremos gozar de los paisajes toscanos y fotografiarlos para nuestro recuerdo y lógicamente, pasaremos ambos días fuera. Sólo vendremos a dormir. No os preocupéis por nosotros.

-¿No vais a estar ningún día aquí?, <preguntó *Camille*>.

-Cuando regresemos del *tour*, os prometo que os dedicaremos la última semana exclusivamente a vosotros. Nos vendrá bien un descanso después de habernos pateado *Roma* como pretendemos, <contestó *Nico*>, confirmándolo *John*, con un gesto y una sonrisa.

Ambos amigos tenían su proyecto secreto que no querían revelar de momento. *Nico* no sabía cómo reaccionaría su padre cuando se lo contase.

Estaba seguro de que ni se lo podía imaginar. Para él sería una sorpresa que podía incomodarle o no. Por eso, tanto *Nico* como *John*, se habían prometido ocultarlo hasta haber finalizado las vacaciones. A su regreso de *Roma*, lo desvelarían. Les darían toda clase de explicaciones acerca del misterioso tema que se traían entre manos y que llenaba de gozo sus vidas.

Durante la ausencia de los muchachos, *Camille* se recuperó un poco de su maltrecha salud. Al menos no sufría los ahogos de días anteriores y se la veía feliz. *Gabriel* manifestaba su alegría al notar aquella ligera mejoría aunque sabía que era transitoria, por lo cual, no se podía hacer ilusiones.

Escribía, aprovechando la inspiración del momento que la alegría le aportaba, cosa que en días anteriores no había podido realizar a causa del sufrimiento de *Camille*.

Incluso ambos, se atrevieron a salir y dar cortos paseos disfrutando de la campiña.

Coincidiendo con el dieciséis de agosto, uno de los dos días del ***Palio***, cuando en Siena se celebra el espectacular desfile y salvaje carrera de caballos en la *Piazza del Campo*, se animaron también y acudieron a ver competir el codiciado *Palio*, en uno de los diez *contrade*, barrios, de los diecisiete que abarca Siena.

Representantes de cada *contrade*, abanderados y miembros del cortejo desfilaban vestidos con trajes históricos, enarbolando sus estandartes, deslumbrando al público con sus proezas y lanzamientos al aire, ritual que arrancaba suspiros de admiración del público asistente a la fiesta.

La recogida de banderas y el redoble de tambores. Era tal el efecto del momento que precedía la entrada de los caballos en la *Piazza*, que *Camille* no podía reprimir lágrimas de emoción.

La tensión se contagiaba entre las almas presentes y un silencio sepulcral precedía la explosión en el cielo del revuelo de las palomas que habitan en la *Piazza*.

Sólo los *seneses*, pueden comprender y vivir esta enorme rivalidad y sentir el

orgullo de pertenecer a cada una de las *contrades*.

Apenas un minuto de silencio expectante para los circunstantes, y seguidamente, los diez caballos y sus jinetes que montaban a pelo, iniciaban la carrera, dando tres vueltas alrededor de la pista de arena y a una velocidad increíble que impactaba a todos los espectadores.

Camille, lloraba de la impresión. ¡Hacía tanto tiempo que no lo veía!, que quiso aprovechar el espectáculo, hasta el último momento de la representación.

Sabía que después pagaría la imprudencia, pero no importaba.

-¡Igual era la última oportunidad que la vida le brindaba y quería aprovecharla!.

La velocidad que alcanzaban los hermosos caballos con sus jinetes, tan sólo permitía apreciar una estela de formas y colores, y a los oídos de los presentes, un clamor ensordecedor y tres estruendos en el aire que daban por finalizada la prueba con el merecido honor del ganador del *Palio*.

Efectivamente, el cansancio y las emociones vencieron la frágil salud de *Camille*, y no tuvieron más remedio que suspender el paseo de aquel día. Anduvo como pudo y al llegar a casa tuvo que encamarse rápidamente.

-¡El oxígeno, rápido!, <decía>, sin poderse librar del ahogo que la apremiaba, latiendo su corazón como un caballo desbocado sin contención ni control.

-No debiste dejarte llevar por la emoción del día, o lo que es peor, no debí permitirte. ¡Soy un *cabezón boludo*!.

La salud de *Camille* retrocedió en la aparente recuperación conseguida y tuvo que permanecer dos días en cama con reposo absoluto.

Tanto el doctor *Grosso* como *Andrea* la enfermera, alertaron a *Gabriel*, del peligro que podía desencadenar cualquier otra imprudencia como la que se habían atrevido a realizar con el excesivo paseo. Desencadenar incluso con la muerte súbita, repentina y sin previo aviso.

-No vuelvan a hacerlo por bien que le parezca a ella que se encuentra. Se lo ruego *Mr. Espinoza*, de lo contrario no podré responsabilizarme de su cuidado. *Madame Camille* está muy grave, más grave de lo que usted se

imagina.

Gabriel se sentía culpable del sufrimiento de *Camille*, por el hecho de haber consentido la irresponsabilidad cometida. La ilusión por el paseo la había llevado a forzar aquel corazón maltrecho sin remedio.

Camille permaneció dos días en cama y con la ayuda de fármacos, pareció que se recuperaba de nuevo. Pasados éstos, *Nico* llamó por teléfono la mañana del tercero, para anunciarles que regresaban de *Roma* al día siguiente.

Camille se acicaló como pudo. No quería empañar la llegada de los muchachos. Sentada en su sillón quedaba presentable, <se dijo>.

-Que no noten nada, *Gabriel* te lo ruego. Ni una palabra de mi agravamiento. Quiero que disfruten de su estancia aquí. Que no les falte de nada. Que se lleven un buen recuerdo.

Como a *Gabriel* también le hacía ilusión la esperada llegada de su hijo, hizo acopio de fuerzas para no aparentar la tristeza interior que sentía.

Cuando hicieron su entrada por la puerta, después de salir del taxi que les llevó desde el Aeropuerto, de nuevo decían maravillas de la *villa*. Los abrazaron y ambos repitieron los halagos que el primer día habían manifestado.

-¡Es que aquí estáis en la gloria!, <decía uno>.

-¡Esto es el paraíso!, <respondía el otro>.

Venían eufóricos, felices.

-*Venecia* nos gustó como nos había gustado *Florenia*, <comenzó *Nico*>, pero ¡es que *Roma*!. Tenemos muchas cosas que contaros y lo haremos con más tranquilidad.

-Venimos agotados de andar y de vivir emociones.

-¡El *Coliseo romano* y el *Foro*, también!. ¡*La Basílica de San Pedro* y el *Vaticano*!. ¡Es tan grande y hermoso todo!, ¡*la Capilla Sixtina* con sus pinturas renacentistas!, ¡los *frescos* laterales!, ¡el techo de *Miguel Ángel*!. ¡Es que ha sido un viaje maravilloso!. Y os lo debemos a vosotros pues fuisteis quienes nos lo aconsejasteis, amén de vuestra generosa invitación.

-Hoy descansaremos, que bien lo necesitamos <dijo *John*>, y mañana si os apetece os invitamos a comer donde queráis y hablamos. Hablaremos mucho de cuánto tenemos que contaros. Contaros una preciosa historia que bulle en nuestro corazón, de la que queremos haceros partícipes.

-Me parece muy bien, <apuntó *Gabriel*>, estamos ansiosos de que nos lo expliquéis todo, pero tampoco es preciso comer fuera. Lo haremos aquí, tranquilamente. A *Camille* según qué no le conviene. En cambio en casa, tiene todo lo que es apropiado para ella.

-Tengo que cuidarla mucho porque es mi más preciado tesoro, <dijo acompañando un picaresco guiño, al que los cuatro siguieron con una sonrisa>.

-Tomaos el resto de la tarde para descansar. Os avisaremos para la cena y mañana hablaremos de cuánto queráis.

-*Nico*, hijo, ¡estoy tan feliz de tenerte a mi lado aunque tan sólo sean unos pocos días!, <apuntó *Gabriel* sin poder evitar que sus ojos se empañaran de emoción>.

Camille alargó su brazo y apretó ligeramente la mano de *Gabriel*, quien con disimulo se secaba unas lágrimas que brotaban sin remedio. Era un gesto cariñoso con el que quería corresponder a la generosa dedicación y amor incondicional, que siempre le mostraba.

Ella también quería participar de aquella escena llena de emoción. No era su hijo, era el de *Gabriel*, pero como si lo fuese.

58

Después de la cena, no se acostaron tarde porque querían madrugar, <dijeron ambos>.

-No os preocupéis por nosotros. Desayunaremos fuera y a nuestro regreso, nos reuniremos para *platicar* con vosotros y cumplir nuestra promesa.

-Cuando se retiraron para acostarse, *Gabriel* le comentó a *Camille*:

-Empieza a preocuparme tanto misterio. ¡Hablar, hablar, hablar!. ¡Que hablen de una vez!, ¡se me está saltando la *térmica*!.

-No te enojas *Gabriel*, <dijo dulcemente *Camille*>. Probablemente querrán explicarnos su aventura en *Roma*, el *tour* programado. Están contentos y nos lo quieren demostrar. Ten paciencia. Tienes aquí, a tu lado, a tu hijo querido. ¡Qué más quieres?.

Cuando al día siguiente se levantaron, los muchachos tal como habían

indicado la noche anterior, se habían ido.

Camille y *Gabriel* tomaron su desayuno y encargaron a la asistente el almuerzo previsto para los cuatro. Después, *Camille* se sentó en su sillón a descansar y *Gabriel* se puso a escribir.

Estaba inquieto y no se podía concentrar.

-¡Pero qué demonios pasa?, <se decía impaciente> como si estuviese esperando una noticia alarmante. Como si una voz en su cerebro profetizase una novedad inesperada que podía alterar su vida.

Dejó de escribir porque no aportaba nada interesante. La inspiración había huido de su mente. Se fue al lado de *Camille*, para estar en su compañía.

-No puedo escribir, <dijo>. Estoy nervioso. Como si una bomba estuviese pronta a explotar y mejor será que lo haga pronto.

No había pasado media hora, que aparecieron sonrientes ambos amigos.

Hacía una mañana espléndida. Un cielo azul claro sin nubes resplandecía el día, y con ánimo de provecho *Camille* le había rogado a *Gabriel* que la acompañase a la terraza para gozar de ella.

Allí se hallaban, ella con los ojos cerrados intentando hurtar para sí los rayos de sol que acariciaban su cara y él con un libro entre sus manos, aunque tal como no podía escribir por falta de concentración, tampoco era capaz de leer.

-¡Pero qué bien que estáis aquí!, <dijo sonriente *Nico*>. Desde esta terraza tenéis una vista espectacular.

-No me extraña que no quieras volver a nuestra Argentina, papá, <dijo cogiendo un sillón de los que allí había>.

John, le imitó sentándose a su lado.

-Yo, <apuntó *Nico*>, tampoco quiero volver. Me duele decirlo pero no me apetece revivir los conflictos de nuestra historia. El país, se está recuperando con la reciente democracia, sí pero una democracia pobre, insegura porque se inicia el período de enjuiciamiento a los culpables de violaciones a los derechos humanos de la dictadura anterior. Fueron demasiados años de crisis con la deuda externa y no va a ser fácil. Nosotros, tenemos planes papá y

nuestros planes están fuera de todo esto.

-Nos falta un curso para terminar la carrera de medicina y con ilusión vamos a finalizarla porque así lo escogimos en su día, pero nuestra vocación es otra.

-Quizás *John* la descubrió antes que yo, pero ahora, somos ambos quienes la desean.

-Para ti papá, va a ser difícil comprenderlo, lo sé pero espero que con el tiempo llegues a entender y a abrazar mi decisión.

-Acabaré la carrera e ingresaré, es decir ambos lo haremos por decisión propia, en el Seminario.

-He descubierto que mi verdadera vocación es el sacerdocio, tal como lo es para *John*.

-Era agnóstico como tú, papá, pero un día inesperado vi la luz y me convertí, y estoy orgulloso de ello. Desde entonces soy feliz como nunca lo he sido en mi vida. Abrazo la religión católica con fervor y no deseo otra cosa más que entregarme a ella totalmente.

-En *Spencer*, a unos cincuenta y tres kilómetros de *Harvard*, asistimos a misa todos los domingos en la *Abadía de Saint Joseph*. Allí, casualmente, tuvimos la suerte de conocer a un sacerdote católico irlandés, quien nos ha estado ayudando mucho durante estos dos últimos años a despejar nuestras dudas. Dudas, que las había lo reconozco, y que no fue fácil para nosotros aclararlas, pero al fin, con perseverancia y fervor nos fuimos integrando en nuestra vocación de la que nos sentimos orgullosos.

-Él fue quien al saber que veníamos a Italia y concretamente a *Roma*, nos consiguió una entrevista con el Secretario de *Juan Pablo II*, nuestro Papa. Su nombre es *Stanislaw Dziwisz*, un gran hombre que nos concedió con la venia del Santo Padre, la gracia de poder acudir a la célebre misa privada del Papa.

-¡Qué privilegio tan grande!, y ¡conocerlo a él en persona!, no sabes la emoción que sentimos al ser presentados.

-Tras cruzar unas pocas palabras pero intensas, nos concedió audiencia para el día siguiente y nos atendió privadamente durante una hora larga, donde pudimos exponerle nuestro deseo y decisión. La de ingresar en el Seminario para entregar nuestras almas enteramente a Jesús.

-Nos escuchó atentamente y después de platicar con profusión, nos convocó para dentro de un año, cuando hayamos terminado la carrera de medicina.

-Si para entonces seguís con el mismo deseo, <nos dijo>, podréis iniciar vuestros estudios en el *Seminario Romano Maggiore*, aquí en Roma. Os lo prometo.

-¡Prepararnos para el sacerdocio nada menos que aquí en Roma!, ¿os lo imagináis?. Será un período largo de once años de estudios, pero ¡si lo conseguimos, qué dicha tan grande!.

Nico hablaba con gran emoción, una emoción incontenible. En cambio *Gabriel*, no había podido pronunciar palabra alguna durante la exposición de su hijo. Se quedó sin habla. Fue tal la impresión que le produjeron sus palabras, que era incapaz de decir nada.

Evidentemente, *Camille* tampoco. No quería interceder entre padre e hijo y naturalmente, no se pudo evitar que durante unos segundos que parecieron eternos, se produjera una situación incómoda que violentó a los reunidos.

-¿No os lo esperabais verdad?, <dijo *Nico* cortando el largo silencio>.

-Sinceramente, no. <Contestó seriamente *Gabriel*>. Después de tantos años de estudio, brillante siempre, tiras tu carrera al traste para nada.

-¡Qué va!, <contestó presto *Nico*>. ¿Tú sabes cuánto puedo ayudar dentro del sacerdocio siendo médico, además?.

-Los hay muchos, como también ingenieros de varias ramas o letrados e infinidad de carreras universitarias que con su saber aportan riqueza a la religión. Porque todo es vocación papá, y la vocación es entrega, entrega incondicional donde sea que fuere.

-Soy feliz, papá. Inmensamente feliz como nunca lo he sido. He tomado esta iniciativa sin presiones ni influencia alguna. Soy yo, yo mismo quien quiere seguir este camino, única y exclusivamente por decisión propia.

-No deseo otra cosa más que me comprendas. Que seas tan feliz como lo soy yo después de haber tomado esta decisión. Que a pesar de tu agnosticismo, respetes, alabes y bendigas mi deseo más profundo y que lo aceptes de corazón.

Habían pasado cinco años. *Camille* hacía cuatro que ya no estaba en este mundo. Tras mucho sufrir, al fin falleció serena y tranquila una mañana gris, triste y lluviosa de invierno.

En sus últimos momentos de lucidez le rogó a *Gabriel* que se acercase, apenas le quedaba aliento y como pudo le dijo:

-<<-*Gabriel*, mi amor, no te lo había dicho pero tampoco quiero que tengas sorpresas cuando me haya ido. En mis últimas voluntades dejo dicho que lo poco que me queda, incluida esta casa donde hemos sido tan felices a pesar de mi enfermedad, todo es para ti.

Disfrútalo en mi recuerdo. Gracias por todo el amor que me has dado a lo largo de estos años. No estés triste, vive y escribe mucho, sigue escribiendo como sabes hacerlo para gozo de tus lectores.

Reconcílate con *Nico*. Haz que salga de ti ese rencor hacia tu hijo. Es un ser libre que ha escogido su camino y que ni tú ni nadie tenéis derecho a impedirselo. Abrázalo y abraza su decisión también, te sentirás mejor y serás más feliz. Es mi último ruego. Mejor dicho, mi último ruego es que no te encierres en ti mismo, la vida es demasiado hermosa para desperdiciarla. **Vívela>>**.

Tras estas palabras, siguieron unos momentos de silencio. Sus ojos se cerraron y en pocos segundos, la vida de *Camille* se apagó.

Gabriel, no había día que no recordase sus últimas palabras. Seguía habitando en la *villa* respetando su deseo y escribiendo, escribiendo mucho como ella le había rogado. Sus libros eran famosos mundialmente y sus fieles lectores reclamaban más, aunque desde hacía dos años no había publicado nada.

Su última obra, estaba seguro de que lo era y <así se lo decía a sí mismo>, estaba inacabada. La tenía dentro de un cajón.

Estaba escribiendo la biografía de una mujer extraordinaria que un día le había robado el corazón, pero no alcanzaba a dar su fin. Mientras escribiera no la olvidaría, <pensaba>. Temía hacerlo por si llegado ese momento la olvidase y eso no se lo perdonaría jamás.

-¡La había amado tanto!, que para él debía seguir siempre en su pensamiento. Recordaba sus últimas palabras, su ruego, que constantemente martilleaba su cerebro. **“Reconcíliate con Nico”**.

Cogió el auricular y marcó el número que de sobra se sabía de memoria aunque no lo había hecho en años.

Tras escuchar el sonido de su llamada, una voz respondió: <*Seminario Romano Maggiore, ¿pronto?*>.

-¿Podría hablar con el Seminarista *Nicolás Espinoza*?

-Lo siento, en estos momentos es imposible, está en plena clase. ¿Quién le llama?

-Soy *Gabriel Espinoza*, su padre.

-No se preocupe *signore*, en cuanto salga de clase le daré el mensaje.

Siempre había sido impetuoso, impaciente. Actuaba sin reflexionar.

-¡Qué *boludo!*, <se dijo al colgar>, ¡podía suponerlo que a estas horas estaba ocupado!.

Salió a dar un paseo para airearse y tranquilizarse un poco.

-¡Qué le voy a decir?, <se preguntaba>. Han pasado años y de repente le llamo, ¡qué pensará?, <se dijo con enojo>.

-Nuestra última conversación fue un desastre <pensaba>, le dije que se

olvidase de mí, que había perdido a un padre como yo perdía a un hijo. Duras palabras para él, que aún ahora ignoro cómo pude pronunciarlas. Aún así, su respuesta a ellas fue decididamente concreta: **“Estaré siempre pendiente de tu llamada, papá. Sigo siendo tu hijo y como tal, siempre te querré”**.

Regresó del paseo que tampoco le tranquilizaba, y se sentó a descansar.

Cerró los ojos y pensó por unos momentos en la confusión en la que su mente se hallaba. De pronto sonó el teléfono.

-Papá, ¿estás bien?. Me han dicho que has llamado. ¿Te ocurre algo?.

-¡*Nico querido!*. ¡Qué alivio oír tu voz!. ¡Sí, sí!, estoy bien. Perdóname la interrupción, llamé sin pensar en tus obligaciones. ¡Pienso tanto en ti!. ¿Hay posibilidad de vernos?.

-En pleno curso a no ser una fuerza mayor, imposible, papá. A mí también me gustaría verte y abrazarte, pero hasta las próximas vacaciones no puedo desplazarme.

-¿Y si vengo yo?, <contestó *Gabriel*>.

-Hay una pequeña posibilidad en domingo si me dispensan de mis obligaciones y me autorizan a salir. Pero no es seguro. ¿Qué ocurre, estás enfermo?.

-No hijo, no, sólo viejo. Viejo y solo. Ya rondo los ochenta y tu padre está majareta.

Nico soltó una risotada y al oírla *Gabriel*, sonrió también. Se había roto el hielo. El temor que sentía se había desvanecido. Su hijo seguía queriéndole y además, queriéndole ver.

-¿Te parece bien que venga a Roma a verte un domingo?.

-He de pedir dispensa, primero. Si la consigo te lo diré, si no, esperaremos las vacaciones que tampoco falta mucho.

-Estoy muy feliz por tu llamada, papá. Espero poder vernos pronto y abrazarte. ¡Que Dios te bendiga!.

La llamada se interrumpió. *Nico* había colgado. No podían verse a través del teléfono. Si ello hubiese sido posible, ambos hubiesen visto las lágrimas que

sus ojos, padre e hijo, derramaban de emoción.

60

Nico no consiguió dispensa para interrumpir los estudios en un día festivo. Faltaban pocos meses para finalizar el curso y a la vez, la carrera y ser ordenado como Presbítero.

Estaba cumpliendo su deseo, ser sacerdote y además, un buen sacerdote, con una entrega total de Fe y amor por Cristo y su iglesia.

Había estudiado con ahínco todas las materias precisas y ahora estaba entregado totalmente en la etapa final de su carrera. Era Diácono y pronto sería Presbítero. Durante los dos últimos cursos estaba compaginando los estudios, participando y ayudando al Rector, en la Iglesia de *Santa María in Cosmedín*, una de las iglesias más pequeñas y austeras de *Roma*.

Con la práctica diaria del apostolado obligado, se sentía feliz y sólo ansiaba que llegase el momento final de verse ordenado, consagrado sacerdote.

Por eso, a pesar de la ilusión que le había hecho la inesperada llamada de su padre, con la cual interpretaba que por fin aprobaba su decisión, no le importaba los pocos meses que quedaban de espera para reencontrarse. Se abrazarían de nuevo y ambos se mostrarían que no había rencor alguno, sólo cariño, un gran cariño después de años sin verse.

Al principio le había dolido su desprecio, su negativa a aceptar su elección.

Él como buen cristiano se lo había perdonado, esperando que algún día llegase su comprensión, su aceptación. Había rezado mucho por ello y Jesús, su Dios, le había escuchado. Ese día por fin, había llegado.

Cuando las lágrimas incontenibles habían cesado después de colgar el aparato receptor, se dirigió a la Capilla del Santísimo para dar gracias por la llamada recibida, tanto tiempo esperada. Por el calor, por el cariño que su padre le había transmitido. ¡No lo había perdido!. Simplemente se había distanciado de él unos años, nada más. Ahora lo volvía a tener, lo había recuperado. Por unos instantes, no pudo evitar recordar la Parábola *del Hijo Pródigo* y se sintió plenamente feliz.

Gabriel, después de oír la voz de su hijo y calmar su emoción, dejó de llorar.

Se sentía solo en aquella *villa* tan grande. No obstante, no podía dejarla. Allí dentro estaban los mejores recuerdos de su vida. El amor de *Camille*. Sus paredes y su entorno, <se decía>, los paisajes maravillosos, sus viñedos, todo cuanto le había inspirado en los mejores libros de su carrera literaria, provenía de aquí.

Su vida había sido un torbellino. Cuando ejercía como periodista no tenía tiempo de vivir, yendo siempre de un lado para otro. Viviendo experiencias que sí habían enriquecido su vida laboral pero sin aflorar sentimientos. No tenía tiempo.

Cuando descubrió la paternidad, y padeció los sufrimientos que por un hijo acontecen, conoció una nueva etapa en su vida, pero también reconocía que había estado poco a su lado. Poco lo disfrutó como padre.

Con *Camille* <recordaba>, fueron siempre encuentros y desencuentros durante años, hasta que por fin su amor se afincó. Quizás tardío, demasiado tardío para gozarlo. Ambos desperdiciaron tiempo con malas interpretaciones. El intenso amor que ambos sentían, cuando lo descubrieron ya era tarde.

Ahora para él, sólo quedaba el recuerdo, un cariñoso recuerdo que eso sí, perduraría siempre.

-¡Esta soledad que tanto me abruma!, <se decía a sí mismo continuamente>.

61

Llegó el día de la ordenación. *Nico* había dormido bien y madrugó en la mañana serena. Recordaba los consejos así como las instrucciones recibidas de su padre espiritual.

<<Los Prelados, oficiarán la santa Misa... En la ceremonia de ordenantes, los cuatro aspirantes presentados, deberéis tocar con los dedos de vuestra mano derecha el cáliz y la patena vacíos, mientras el prelado os dirá uno a uno: **“Ve el divino ministerio que te es confiado; es por eso que debo advertirte que te conduzcas siempre de una forma que agrade a Dios...”**

-Tras tomar las vinajeras y el libro de las Epístolas, el Obispo te dirá:
“Recibe el libro de las Epístolas con el poder de leerlo para los vivos y para los muertos...”

-Cuando acabase el día, <se decía a sí mismo>, vería cumplido su deseo más esperado. Ser sacerdote. Sólo faltaba conseguirlo, llegar a ser **un buen sacerdote**.

Arrodillado a los pies de la cama, daba gracias a Dios por ello, sin dejar de pedir su ayuda para alcanzarlo.

Gabriel se había desplazado a *Roma* para presenciar la ceremonia. Aunque él era agnóstico no podía fallarle a su hijo. Esta vez no.

Permaneció absorto en toda la ceremonia. Desde su silla, no quería perderse nada y fijó su vista exclusivamente en *Nico*. Mientras recibía el sacramento u orden sacerdotal, escuchó las palabras del Obispo nombrándole ***Nicolás...***

-*Nicolás...*, <pensó Gabriel>. En pocos instantes había dejado de ser *Nico* para siempre, su *Nico* querido.

Tan sólo habían transcurrido dos años desde el día en el que *Nicolás* había sido ordenado, durante los cuales *Gabriel*, apenas había tenido contacto con él.

En dos ocasiones le había llamado por teléfono deseándole felices fiestas, una en Navidad y otra en su aniversario cuando éste cumplía los ochenta y dos años. Precisamente, desde *Argentina* y concretamente, desde *San Miguel de Tucumán*, donde ejercía como vicario en la *Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús*.

Ése había sido su primer destino como presbítero. Allí, *Nicolás Espinoza* en sus propias raíces, se había estrenado como sacerdote en su nueva andadura ministerial.

Gabriel por su parte, acusaba la edad. Su salud se resentía pero en su tozudez se resistía a acudir a un médico.

Olvidaba las cosas más simples cada vez con más frecuencia. -¿Dónde había dejado tal cosa, -si había comido o no, -qué hora era cuando hacía tan sólo cinco minutos que había mirado el reloj, y muchas más.

Se asustó, pero aún así se encerró en sí mismo, en su terquedad consumada,

engañándose con la idea de que era algo pasajero.

Tenía dos personas a su servicio que, incluso a veces no las reconocía. Pasado el lapsus, cuando se percataba del error, azorado les pedía disculpas, aunque siempre sin admitir la cruda realidad.

El maldito mal de *Alzhéimer*, le había ganado la batalla.

Ni tan siquiera recordaba que encerrado en un cajón del escritorio dormía olvidado el manuscrito “*Yo, Camille*”, el mejor libro que había escrito a lo largo de su carrera literaria. Su mejor obra que, quizás con suerte y a título póstumo, viera algún día la luz.

Nota de la autora

Mi más profundo agradecimiento, a quienes me han ayudado con sus consejos cuando he precisado datos u orientación que conciernen a la novela:

A Maruchy Friart, a Carmen Barba y a Flora Guillén. Todas ellas magnánimas, cada una de ellas en su faceta respectiva, cuya aportación ha sido para mí muy valiosa.

De Internet también he obtenido útil información.

Asimismo, de una guía turística sobre La Toscana, que cayó casualmente en mis manos y que lamento no recordar su origen.

Y a mi nieto Albert, a quien siempre acudo ante mis dudas informáticas, cuya ayuda ha sido imprescindible para que este libro viera la luz.

Barcelona, 15 de diciembre de 2018